Lunes de Revolución

DIRECTOR: GUILLERMO CABRERA INFANTE.
SUB-DIRECTOR: PABLO ARMANDO FERNANDEZ
DIRECTOR ARTISTICO: RAUL MARTINEZ.
PORTADA: ANTONIA EIRIZ
FOTOS: SALAS, ERNESTO, BOB TABER, MAYITO TIRSO
NUMERO 104-105- MAYO 1961.



LA SANGRE NUMEROSA

Para Eduardo García, miliciano, que antes de morir escribió con su sangre el nombre de Fidel

CUANDO con sangre escribe
Fidel *este soldado que por la Patria muere,*
no digáis miserere:
esa sangre es el símbolo de la Patria que vive.
Cuando su voz en pena,
lengua para expresarse parece que no halla,
no digáis que se calla,
pues en la pura lengua de la Patria resuena.
Cuando su cuerpo baja
exánime a la tierra que lo cubre ambiciosa,
no digáis que reposa,
pues por la Patria en pie resplandece y trabaja.
Ya nadie habrá que pueda
parar su corazón unido y repartido.
No digáis que se ha ido:
su sangre numerosa junto a la Patria queda.

NICOLAS GUILLEN



Miró, Tony y Ray: juntos y revueltos

QUE PASO en Estados Unidos ?

POR EDMUNDO DESNOES



El verdadero rostro de Adolph Kennedy.



The President, según un caricaturista inglés

Estos son los títulos que aparecen en las tres principales revistas de noticias de Estados Unidos. Inclusive en Cuba nos cuesta trabajo aceptar el error de Washington al enviar a la Ciénaga de Zapata una invasión con tan pocas probabilidades de éxito. No entendemos bien "esa chapucería de Estados Unidos", como exclamó Fidel.

Para aclarar esto debemos hurgar un poco el **American way of life.** Estados Unidos tiene una incapacidad raigal para comprender a otras culturas. Es un país aislacionista por naturaleza. Desprecia a los extranjeros y por lo tanto, no los puede comprender. Thomas Jefferson, hombre de la ilustración, declaró en una ocasión: "Francia es un infierno".

Estados Unidos tiene miedo a contaminarse, a perder su identidad en contacto con otros pueblos. Su política exterior se ha caracterizado por el empleo de métodos indirectos. Esperan siempre que otros tiren la primera piedra, o hagan las cosas por ellos. Entró en la II Guerra Mundial al último minuto. Perdió alrededor de un cuarto de millón de hombres, mientras la Unión Soviética perdió 18 millones de hombres en el campo de batalla.

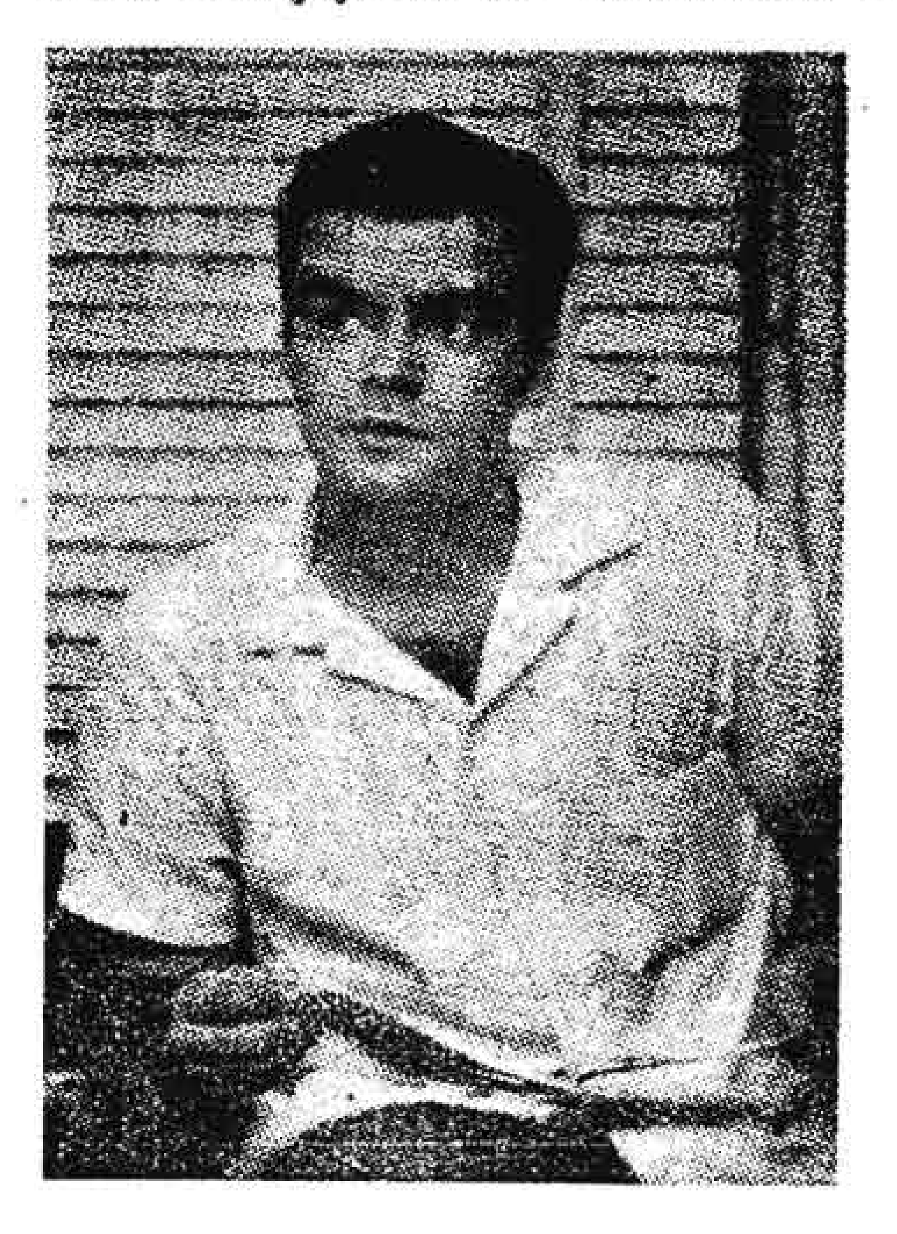
Sus intervenciones en América Latina han sido siempre un paseo militar. De lo contrario —lo cual es lo más corriente— han apoyado a los descastados que estaban de acuerdo con someterse a la explotación económica de Estados Unidos. Siempre han encontrado mercenarios y lacayos: en Guatemala, en Haití, en la República Dominicana. Ellos nunca se han manchado las manos.

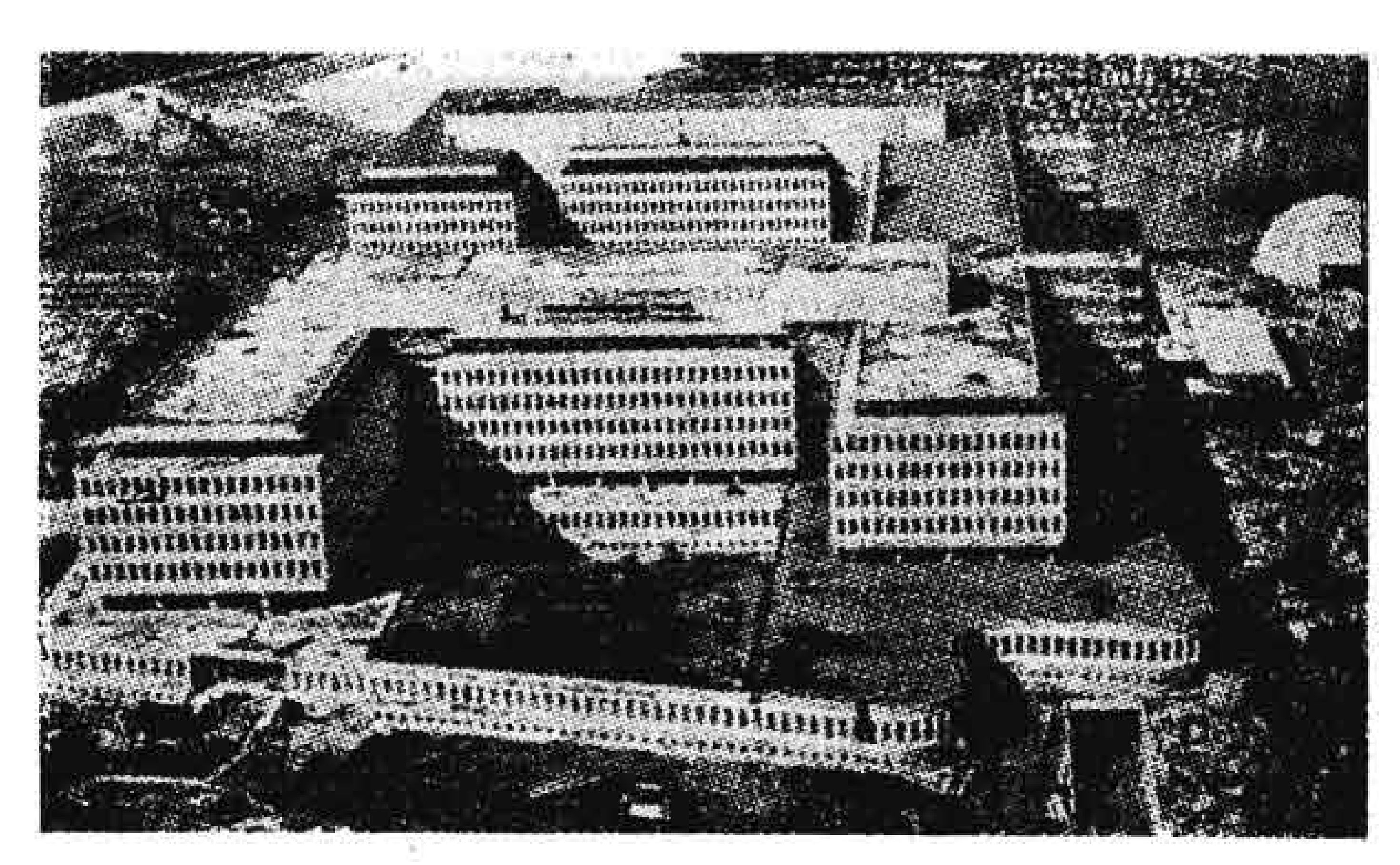
Por eso algunos sectores ingenuos de Hispanoamérica han creído en la bondad de Estados Unidos. Han creído que invertían en Cuba, México y Venezuela para ayudar a los países subdesarrollados. No comprendían que por cada dólar invertido en Nuestra América, Estados Unidos obtenía una mons-

La desfachatez de la intervención



Artime: el jefe de los "embarcados".





La CIA: aquí se planeó, organizó y pagó la invasión

CUBA: ¿CUAL FUE EL ERROR? ¿PODREMOS RESCATAR A CUBA? EL DESASTRE DE CUBA

truosa ganancia. Ya no hay lugar siquiera para la credulidad de los ingenuos.

Estados Unidos se ha convertido en una potencia bélica y depredadora. En el artículo sobre Cuba de **U.S. News & World Report** la revista publica un cuadro impreso en tinta rosada donde admite que ha intervenido tres veces en Cuba, cuatro en Haití, cuatro en Nicaragua, cuatro en la República Dominicana, seis en Honduras, tres en Colombia, tres en Panamá, tres en México y una vez en Guatemala. Lo admite con desenfado y petulancia:

"Tropas norteamericanas entraron en Haití en tres ocasiones en 1914. Luego en 1915 las tropas norteamericanas regresaron y permanecieron allí durante 19 años de intranquilidad crónica en el país".

La intervención de Estados Unidos en Cuba ha sido hasta ahora indirecta. Estados Unidos no se ha ensuciado las manos. "Los norteamericanos son los que tienen interés en defender sus monopolios y sus propiedades y sin embargo, mandan por delante sangre morena, sangre de nuestros hermanos latinoamericanos".

Washington ha mandado cubanos destacados para recuperar sus intereses en Cuba. En lugar de escuchar la voz del pueblo cubano, escucharon las protestas de unos cuantos privilegiados que perdieron sus privilegios. Lo mismo ocurrió durante la dictadura de Batista. La embajada norteamericana en Cuba enviaba a Washington constantemente informes favorables a la Tiranía. Aseguraban que todo estaba bien en la isla y que las tropas del gobierno tenían aislado a Fidel Castro. La revista **Time** del primero de enero de 1959 publicó en la sección **Hemisphere** que a pesar de la ofensiva de Fidel Castro en Oriente, "las tropas del gobierno de Batista tenían la situación bajo control".

Esto no le ha ocurrido a Estados Unidos sólo en Cuba. Así perdieron también su influencia en China. Ayudaron a Chiang Kaishek hasta el último minuto, a pesar de que el mundo entero le aseguraba que estaba perdiendo la guerra y dilapidando el dinero que recibía de Washington.

En el caso de la invasión, Estados Unidos falló porque creyó que la opinión de una minoría era la voz de la mayoría del pueblo cubano. Creyó que su estrategia y sus armas eran invencibles. Estados Unidos tiene una enorme capacidad para producir un televisor diferente para cada habitación de una casa cuando sólo podemos observar la imagen de uno, tiene la imaginación comercial de diseñar varios tipos de fosforeras —para mesa, baño, señora u oficina—, aunque una sola sea suficiente para encender un cigarrillo rubio. Para eso Estados Unidos no está mal. Pero para abrirse paso en la política internacional no tiene habilidad. Es completamente miope.

En realidad el fracaso de Playa Girón no es el fracaso de Central Intelligence Agency, ni del Pentágono, ni siquiera del Presidente Kennedy: el sistema es lo que ha fallado.

En Cuba, por el contrario, ha triunfado un sistema: el socialismo. Un sistema que no desperdicia la inteligencia ni las energías de un solo cubano.

Los Estados Unidos no saben dónde están parados. Carecen de una política de largo alcance. La decisión de invadir a Cuba fue caprichosa y se tomó sin prevenir la reacción mundial y sin tener siquiera la precaución de decidir lo que harían en caso de que la invasión fuese rechazada. En cuestión de días Kennedy pasó de una actitud beligerante a una posición vacilante.

"A mediados de semana los ayudantes del Presidente aseguraban que estaba **firme e irrevocablemente** decidido a derrocar a Castro", afirma la revista **Time**. "Pero siguieron entonces reflexiones sobrias sobre los métodos y procedimientos para lograrlo. Una invasión de Cuba por parte de Estados Unidos representaría —inclusive por cubanos respaldados por la Marina y la Fuerza Aérea norteamericana— una inundación de protestas mundiales contra Washington, y tal vez provocaría contrataques comunistas en Berlín o Viet Nam u otras regiones. En vista de estas consideraciones, el momento de decisión enérgica se esfumó. Al finalizar la semana, los ayudantes de Kennedy dejaron de repetir que el Presidente estaba "decidido a derrocar a Castro. Ahora estaba decidido a **tratar de vencer a Castro**".

Esto demuestra la improvisación de la política norteamericana y el desconcierto cuando falla. La revista insiste en que el lunes de la invasión "el Presidente fumó dos cigarros y no mostró señales de angustia". Días más tarde, sin embargo, "mostró las primeras señales de soledad y depresión". El Presidente Kennedy, en esos momentos, buscó la compañía de sus mejores amigos.

Esta descripción de la conducta adolescente del Presidente es prueba patética de la situación de la política norteamericana. Con la misma irresponsabilidad, Kennedy podría llevar a su país, y al mundo, a una guerra nuclear que nadie desea. Las bestias heridas son peligrosas. Kennedy se considera un hombre dinámico capaz de grandes decisiones. Ha publicado un libro titulado: **Perfiles de coraje** (desde luego, se lo escribió un "escritor fantasma"). Lógicamente, Estados Unidos no debía intervenir en Cuba: tiene más que perder que ganar. Pero como con la ballena blanca, Moby Dick, hay que tener cuidado: los grandes animales, cuando están heridos son sumamente peligrosos.

"En Cuba hemos aprendido una lección", dijo Kennedy. La lección que ha aprendido es que en nuestra isla tienen que arriesgar su seguridad física y el futuro del capitalismo.

"Que no manden nicaragüenses, que no manden cubanos equivocados a pelear contra cubanos que defienden la justicia", como dijo Lázaro Cárdenas, "que ataquen ellos, los norteamericanos, y ya sabrán de lo que somos capaces los latinoamericanos".

¡MUERTE AL INVASOR!

POR CESAR LEANTE

Eran aproximadamente las 10 de la noche del lunes cuando llegamos a Jagüey Grande. El pueblo estaba iluminado pero no se veía mucha gente en la calle; al menos, eso me pareció de momento. El primer conocimiento que tuve de la guerra que se había iniciado la noche anterior, con el desembarco de los mercenarios, fue la goma de repuesto destrozada de un jeep de compañeros fotógrafos: el proyectil de una bazooka la había cercenado cerca del frente de batalla en Playa Larga.

De labios de estos compañeros fotógrafos oí las primeras noticias de la violenta lucha que había tenido y seguía teniendo lugar a unos treinta kilómetros de donde nos encontrábamos. Pero aún la guerra que se estaba librando era algo confuso para mí y sus relatos eran escenas o retazos de escenas que no podía ordenar mentalmente.

Enfrente de la esquina donde habíamos parado el jeep, había un pequeño café y en él un grupo de civiles rodeaba a un joven soldado rebelde. Avido de noticias, crucé la calle. El soldado rebelde mostraba una insignia mercenaria: estaba bordada en vivos colores y representaba un paracaídas con la cabeza de un águila negra.

—Es la insignia que usan los paracaidistas mercenarios —decía el soldado rebelde. Esta era de un yanqui. Lo mataron antes de llegar al suelo.

Nos dirigimos al centro del pueblo, frente al parque, distante una o dos cuadras. Aquí había más animación. Nos detuvimos ante una cafetería con mesas sobre una marquesina elevada y rodeada por una baranda de hierro pintada de blanco. Milicianos de larga cabellera o enredada barba se recostaban al mostrador o conversaban aquí y allá entre ellos o con civiles que los escuchaban atentamente. Sus fusiles R-2 y metralletas estaban polvorientos. A intervalos, camiones cargados de milicianos y soldados rebeldes desembocaban por la carretera, doblaban la esquina y se dirigían al central Australia. Las tropas iban envueltas en mantas y colchas, para evitar el frío aire de la noche en la carretera. Sus rostros eran graves y firmes. Los fusiles parecían crecerles de las manos.

Cerca de donde nos encontrábamos, una cuadra hacia abajo, estaba el Casino Español, convertido en improvisado hospital. Allí estaban recluídos los primeros heridos que nos había ocasionado el zarpazo brutal y cobarde del imperialismo.

Entro. El amplio salón delantero está cubierto de camas y sobre ellas reposan los heridos. Médicos, sanitarios milicianos y enfermeras —muchas de ellas no profesionales— los atienden. Es la primera vez que veo un hospital de guerra y me siento impresionado. Las sábanas blancas y almidonadas cubren los cuerpos heridos. Esta es la imagen que más se queda grabada en mi memoria: la de la profusión de sábanas blancas. Es la representación característica de un hospital.

Me identifico como periodista de REVOLUCION y pido que me conduzcan ante algún herido que haya tomado parte en la primera batalla contra los mercenarios invasores. Pasamos a un salón contiguo y me presentan a un hombre joven, de rostro afilado y barba crespa, tendido en una estrecha cama. Tiene un pie vendado y sus ojos están grandemente abiertos.

Se llama Luis Tellería y pertenece al batallón 339, de Cienfuegos. Es tirador de ametralladora 7.62.

—Hacía sólo cuatro días que habíamos bajado del Escambray —me cuenta— y estábamos cortando caña en el Australia, cuando el lunes por la madrugada, a eso de las dos y media, nos despertaron para decirnos que había un desembarco por Playa Larga.

Inmediatamente se dirigen hacia allá, distante unos 30 kilómetros de Jagüey Grande. Luis va en la vanguardia y sobre el camión que los lleva a Playa Larga instala su ametralladora.

—Cuando llegamos a la entrada de Playa Larga, a un lugar donde hay un cartel del INRA y la carretera se divide —una para ir a Playa Larga y otra para Caletón— sentimos un cañoneo muy fuerte y nos topamos con los mercenarios.

—¿Cerca?

—Pegaditos. Yo creo que no estábamos ni a diez metros de ellos.

—¿Entonces pudieron verlos?

—Cómo no. ¿No le digo que los teníamos como quien dice frente a las narices?

—¿Qué pasó?

—Que nos gritaron que eran del Ejército de Liberación, que nos entregáramos y que no nos fajáramos por Fidel.

—¿Y ustedes qué hicieron?

—¿Que qué hicimos? Pues les gritamos "¡Viva Fidel! ¡Patria o Muerte!" y otras cosas que usted no va a poder poner en el periódico. Y con la misma abrimos fuego contra ellos.

Se entabla el tiroteo. La primera batalla entre la crápula vendida al imperialismo y nuestros heroicos soldados tiene lugar. La superioridad de armas, posiciones y hasta hombres está de parte de los mercenarios. Los milicianos del batallón 339 sólo cuentan para su defensa de fusiles R-2, metralletas y ametralladoras 30. En cambio los invasores han instalado una ametralladora 50 en un lugar que domina la carretera, detrás un cañón de 76 mm. y a la derecha un tanque Sherman flanqueado por bazookas. Detrás, los morteros dejan escuchar su horrísono estampido.

La balacera es infernal. En un instante el estruendo de la metralla es ensordecedor. Miles de balas pasan silbando o dejan su trazo de fuego en la oscuridad.

—Una granizada de balas salía del cielo —me dice el herido de la cama contigua, que pertenece también al batallón 339, se llama Gregorio Padrón y está vendado en la frente.

El camión en el que viaja Luis es acribillado a balazos. Luis, con su ametralladora en el hombro y la caja donde está la cinta de balas en la mano, salta del vehículo y trata de buscar protección en la cuneta, para allí instalar su ametralladora, cuando es herido en el pie. No obstante, logra emplazar su arma y hacer fuego contra el enemigo.

La batalla se prolonga por largas horas. A pesar de la enorme superioridad de los mercenarios, el batallón 339 logra contenerlos, impedirles un fácil avance. Su fuego y su tenaz resistencia siembran el desconcierto y el pánico entre los invasores. No esperaban hallarse este recibimiento de plomo y heroísmo. Luis recuerda que en medio de la batalla le oyó gritar a un mercenario:

—¡Capitán Lombardero, estos individuos no quieren avanzar! ¿Qué hacemos?

Hacia el amanecer, el batallón 339 tiene que retroceder. Con las armas de que disponen y ya comenzando a escasearles el parque, no es posible seguir haciendo frente a aquellos mercenarios armados hasta los dientes, y con las mejores armas, por el imperialismo. Retroceden defendiendo cada pulgada de carretera. Pero entonces se dan cuenta de que están rodeados. Paracaidistas dejados caer por aviones B-26 en Pálpite, a unos 8 kilómetros del frente, les hacen fuego por la retaguardia. Los milicianos del batallón 339 se disponen a romper aquel cerco a sangre y fuego.

—Esto es de vida o muerte! —grita el teniente que los dirige y a quien apodan Oriente.

Saltan a la carretera y ripostan el fuego de los paracaidistas, que siguen siendo lanzados por los aviones yanquis. Muchos no

llegan al suelo. Balas milicianas los cazan en el aire. Otros caen en terreno pantanoso y los milicianos los ven hundirse en el fango.

En Pálpite un camión con campesinos evacuados de la zona avanza hacia Jagüey Grande. En el camión van mujeres y niños. El avión que deja caer a los paracaidistas lo ve. Cruza por encima de ellos. Se ladea para que los campesinos puedan ver la insignia de la FAR pintada en el timón de la cola. Incluso el piloto saca una bandera cubana y con ella saluda. Los campesinos, confiados, siguen viaje, cuando de pronto el avión vuelve, pica sobre ellos y abre fuego de ametralladoras 50.

—Sólo una mujer y dos niños quedaron con vida —me dice Gregorio.

Los milicianos del batallón 339 han presenciado este crimen bestial, esta carnicería sin nombre. Ven los cuerpos destrozados de los campesinos tirados en la carretera o en la cuneta. Una mujer, herida de muerte en el pecho, exclama antes de expirar:

—¡Patria o Muerte!

El relato de Luis y Gregorio, dos valientes milicianos del batallón 339, termina. Logran romper el cerco y seguir conteniendo a los invasores hasta aproximadamente las 3 de la tarde del lunes, en que un batallón de Responsables de Milicias de la escuela de Matanzas, prtenecientes al cuerpo de artillería, los sustituye en el empeño de rechazar y hacer retroceder al invasor.

—O—

Cuando me dispongo a salir del hospital, me informan que allí también está recluído un niño campesino ametrallado por los aviones yanquis cuando se dirigía con sus padres a Jagüey Grande en busca de protección.

—La madre murió y un hermano suyo recibió un tiro en la nuca. Pero él no lo sabe —me advierten.

Me acerco a la pequeña cama donde está acostado. Me muestran las heridas que tiene: una bala calibre 50 le atravesó el brazo y otra le rozó la cadera. No obstante, sonríe con su dulce sonrisa infantil.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

Me responde que Cruz Rodríguez; tiene once años, su carita es morena y sus ojos grandes y negros muy bellos. Se expresa con sorprendente corrección y su dicción es impecable. En pocas palabras me relata el drama terrible que ha vivido pocas horas atrás.

—Salimos de Soplillar esta mañana a eso de las 10, en un camión del INRA. Cuando íbamos por la carretera, un avión comenzó a tirarnos. Nos bajamos del camión para escondernos en el monte, pero hasta allí el avión nos siguió tirando. . .

Se queda callado un momento. Y luego, de pronto, una revelación que nos estremece a todos:

—Un brazo de mi mamá me cayó encima.

Trato inmediatamente de desviar la conversación. No quiero que aquel niño recuerde tanta crueldad. Le pregunto que cuántos hermanos tiene y me contesta que 9 y a otra pregunta mía que su papá trabaja "arrastrando madera", labor en la que lo ayuda toda la familia, incluso él.

—¿Vas a la escuela?

—Fui por primera vez el año pasado.

De repente el recuerdo de una escuela pequeña, de madera, pero luminosa y alegre que vi en Soplillar durante una excursión que hicimos a la Ciénaga cuando el poeta Escardó, ya fallecido, era jefe del INRA en esta zona, me viene a la mente.

—¿Una escuela que tiene un busto de Martí a la entrada? —le pregunto.

Los ojos de Cruz se iluminan. Sonríe.

—Sí, esa misma.

Pienso en la escuelita como la vi aquella vez, resplandeciente bajo el sol, y en el busto del dulce Martí delante y en este niño que pasó bajo su mirada de piedra y ahora está aquí, herido, huérfano de madre. Una frase de Martí me golpea: "El norte revuelto y brutal que nos desprecia". Y que asesina niños, pienso que le faltó agregar.

—O—

En el hospital nos enteramos de que la madre del niño Cruz está tendida en una funeraria del pueblo. Nos indican el camino y tomamos el jeep para dirigirnos hacia allá. Pero antes le echamos una ojeada al camión en que fueron ametrallados los campesinos. Está detenido frente al hospital, de la acera opuesta, en un costado del parque. Es pequeño, descubierto, pintado de rojo y en las puertas tiene la inscripción: INRA. Está literalmente zurcido de balazos; se ven los impactos de las terribles balas 50 en la plataforma de madera, en el cristal trasero de la cabina, hecho pedazos; en la carrocería y en las puertas, con grandes boquetes. No es difícil imaginarse el horror que debieron sentir en aquel pequeño camión descubierto los hombres, mujeres y niños campesinos que huían en él tratando de escapar de la muerte y que la encontraron cuando quizás pensaban que ya estaban a salvo en forma de un avión yanqui ametrallándolos despiadadamente.

El cinturón de una mujer estaba allí, sobre la astillada plataforma de madera.

No parecía una funeraria el lugar donde estaba siendo velado el cadáver de la madre de Cruz. Era una casa más, como las que se alineaban a sus lados, en una calle oscura. El féretro de la mujer asesinada por la metralla yanqui estaba en la sala; una sala reducida, de paredes altas de madera, que de no ser por el ataúd y los candelabros eléctricos, nadie habría identificado como salón mortuorio. Incluso los muebles eran comunes a cualquier casa de pueblo: sillones y butacas de rejilla.

El padre y dos hermanos de Cruz estaban allí: uno era varón y la otra hembra. El varón era un corpulento joven de unos veinte años; su nuca estaba vendada: una bala calibre 50 que a punto estuvo de unirlo a su madre en la muerte. La hembra tenía unos 13 años y sus ojos estaban enrojecidos de llanto. Temblaba su cuerpecito.

Liborio Rodríguez es el nombre del padre y por su poderosa estampa —sus musculosos brazos, su rostro enérgico, curtido por el sol, de firme mentón— se ve que es un rudo trabajador de la inhóspita Ciénaga. En Soplillar, caserío donde vive, le vinieron a avisar la mañana del lunes que evacuaran la zona porque los mercenarios habían desembarcado en Playa Larga. Su relato es semejante al de su pequeño hijo:

—En Pálpite vimos el avión. Iba dejando caer paracaidistas, pero tenía bandera cubana. Por eso nos confundió. Además, nosotros éramos campesinos desarmados, indefensos. Había mujeres y niños en el camión. No pensamos que nos hiciera nada. El avión nos pasó por encima y el piloto nos saludó. Volaba tan bajo como una palma. Luego el avión viró, se vino en picada sobre nosotros y comenzó a ametrallarnos. Nos tiramos del camión y nos metimos en el monte, a los lados de la carretera. Pero el avión volvió a virar y nos siguió tirando. Nos dio varias pasadas. Aquello fue espantoso. Después dejó caer una bomba de 500 libras en la carretera y empezó a ametrallar a los milicianos. Cuando se fue, mi mujer ya era difunta y mi hijo Cruz y este otro estaban heridos. . .

Hunde la cabeza en el pecho, veo que sus puños se cierran. Espero unos segundos y le pregunto que cuál es su opinión sobre los mercenarios. Me mira fijamente:

—Si yo tuviera un arma, estaría peleando —me dice con los dientes apretados.

—Han llegado tirándoles a campesinos y niños —agrega el hijo.

Mientras Tirso retrata a la familia frente al féretro de la madre asesinada, la niña de 13 años, Nemesia, sigue llorando y temblando

—O—

"Hoy he visto la muerte; la he visto en forma de cadáveres tendidos en funerarias de este pueblo", anoté esa noche en la libreta que llevaba. Me refería a la madre del niño Cruz, pero también a los cadáveres de dos mercenarios que había visto en otra funeraria de Jagüey. Los dos eran extranjeros: uno era norteamericano y el otro, a juzgar por su rostro indiado, cobrizo, de nariz aguileña, centroamericano: posiblemente guatemalteco.

Los dos eran paracaidistas y la herida que el norteamericano presentaba en la planta del pie, evidenciaba que había sido muerto antes de tocar tierra. Me informaron que este invasor yanqui había escupido a los médicos que intentaban salvarlo mientras agonizaba en el hospital a donde había sido trasladado.

Las caras de ambos estaban terrosas, como si hubieran caído de bruces sobre el suelo que habían venido a hollar y ensangrentar. Eran los primeros extranjeros mercenarios que mordían el polvo de la derrota, del aniquilamiento.

—O—

Esa madrugada, a la una aproximadamente, nos dirigimos al central Australia, sede de la comandancia de nuestras fuerzas en el frente de Playa Larga. Los cuatro kilómetros que separan este central de Jagüey Grande tuvimos que recorrerlos con el jeep a oscuras, pues se había tomado esa medida para evitar que los aviones mercenarios pudieran descubrir a los camiones de tropas que seguían llegando sin interrupción, así como a la artillería, que se desplazaba hacia el frente.

A lo largo de esta carretera, desde casi medio kilómetro antes de desembarcar en el central, se veían camiones estacionados en los bordes, y dentro de ellos milicianos y rebeldes silenciosos en la oscuridad, algunos envueltos en sus mantas, las armas en la mano, soportando incluso el deseo de fumar para no prender ni la más mínima lumbre.

Nos detuvimos cerca de la casa donde antes estaban las oficinas del INRA de la zona. La recordé como la había visto cuando Escardó nos la había enseñado, largos meses atrás, cuando aún la brutal agresión imperialista era sólo una nube en la distancia.

Puertas y ventanas estaban cerradas para impedir que aún la poca luz que había dentro se filtrara. La casa estaba atestada; los cuerpos de los que allí dormían cubrían el piso, hombres y mujeres. Preguntamos si la comandancia radicaba allí y nos dijeron que no; estaba en la administración del central. Nos la señalaron: era el único edificio que se veía iluminado. Pero antes nos invitaron a tomar café. Aceptamos. Y en la cocina conocí a un miliciano que había presenciado el desembarco de los mercenarios en Playa Larga y tomado parte en las primeras escaramuzas.

Se llama Plácido Salazar y este es su relato:

—A eso de las 12 de la noche vimos acercándose a los barcos. No puedo decirle cuántos eran, pero lucían grandes. Comenzaron a cañonear la planta eléctrica y luego dejaron de disparar. A las doce y media volvieron a disparar y entonces llegaron sus lanchas de desembarco. Nosotros salimos para hacerles frente, pero éramos muy pocos y mal armados.

—¿Cuántos eran?

—¿Milicianos?

—Sí.

—Unos treinta.

—¿Y ellos?

—Uff, cientos. . .

—¿Qué armas tenían ustedes?

—Sólo metralletas y fusiles R-2. Ni siquiera ametralladoras teníamos. . .

—¿Y los mercenarios?

—De todo. Fue una lluvia de balas, morterazos, bazookazos y qué sé yo cuántas armas lo que cayó sobre nosotros. Eran tantos los disparos que el cielo estaba iluminado, casi como si fuera de día. Tuvimos que retirarnos bajo la balacera. Los habíamos aguantado un poco, pero no podíamos resistir más. Por suerte no habían podido destruir la planta eléctrica y nos comunicamos con Jagüey Grande, informándoles del desembarco. Luego un grupo de nosotros cogió un camión y bajo el tiroteo partimos para Jagüey. Regresamos con el batallón de Cienfuegos y nos mantuvimos peleando con los invasores hasta la una de la tarde, más o menos, en que vinieron los Responsables de Matanzas a relevarnos. Ya ellos traían artillería y algunos tanques y la cosa empezó a ser distinta. Nosotros lo único que pudimos hacer fue contenerlos.

—¿No le parece que fue bastante?

Hace un movimiento con la cabeza y contesta:

—Si hubiéramos tenido mejores armas habríamos hecho algo más que contenerlos.

Mientras esto sucedía en Playa Larga, en Caletón, caserío distante uno o dos kilómetros por la misma costa, hacia el oeste, otro ejemplo de arrojo y coraje de nuestro pueblo contra los mercenarios invasores tiene lugar.

En Caletón había 40 milicianos, pero sólo 12 fusiles cuando los mercenarios desembar-

can e intentan tomar aquel lugar. También había un grupo de maestros y maestras alfabetizadoras, entre los que se contaban Juan Alvarez y Zoila Bermúdez.

Juan Alvarez no sabía de armas, sólo de letras. Jamás había disparado, sino enseñado a los que no sabían. Sus únicas armas hasta entonces habían sido los libros. Pero cuando los mercenarios desembarcan y avanzan a tomar Caletón, pide que le den un fusil. Se lo conceden y se organiza la resistencia.

—Los mercenarios disparaban contra el yate "Bravo", un yate que usa Fidel cuando viene aquí, porque sabían que tenía una ametralladora 50 —relata Juan Alvarez. Pero nosotros logramos quitarlo del barco y la instalamos encima de un tanque de agua que hay en una casa que está en la curva de la carretera de Playa Larga a Caletón. Por esa carretera venían los mercenarios, pero tuvieron que retroceder cuando la 50 comenzó a cantar. Les hicimos varias bajas.

—¿Podían ustedes ver a los mercenarios?

—Sí, cómo no. Estaban a menos de doscientos metros de nosotros. Hasta nos gritaban..

—¿Qué cosa? ¿Qué les gritaban?

—Que nos pasáramos a ellos y dejáramos el ejército rojo de Fidel.

—¿Les respondían ustedes?

—Sí... con fuego.

Entre tanto, las maestras alfabetizadoras evacuan a la población civil del caserío. Las llevan hasta Buenaventura, unos 8 kilómetros tierra adentro, pero no se quedan allá sino que valientemente regresan a auxiliar a sus compañeros que combaten.

—Regresamos cantando el Himno Nacional y el del 6 de Julio y el de las Milicias para que los mercenarios supieran que no teníamos miedo ni nos rendíamos...

Se dedican a cocinarles a los combatientes, a cuidar a los heridos y a ayudarlos en todo lo que pueden. Una maestra alfabetizadora, Marta Chang, incluso, combate también.

La enconada resistencia de este grupo de jóvenes se prolonga hasta la una de la tarde del día siguiente en que se retiran a Buenaventura por un terraplén que va hasta el batey de la Cocodrila, en Santo Tomás, siendo ametrallados por los B-26 yanquis. Es decir, que a pesar de todas las armas con que los había equipado el imperialismo yanqui y de su superioridad numérica, los mercenarios tuvieron que luchar durante 24 horas para apoderarse del pequeño caserío costero defendido por unos pocos jóvenes con sólo 12 fusiles y una ametralladora.

—o—

En la administración del Central Australia estaba el comandante Augusto Martínez Sánchez. Le hicimos saber que éramos periodistas de REVOLUCION y nos acogió cordialmente. En su despacho, improvisado, había planos de la zona de operaciones en las paredes y sobre la mesa. Por los pasillos iban y venían milicianos y rebeldes o dormían —pasaba de las 2 de la madrugada— en bancos de madera o tirados en el piso. En una habitación contigua al despacho de Martínez Sánchez, había algunos paracaídas yanquis y los primeros pertrechos de guerra capturados al enemigo. Los paracaídas —de nylon de seda con distintas tonalidades de manchas verdes para que se confundieran con la vegetación— no me eran desconocidos. Ya los había visto en el Escambray. Sólo que allá habían dejado caer armas y aquí hombres. Pero su destino había sido el mismo: caer en nuestras manos; allá las armas; aquí los paracaidistas, para encontrar una tumba sin honor.

Afuera camiones cargados de tropas y pesadas armas de artillería pasaban o se detenían en un terreno ledaño a la comandancia. Veíamos los imponentes cañones de 122 mm. en sus cureñas, las anchas bocas de los pesados obuses, la complicada arquitectura de las ametralladoras antiaéreas múltiples, las llamadas cuatro bocas. Era la estampa fascinante y dramática de la guerra.

Esa madrugada tuve un privilegio poco común: el de oír a Fidel Castro impartiendo órdenes militares, organizando la campaña bélica. Fidel había regresado del frente de batalla, situado en Pálpite, desde donde nuestra artillería cañoneaba al enemigo, y se encerró en el despacho con Martínez Sánchez, Osmany Cienfuegos y un numeroso grupo de oficiales del Ejército Rebelde.

Yo estaba fuera, en un soportal que daba a una explanada. No veía a Fidel, pero a través de la ventana abierta del despacho oía su voz. No era yo el único que lo oía. Luis Báez, que había regresado del frente con Fidel, también se sentó en el borde del soportal a escuchar. Y discretamente algunos milicianos nos imitaban.

Fidel hablaba por teléfono. Recibía noticias y daba órdenes. Yo estaba acostumbrado a esos generales de las películas que hablan a gritos, se enfurecen o se desgañitan para dar una orden o increpan al recibir una mala noticia, e imaginé que ése sería el tono de voz de Fidel. Me equivoqué por completo. Sí, Fidel hablaba con voz firme, pero jamás la alzaba más allá de lo necesario. Escuchaba con atención, sin interrumpir a su interlocutor hasta captar el más mínimo detalle de lo que se le comunicaba. Preguntaba constantemente, como para no dejar ningún resquicio al azar. Y cuando en su mente ya había una composición de lugar, decía lo que había que hacer sin la menor vacilación. En ningún momento su voz era insegura. Daba órdenes precisas, pero de tal modo que parecían persuasiones. De otra parte, alentaba sin estridencia y sin falso entusiasmo. Así, al comentar la batalla que estaba desarrollándose en el frente de Playa Larga, decía:

—La pelea allá es tremenda. Fernández se está fajando como un león contra el enemigo. Vamos a ver en qué para todo. Vamos a ver qué pasa mañana. Vamos a ver.

En aquel "vamos a ver" se traslucía la confianza de que venceríamos, de que nuestras tropas derrotarían a los mercenarios. Fidel no dudaba de ello. Pero no quería decirlo. No quería alentar adelantándose a victorias que aún no habían tenido lugar. El momento era grave, de lucha y responsabilidad, y Fidel no buscaba ocultarlo con explosiones teatrales.

Exigía el máximo de cada uno de sus oficiales para que vencieran todas las dificultades. A uno que le comunica que no tiene palas ni picos para abrir trincheras, le responde:

—¿Y con qué las abríamos en la Sierra? ¿Acaso teníamos palas y picos para abrirlas? Y las trincheras se abrían, ¿no?

No descuida ningún detalle. A un oficial que está en Jovellanos le ordena que se ocupe del suministro, a otro que le envíe la batería de morteros 120 de Baracoa y al comandante Sergio del Valle que haga despegar dos aviones a las cinco y media de la mañana para que ataquen por mar a los mercenarios atrincherados en Playa Girón.

Largo tiempo estuve oyendo hablar a Fidel. Más de media hora, creo. Y cuando no oí más su voz, cuando se retiró, tuve la convicción de que con un hombre así jamás podríamos ser vencidos.

—o—

A las cinco y media de la mañana, Tirso abrió la puerta delantera del automóvil de Luis Báez, donde había cerrado los ojos unas dos horas, y me dijo que teníamos que ponernos en camino hacia el frente. Tomamos la carretera del Central Australia a Playa Larga. Es fría y clara la mañana. En el trayecto voy viendo otro espectáculo bélico que me es familiar: un cerco de milicianos por toda la carretera. Ha sido tendido, el cerco, para impedir que los paracaidistas lanzados en aquella zona puedan atacar o escapar. Los fusiles de los milicinos apuntan hacia la baja pero tupida vegetación de la ciénaga. Sus uniformes están manchados por la turba fangosa. Algunos tienen sus colchas echadas por encima. Posiblemente no han dormido en toda la noche, o sólo a ratos.

Dejamos atrás el centro turístico de Guamá y la Laguna del Tesoro con sus bellísimos bohíos barnizados, sus atractivos puentes de madera, sus lindos jardines y nos detenemos en Pálpite, caserío a unos ocho kilómetros de Playa Larga.

Aquí está emplazada nuestra artillería, a ambos lados de la carretera, oculta entre los matorrales: cañones de 122 mm., obuses, ametralladoras antiaéreas de cuatro cañones; incluso varios tanques están allí, pero tan bien disimulados, que no los veo hasta que salen de sus escondrijos en la maleza.

Los signos de la guerra son visibles. La carretera aparece agujereada a trechos, una casa está reducida a cenizas, los restos de un camión incendiado humean aún. Hasta este lugar, o muy cerca de él, llegaron los mercenarios; pero fueron contenidos primero y luego desalojados por nuestras fuerzas. De vez en cuando se escuchan estampidos de mortero hacia Playa Larga.

Oigo comentar la batalla que se libró la noche anterior. Fue encarnizada. Durante seis horas nuestra artillería estuvo bombardeando al enemigo. Se lanzó una ofensiva hacia la madrugada en la que tomaron parte los Responsables de Milicias de Matanzas y la Columna 1 del Ejército Rebelde. Dos tanques avanzaron hasta infiltrarse casi en las líneas enemigas. El encuentro fue sangriento. Los mercenarios estaban bien parapetados. La ametralladora 50, emplazada a la entrada de Playa Larga, dificultaba el avance, que sólo se podía realizar por la carretera. Además, los mercenarios defendían su posición con un cañón de 76 mm., un tanque cubriendo la carretera y, detrás, una línea de morteros, a lo que hay que añadir las bazookas y rifles sin retroceso de 57 mm. con que contaban y disparaban.

No obstante su profusión y calidad de armamentos yanquis, los mercenarios fueron desalojados de su posición a la entrada de Playa Larga. La ametralladora 50 fue silenciada y tuvieron que abandonar el cañón de 76 mm. en una fuga precipitada.

Veo a los combatientes que regresan del frente. Sus caras y manos están renegridas por la pólvora y la expresión de sus semblantes es tensa. Llegan nuevas tropas que van a relevarlos en la próxima ofensiva que se prepara. El teniente de milicias Jacinto Vázquez, más bien bajo, delgado, pero que es todo bríos, dispone rápidamente la formación de sus compañías. Los hombres se alinean por pelotones a lo largo de la carretera.

El capitán Fernández, jefe de operaciones, alto, corpulento, sonrosado, a quien apodan "El Gallegó" por su origen y marcado acento español (fue combatiente en la guerra civil de España) recibe noticias e imparte órdenes. Lo veo moverse a grandes trancos de un lado a otro de la carretera. Pocas veces está en su comandancia, un pequeño bohío que mira a la carretera. Da los últimos toques a la nueva ofensiva. Dentro de poco, la artillería comenzará otra vez a cañonear a los mercenarios.

—El desayuno para los mercenarios —dice el capitán Fernández, que en ningún momento pierde su buen humor ni su amabilidad.

Como hay más tropas en la carretera hacia Playa Larga y los nuevos refuerzos empiezan a avanzar, le digo a Tirso que sigamos adelante. Así lo hacemos. El jeep cruza por entre filas de combatientes situados a los márgenes de la carretera. A trechos no muy largos asoman, entre los arbustos, las ametralladoras antiaéreas de cuatro cañones. Ahora la carretera aparece agujereada a intervalos pequeños, huellas de la cruenta batalla que se ha librado en las proximidades de aquel sitio y del ametrallamiento y bombardeo inmisericorde de la aviación yanqui. La prueba más evidente de este criminal bombardeo es la cooperativa que vemos al borde de la carretera: todas sus casas están reducidas a cenizas; en una de ellas sólo queda la desnuda armazón de hierro de una cama. Camiones del INRA, que servían para transportar frutos o víveres o materiales de construcción, han quedado totalmente destrozados por el incendio de las bombas napalm. La maleza circundante arde aún.

Sin darnos cuenta —pues no sabíamos a qué distancia exacta estaba— nos vamos acercando a Playa Larga. Ya no vemos más milicianos y la carretera aparece salpicada de casquillos y de tierra; aquí y allá una gorra abandonada, una canana, y nadie en torno. Esto nos hace sospechar que quizás hemos avanzado demasiado y estamos en terreno peligroso. Es claro a todas luces que en el lugar donde nos encontramos ha habido una intensa batalla recientemente. Detenemos el jeep. Delante de nosotros hay un cartel del INRA y más allá Tirso ve agua. Es

el mar de Playa Larga, pero yo estoy tan desorientado que le digo que es la Laguna del Tesoro. De todos modos, decidimos regresar cuando Félix Elmuza, hijo del periodista del mismo nombre expedicionario del Granma asesinado por la tiranía después de la Alegría del Pío, veo un Fal abandonado.

—Vamos a recogerlo —dice.

—Está bien —asiente Tirso. Pero pon el jeep en posición anotadora —añade en expresión jocosa.

Cardosa, que va al timón, lo hace. Y en el preciso momento en que Félix está recogiendo el Fal, suenan dos morterazos. Vemos dos columnas de polvo que se levantan a los lados del camino. En marcha el jeep, Félix salta dentro de él y regresamos precipitadamente a Pálpite. Cardosa pisa el acelerador como alma que lleva el diablo.

Fue nuestra primera experiencia con las balas.

——o——

A las nueve de la mañana, en Pálpite, todo está ya listo para la nueva ofensiva. Salen los poderosos tanques de sus refugios entre la maleza. Los cañones de 122 mm. disparan dos proyectiles para fijar la puntería. Avanzan las columnas de milicianos y rebeldes.

De repente llega una noticia sorprendente: ¡los mercenarios han abandonado Playa Larga! Por la carretera viene un grupo de civiles que estuvieron prisioneros de los mercenarios. Entre ellos hay un niño de 14 años, Antonio Fernández, en cuyo rostro cetrino se refleja el espanto de las interminables horas que ha vivido:

—Entraron ametrallando las casas —cuenta. A bazookazos destrozaron la casa de Cira y la mataron a ella y a otra mujer anciana. A nosotros nos encerraron en el Club y nos tuvieron ahí todo el tiempo, sin siquiera darnos de comer.

Por primera vez me entero de que los mercenarios utilizaron hombres-ranas en el desembarco, que muchos murieron ahogados y que nuestra aviación les hundió un barco frente a Playa Larga.

—Todo lo que traían era americano —sigue diciendo el niño. Y tenían muchas armas.

—¿Por qué se retiraron?

—Yo les oí decir que porque la milicia llegaba...

El relato de Jesús Ruiz, un joven alfabetizador, es más extenso:

—Me hicieron prisionero en la carretera, a eso de las 3 de la madrugada del día del desembarco. Ese día lograron avanzar un poco, pero retrocedieron en cuanto la milicia comenzó a cañonearlos. Los jefes tenían que obligar a vanzar a sus soldados. Algunos estaban borrachos y otros yo vi que lloraban.

—¿Borrachos? ¿Dices que estaban borrachos?

Orlando Prado y Ubaldo Montes, otros dos jóvenes alfabetizadores, corroboran este punto:

—Sí, al retirarse yo vi cómo se tomaban a pico una botella de whisky Vat-69.

Ubaldo les oyó decir también que venían de Guatemala y que en Playa Girón ya tenían organizado el gobierno, con Miró de presidente. Como dato curioso añade que usaban la siguiente contraseña: unos decían "Aguila" y otros respondían "Negra".

—¿Supieron que ustedes eran maestros alfabetizadores? —pregunto.

—Sí, nosotros no lo ocultamos.

—¿Y qué les dijeron?

—Primero que éramos unos bobos, que la Revolución no había hecho nada por los campesinos ni por el pueblo...

—¿Y las casas que se construyen en Playa Larga y Playa Girón y las cooperativas que ellos destruyeron salvajemente? ¿Qué decían de esas obras?

—No hablaban de eso..

—Sigue.

—Después nos preguntaron que si éramos comunistas o si estábamos con ellos.

—"No —les contestamos.

—"¿Entonces están con Fidel?

—"Eso no hay ni que preguntarlo".

—En la opinión de ustedes, que estaban allí, ¿la ida de los mercenarios de Playa Larga fue una retirada o una fuga?

—¡Una fuga! ¡Y a toda carrera! Ya verá usted todo lo que dejaron allí...

——o——

Y en efecto, apenas entramos con el batallón 180 en Playa Larga pudimos comprobar la afirmación de los maestros alfabetizadores. A la entrada, estaba la ametralladora 50 y a su lado, en una hondonada, el tirador y su ayudante, muertos. Detrás el cañón de 75 milímetros y entre las malezas cercanas nuestros combatientes pronto descubrieron otra ametralladora 50 con abundante parque.

Pero había otro espectáculo más impresionante que el de las armas yanquis dejadas por los mercenarios en su precipitada fuga: la muerte que habían sembrado con ellas. En la carretera que lleva a Caletón estaban tirados los cadáveres de dos mujeres. Sus cuerpos ya estaban hinchados y una de ellas era una niña de no más de quince años. Un poco más allá se veía el cadáver de un hombre con el cráneo aplastado contra el asfalto. La rueda de un camión le había pasado por encima.

Varios cadáveres de los mercenarios fueron hallados también entre las malezas circundantes.

Las arenas de Playa Larga estaban horadadas a trechos por las trincheras que habían hecho los mercenarios. Y dentro de ellas, y por los alrededores, el equipo personal y bélico que habían abandonado: granadas, ametralladoras, proyectiles de morteros, de bazookas, transmisores de radio... El equipo personal encontrado era incalculable: hasta unos sobrecitos de celofán con sal, pimienta y mostaza llevaban los mercenarios; pasta de dientes, jabón, cepillo... ¡talco para los pies! Indudablemente los mercenarios, equipados con la típica mentalidad yanqui, imaginaban que venían a Cuba de pic-nic. Y todo el equipo era yanqui: desde las medias de repuesto hasta las camisetas que tenían puestas.

Al extremo sur de la playa, había dos lanchas de desembarco, pintadas de gris con potentes motores de borda. Huelga decir que eran norteamericanas, pero en sus proas tenían pintado algo que sí era llamativo: calaveras piratas. Con ello, los mercenarios al servicio del imperialismo se identificaban a sí mismos como lo que realmente eran: bandidos que venían a asesinar y saquear a nuestro pueblo.

——o——

A la mañana siguiente despertamos con la noticia de que un avión yanqui estaba bombardeando el Australia. Desde Jagüey Grande la población lo había visto picar sobre el Central y había temor de que vaciara también sus ametralladoras y sus bombas en el pueblo. Pero cuando tomamos el jeep para dirigirnos al Australia, en el camino supimos que el avión ya había sido derribado.

Había caído, envuelto en llamas, en un cañaveral cercano al Central. Allí estaban sus restos dispersos en un área de unos doscientos metros. Era un B-26 de dos motores y en el reluciente fuselaje de la cola tenía inscrita la sigla FAR. Era una prueba concreta, visible, del engaño a que había apelado la aviación yanqui para asesinar y destruir impunemente. Ardía ligeramente, a trechos, el cañaveral ya segado y un ala se veía aquí, chamuscada, deshecha, el motor más allá y en todo el perímetro cintas y balas sueltas calibre 50 con que el avión había sembrado la muerte. Una bomba sin estallar aún estaba sobre el terreno, peligrosamente cerca del fuego.

El cadáver de uno de los tripulantes estaba en un vagón de la unidad sanitaria de la Cruz Roja. Entre las numerosas heridas que presentaba tenía una de bala en la frente, señal de la estupenda puntería de nuestros artilleros antiaéreos. Los cadáveres de los otros dos habríamos de verlos esa tarde en la misma funeraria donde estuvo tendido el cuerpo del paracaidista yanqui. Ahora un compatriota suyo había ido a hacerle compañía: el piloto del avión. Se llamaba Leo Francis Berliss y era de Boston. El cadáver del tercer tripulante cabía en una caja de madera de pocos centímetros cuadrados. Era lo que quedaba de su cuerpo carbonizado.

Jóvenes artilleros, de menos de 20 años todos, eran los que habían tumbado el avión. Las antiaéreas múltiples estaban instalados alrededor de todo el Central. Hablo con los jóvenes milicianos de una de las escuadras antiaéreas. Son 6, pertenecientes al batallón C, de la base Granma. Se llaman, Osvaldo, que es el tirador, Nelson, Reinaldo, Emérito, Orestes y el otro cuyo nombre olvidé apuntar. Me dicen que son ellos los que "le dieron" al avión. Quizás hayan sido ellos, quizás sus compañeros de otra escuadra. No importa. El caso es que fueron estos jóvenes, que se enfrentan decidida y valientemente a los aviones, los que hicieron caer envuelto en llamas este aparato yanqui y muchos otros más.

Del Central Australia nos dirigimos a Playa Girón, a donde ahora se había desplazado el frente de batalla. Nuestras fuerzas preparaban una ofensiva final contra los invasores. En la carretera entre Playa Larga y Playa Girón todavía eran visibles los estragos causados la tarde anterior por la bárbara aviación yanqui. Una columna miliciana había sido ametrallada con rockets y bombas de napalm y los vehículos en que viajaban, ómnibus y camiones, se veían aún en el camino, algunos totalmente carbonizados. Aquel brutal ataque con bombas incendiarias había causado muchas bajas entre los milicianos, pero a pesar de ello la columna había seguido y continuaba avanzando hacia su objetivo: Playa Girón, para sacar a los mercenarios de su último cubil, para aniquilarlos, para hacerles conocer el amargo sabor de la derrota sin honra.

Veo a los milicianos que avanzan por las cunetas de la carretera, bajo el sol ya ardiente a pesar de que es temprano en la mañana. Están sedientos y muchos apenas han comido en casi dos días. Los uniformes de algunos están chamuscados y los de todos polvorientos. No una, sino muchas veces han tenido que soportar el embate de la aviación yanqui. Mas no obstante, la fatiga, el hambre y el acoso de la aviación no se detienen, siguen avanzando. Miro sus caras. No hay miedo en ellas. Han visto la muerte de cerca, o caer a compañeros queridos, pero no le temen. En sus pupilas sólo brilla una decisión: aplastar al enemigo. Sus cuerpos pueden estar fatigados o heridos, pero sus espíritus se mantienen invictos. Y ese espíritu invicto que mantiene en pie a los hombres en las más duras circunstancias cuando se lucha por una causa justa y legítima, cuando se defienden no intereses mezquinos, sino el suelo patrio y el bien del ser humano, el derecho a la felicidad de los humildes, jamás podrá ser vencido, jamás podrá ser derrotado.

Y mientras miraba aquellas columnas milicianas que marchaban hacia Playa Girón pensé que me había sido concedido otro poco común privilegio: el de ver cara a cara el rostro del heroísmo.

Esa misma mañana, pocas horas después, nuestras fuerzas se lanzaron en ofensiva final contra el invasor mercenario. Fue una batalla ardua y cruenta que se prolongó todo el día. Muchos héroes ofrendaron allí sus vidas. Pero a la tarde, hacia el caer de la noche, ya el enemigo había sido derrotado y nuestras tropas entraron y ocuparon Playa Girón.

Al día siguiente, en Playa Girón, vi todo el equipo bélico que los mercenarios habían abandonado en su nueva y bochornosa fuga. Y vi también las casas ametralladas y los camiones y los tanques enemigos inutilizados por nuestra aviación y nuestra artillería. Y vi a sus muertos calcinándose sobre la tierra que habían pretendido mancillar o sobre los tanques con que los había armado el imperialismo brutal y sanguinario.

——o——

Cuando me marché de Playa Girón, comenzaban a llegar los primeros mercenarios prisioneros. Venían cabizbajos, temblorosos; en los ojos el terror de los cobardes. No debían lucir así cuando se enrolaron en Nueva York o en Miami o cuando se estaban entrenando en Retalhuleu. Entonces debían tener una estampa soberbia, de matones que se creen impunes. Pero ahora habían probado el puño justiciero del pueblo cubano y lo que estaba viendo era el resultado: parecían guiñapos.

Se había cumplido la consigna de ¡Muerte al invasor!

Mis recuerdos revolotean sin acabar de posarse cuando trato de reapresar los detalles del combate (de todos los combates) y armar esas piezas dispersas en un todo coherente. Mis recuerdos son sólo pedazos y fragmentos de impresiones, semejantes a los cristalitos transparentes y opacos de un vitral. La cuestión estriba en saber dónde va cada uno. Muchos parecen ser intrascendentes y, sin embargo, con frecuencia ésos son los más vívidos.

Fuimos muy de mañana a Playa Larga, Ernesto el fotógrafo, y yo. En el camino, cerca de la playa, las huellas de un tanque Sherman; en una zanja, el tanque, un monstruo baldado, yaciendo sobre uno de sus flancos con el hocico de su cañón apuntando impotente hacia el cielo luminoso, amenazando inútilmente a una nube viajera. Escenario neutro, insignificante —cielo luminoso, espejeo del agua, blanco camino polvoriento— hasta que uno empezaba a advertir cosas que al principio no habían llamado la atención, censuradas quizás por un subconsciente cauteloso.

En el camino, casi al borde del agua, el cuerpo de un soldado boca abajo. En la zanja donde estaba el tanque destruido, los cuerpos de dos soldados rebeldes más, jóvenes, acurrucados como si durmieran, con el rostro apacible y los ojos cerrados, el brazo y el hombro de uno de ellos arrancados de cuajo, la carne viva y los huesos astillados expuestos al sol y a las moscas como despojos de una carnicería. (La guerra no es "agradable". El que crea que voy a escribir sobre ella en forma agradable, puede irse al diablo).

Sus armas rotas, una granada intacta, las cartucheras de balas calibre 50 esparcidas por el suelo y, lleno de hoyos, como picado de viruela, el terraplén ametrallado por un avión... contaban la historia de violencia y de muerte que había tenido lugar en Playa Larga el día anterior, y decían de la valiente resistencia que se había hecho allí.

La muerte acechaba todavía desde los tupidos matorrales que bordeaban el camino. El enemigo, al retirarse, había dejado francotiradores a retaguardia que de cuando en cuando disparaban furtivamente al paso de los vehículos. El peligro mayor estaba en el cielo. Varias veces un grito de advertencia: ¡avión!, nos lanzó, corriendo a la desbandada, hacia el estrecho amparo de los árboles.

Entonces empezaron a reventar ante nuestras narices proyectiles de artillería, y nos dijeron que era nuestra propia artillería que empezaba a batir los matorrales para aplastar cualquier posible resistencia antes de que se lanzara un asalto en gran escala de la infantería rebelde.

Regresamos a la Comandancia y salimos de nuevo a fotografiar en acción las baterías de obuses que disparaban con formidable entusiasmo y disciplinada precisión. Allí hablamos un momento con Fernández, el capitán jefe de operaciones (activo, sonriente, cortés y marcial: un prototipo de soldado) y nos enteramos de que el enemigo todavía dominaba Playa Girón, que el punto de acceso más cercano a Playa Girón era Playa Larga y que hasta que la artillería no terminara su tarea no tendríamos nada mejor que hacer que irnos a almorzar.

Magnífica guerra, me dije, con visitas a lugares interesantes y ataques aéreos por la mañana, y tiempo para salir a almorzar como un antiguo generalote chino.

Fuimos a almorzar a Jagüey, y aprovechamos la ocasión para conseguir algunas naranjas que traía un camión del Central Australia y para ver a un paracaidista que había sido capturado, un jovencito ruboroso y asustado que no tendría más de diecinueve años y muy poco que decir, excepto que estaba allí.

Cuando regresamos por la tarde, Playa Larga estaba despejada. Las zanjas poco profundas que habían cavado los invasores era todo lo que quedaba de su macabra estancia en el lugar. A los cuerpos de los campesinos degollados por los hombres-ranas que entrenara la CIA (puede estarse seguro de que el Pentágono es capaz de hacer las cosas con un realismo mucho mayor que el de las peores películas de Hollywood) ya hacía rato que se los habían llevado. Nuestros tanques avanzaban traqueteando en dirección a Playa Girón y esperamos, comiendo naranjas —teníamos sed y muy poca agua— y conversando con los milicianos y mirando hacia algo que parecía ser un destructor norteamericano que rondaba a unas millas de la costa.

Es de noche. La larga hilera de hombres, camiones de avituallamiento y baterías antiaéreas se pone en marcha. Se oyen innumerables sirenas de alarma, el tableteo de las antiaéreas, detonaciones sordas que nos indican que hacia donde avanzamos están estallando las bombas y haciendo explosión los cohetes incendiarios. Cada señal de alarma supone abandonar los camiones y zambullirnos en los matorrales. Vemos los aviones elevarse hacia el cielo después de haber

PLAYA GIRON
REQUIEM al imperialismo

POR BOB TABER

Robert Taber, periodista norteamericano, fundador del Comité Pro Justo Trato a Cuba. Corresponsal de guerra del Periódico REVOLUCION en el frente de batalla de Playa Girón.

Herido en combate, Taber continúa desde el hospital donde se encuentra librando nuevas batallas contra el Imperialismo.

Trad. de A. F.



dejado caer su carga a gran distancia de nosotros. Cada vez que se acercan nos tiramos al suelo de cabeza, pero los muchachos que manejan las antiaéreas (y son muchachos, efectivamente: ninguno tiene más de veinte años) mantienen tranquilamente su posición en mitad del camino, haciendo girar los cañones y esperando lo que venga. Son artilleros prácticos de pies a cabeza, que no tienen tiempo para vuelos de la imaginación.

De pronto pasa un gran avión de transporte que avanza suavemente desde el mar hacia la faja de tierra que constituye la cabeza de playa enemiga. Es un hermoso espectáculo el que ofrecen las trazadoras de nuestras antiaéreas al converger en él desde todas direcciones, formando un precioso diseño en la oscuridad, contra un fondo musical de ¡pum-pum-pum-pum! ¡pum-pum-pum-pum! Parecía que el avión fuera a caer, agujereado, como una gran falena, pero desilusionados vimos cómo seguía alejándose tranquilamente para luego, quizás (esperábamos fervientemente que así fuera) caer al mar.

Un miliciano que está con nosotros nos hace saber, sin poner ningún énfasis especial en sus palabras —para él aquélla situación no parecía ser en absoluto nada del otro mundo— que durante veinticuatro horas había estado prisionero de los contrarrevolucionarios. Lo habían capturado en Playa Girón y reclutado contra su voluntad, poniéndole un Garand en las manos para que lo usara en Playa Larga contra "los comunistas".

Aquello revelaba la abismal estupidez de esa gente que había acabado por tragarse su propia propaganda y creía que el pueblo cubano sólo estaba aguardando la más ligera oportunidad para "libertarse a sí mismo".

El ex prisionero, un robusto y atezado

campesino treintón, dijo que los contrarrevolucionarios habían dejado de presionarlo mucho, tan pronto como descubrieron que era cubano.

"Me preguntaron si era ruso o checo —añadió riendo entre dientes— y después insistieron en que les dijera el número de tropas chinas que había con nosotros, y cosas por el estilo".

Huelga decir que el prisionero no tenía la más mínima intención de usar su flamante Garand contra alguien que no fuera precisamente alguno de sus captores. Cuando los proyectiles de artillería y las bombas cubanas empezaron a estallar en Playa Larga, realizó una discreta retirada y se reincorporó a sus compañeros de la Milicia.

Es de noche. Estoy decidido a llamar a ésta la Batalla de los Cangrejos. Enormes cangrejos moros horadan, rasgan, chocan y se arrastran en todas direcciones. En el fragor de la batalla no me importa encontrarme en un cuerpo a cuerpo con cualquiera pero, francamente, las cosas que se arrastran y roen me ponen nervioso. El sueño no acababa de llegar. Sigo sentado sobre una frazada que conseguí prestada, listo para entrarle a tiros a los cangrejos, que parecen sentirse tan temerosos de mí como yo de ellos.

Sea lo que fuere, lo cierto es que desciendo de simios: no me gusta dormir en el suelo.

Hay, a propósito, un montón de cosas que detesto. Vengo de una antigua estirpe de monos y críticos. Detesto, por ejemplo, ver a un animoso muchachón comiéndose una naranja en la deslumbrante claridad del mediodía y, un rato después, ver cómo una bomba le arranca de cuajo la cabeza. Es algo que me hace estremecerme.

Soy demasiado viejo para que un hecho físico, concreto, me desquicie. Puesto que nuestros amigos son humanos, es su risa lo que amamos, y su coraje, y otras tantas cosas impalpables, y no sus retorcidos intestinos. Sin embargo, no deja de impresionarme un poco ver un par de cadáveres acurrucados, que no están ni sentados ni acostados del todo, sobre un lecho de brasas, con las llamas chamuscando su piel, el humo negro ascendiendo, los muñones apuntando hacia un cielo implacable, en el velorio que sigue a los ataques incendiarios (con bombas incendiarias **Made in U. S. A.**, Mr. Kennedy, bombarderos B-26 que usted mandó para acá, ¡usted, vástago orgulloso de Gordon y Harvard, flor de la aristocracia de New England!) bajo cuyos efectos dos autobuses destrozados arden todavía en mitad del camino. Una visión infernal, concebida en Harvard y puesta sobre el papel en el Pentágono.

Como dije, la escena no me desquiciaba totalmente, porque no soy tan joven y he visto correr la sangre otras veces. De todos modos, me dije, bueno, si yo fuera el padre de uno de esos muchachos, ahora mismo le entraba a mordidas al mundo... Y luego de meditar un poco más: En fin, son mis hermanos, ¡y por Dios que no dejaré de enseñarme a mí mismo, con mi desgraciada máquina de escribir, cómo entrarle a mordidas al mundo!

Y resollando un poco al tomar este tipo de decisiones, volví al acecho.

Los milicianos habían sido asombrosamente bien entrenados, dado el corto tiempo de que había dispuesto la Revolución; y debido a la total ausencia de tradición militar, quedaba a salvo la tradición de las guerras de independencia de la Isla. No obstante, quedan duras lecciones que aprender.

Ernesto me había dejado solo y fui con varios miembros de un batallón de morteros, a quienes me había pegado, a buscar agua. ¡Había que verlos! Conversaban mientras atravesábamos los matorrales como si estuviéramos dirigiéndonos a un pic nic. Pensé: ¡déjame rogar porque salgamos vivos de ésta! Resultó. Al día siguiente nos enteramos de que los matorrales estaban plagados de enemigos. Fue un milagro que no nos cepillaran como patos de un tiro al blanco.

Finalmente, nos pusimos a hostigar a los cangrejos.

Amanece. El cielo está estrellado todavía. De pronto, el zumbido de un avión, uno grandazo, volando pesadamente sobre el mar y el pum-pum-pum de las antiaéreas. Las trazadoras nos indican que el tiro se queda corto. El avión prosigue su vuelo con la misma tranquilidad que un autobús, dobla la esquina —por decirlo así— sobre la faja de tierra que es cabeza de playa enemiga y, hélo aquí que de pronto empieza a procrear, como un pez grisáceo y obsceno depositando sus huevos en la limpia claridad de la mañana. Los huevos se comban y se desparraman y descienden por todas partes. ¡Paracaidistas! El enemigo está tratando de apuntalarse para hacer un último gesto de defensa en Playa Girón.

Ahora, a ambos lados del camino marchan largas columnas de hombres que llegan hasta donde alcanza la vista, y en el medio los tanques y las antiaéreas y los camiones de suministros. De un lado, la gente de Efigenio Ameijeiras —la Policía Revolucionaria y miembros del Ejército Revolucionario. Del otro, hacia el mar, los milicianos. Avanzan a zancadas, seguros de sí mismos; cualquiera podría pensar que han dormido toda la noche en una buena cama y se han levantado a tomar un buen desayuno.

En realidad, fue un miserable sueño, con el estómago vacío tras dos días de brega, con breves respiros, y estábamos marchando desde mucho antes de que saliera el sol, desde antes de ver el avión y los paracaidistas. Y a pesar de ello, los hombres avanzaban como si estuvieran en un maratón, cada uno de ellos ansioso por tener el honor de ser el primero en morir.

La muerte no está lejos. Está empezando la batalla. He alcanzado el frente de la columna y me encuentro entre los matorrales, en una estrecha faja de tierra entre el camino y el mar, con un escuadrón que está al mando de un joven capitán que no cesa de decirnos que estamos moviéndonos como un rebaño de elefantes y que tenemos que espabilarnos si es que queremos ganar aunque sea una sola guerra. Tratamos de desplegarnos por dondequiera para aprovechar la protección de las malezas y, en general, de "espabilarnos".

Al pelotón delantero se le asigna la tarea de capturar los paracaidistas que sea posible. La idea es buena, pero impracticable, ya que pronto se hace evidente que los tanques Sherman del enemigo están bastante cerca de nosotros, y no traemos bazuqueros. Nos hemos internado bastante; ahora nos retiramos unos centenares de metros, moviéndonos a través de los bancos de coral que están al borde de la playa, en lugar de hacerlo por los matorrales, y entrando a éstos de nuevo tomamos posiciones y nos ponemos a esperar.

A nuestras espaldas comienzan a estallar los proyectiles de artillería y morteros de nosotros. Los proyectiles de los morteros enemigos comienzan a explotar a unos centenares de metros al frente, en la zona que acabamos de abandonar.

Nuestros bazuqueros llegan y se adelantan, dando zancadas por entre los arbustos con los cohetes colgando a sus espaldas. El rugido de los motores de los tanques se mezcla con el estrépito de los disparos de la artillería y los morteros y nuestros tanques, que estaban detrás, pasan por delante de nosotros en fila y abren fuego, apuntando sus largos cañones y disparando con un **¡bum!** aterrador; cada cañonazo es seguido por una enorme nube negra de humo espeso y fuliginoso que se expande sobre nosotros como una manta repulsiva, opacando momentáneamente el camino, los tanques y todo lo que nos rodea.

Uno siente una súbita corriente de aire y una penetrante explosión. El enemigo también tiene cohetes, y rifles sin retroceso 75 milímetros y muchas cosas más. Le dan a nuestro tanque delantero. El escuadrón de infantería que iba agazapado tras él, muy próximo a donde yazgo al borde del matorral, se dispersa corriendo en busca de refugio entre los árboles.

A través del humo puedo ver una lengua de fuego en el tanque que ha sido alcanzado. Entonces se abre la torreta y los tanquistas empiezan a salir, trepan sobre el lomo del tanque y se dejan caer de espaldas. ¡Lo hicieron a tiempo! El tanque se estremece con una serie de explosiones, cada una de ellas más ruidosa y bestial que la anterior, a medida que las municiones que tiene dentro son alcanzadas por el fuego. Una llama deslumbrante cubre todo el tanque.

El que tengo cerca, todavía está disparando, con grandes detonaciones y humaredas, cada minuto o cosa así, y parece que han entrado en acción más unidades de artillería, que martillean nuestra retaguardia. De pronto, como por arte de magia, aparece un avión que viene hacia nosotros y se forma una baraúnda de cohetes y cañones automáticos y fragmentos de roca y polvo saltando desde la orilla del camino, casi ante mis narices, y luego un tiroteo de armas cortas que dispara hasta el último de los que están conmigo entre las matas y veo que están disparando hacia el matorral, en dirección al otro lado del camino, y que nos están respondiendo también con todo lo que tienen. El enemigo se ha infiltrado en los matorrales, por ese lado, durante la noche y ha abierto un ataque a nuestros flancos.

Trato de retroceder, agazapándome, sobre el terreno rocoso, y empiezo a envidiar a los cangrejos moros, tan bien equipados para eso. Logro alejarme lo bastante como para atreverme a caminar en un pie, y tropiezo con dos grupos de tanquistas que han dejado su tanque y están en el bosque, cuidando a un compañero que recibió un balazo en la espalda. En la cara y las manos de algunos hay quemaduras graves.

Les digo: ¿Qué tal?, o algo por el estilo, me detengo a fotografiar a un herido que viene cojeando, sostenido por dos compañeros y luego me meto por la maleza de donde salieron.

Las granadas del mortero enemigo, que revientan frente a nosotros, también nos caen detrás y algunas veces a la derecha, en el mar, levantando chorros de agua. Los estallidos se acercan cada vez más. Del otro lado de la carretera nos llega fuego enemigo de rifles y ametralladoras. Imposible detenerse a pensar dónde podría uno esconderse.

He llegado a esa etapa febril (como todos los que están allí) en que apenas siento la necesidad de ocultarme, y estoy más o menos convencido de que soy invulnerable. Pienso más bien en los demás, cuando al sentir la explosión instantánea del morterazo grito: ¡Cuidado! ¡Mortero! Y luego lanzo un ¡Ay! muy grande y sorprendido, que quiere decir que me han herido y que eso me hace saltar de indignación. Y luego grito más alto aún: ¡Pero qué malo es esto!, que quiere decir que lo que me hirió, sea lo que fuere, duele como el demonio. Pienso lo que será estar tendido en tierra hasta que uno de los hombres rana de Tony Varona venga a degollarme. En ese momento mi amigo, el capitán Guillermo Rodríguez, de la Policía (a quien conocí en el Segundo Frente Frank País en el 58) está allí, a mi lado, y los tanquistas con quienes me tropecé un momento antes me arrastran y me sacan de la línea de fuego.

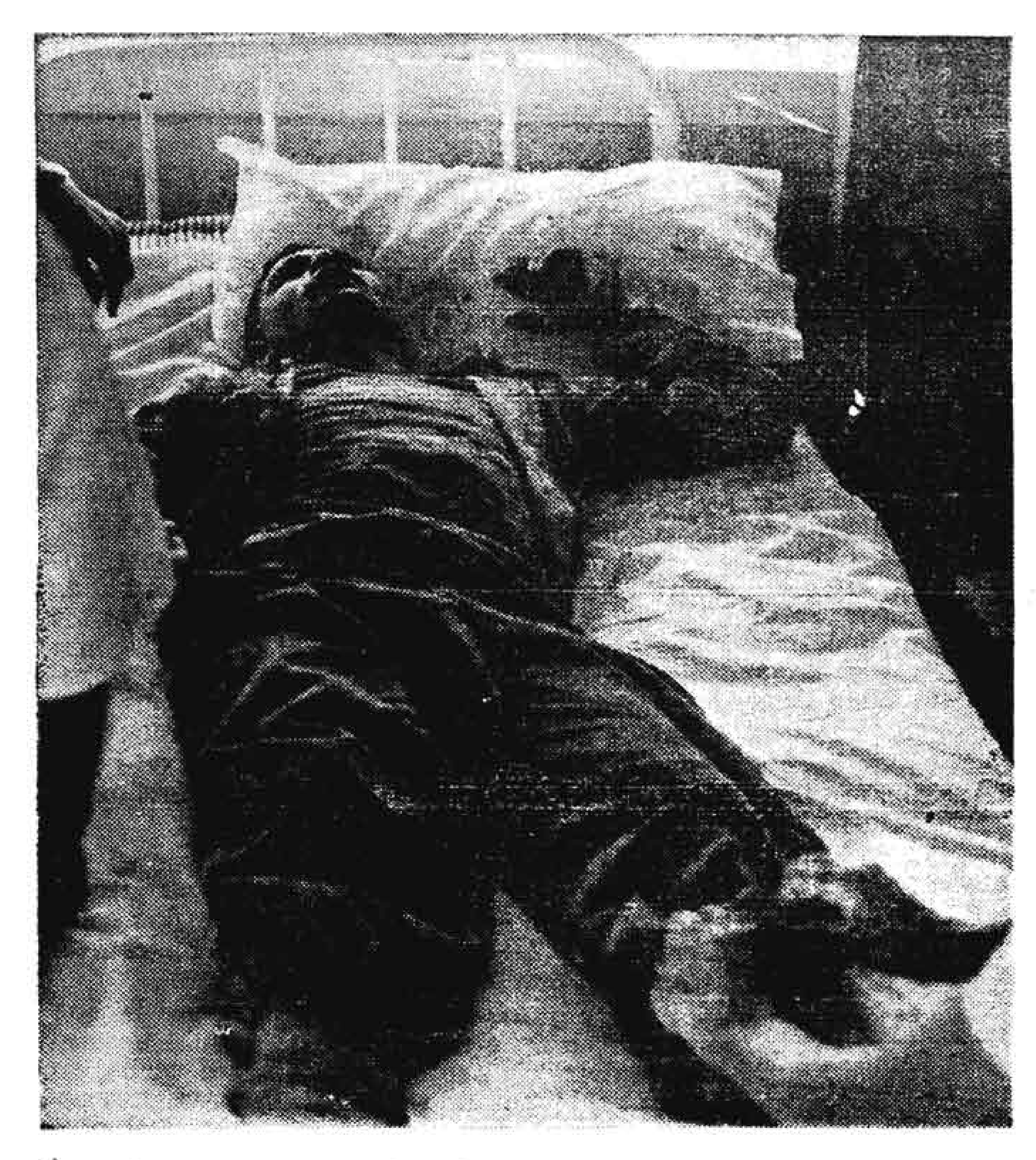
Miro mi reloj. Son las once de la mañana. Playa Girón cae a las 5 de la tarde, pero no me entero, porque me llevan para el hospital militar de La Habana.

¿Qué me ha enseñado esta batalla? Nada que no supiera antes. La diferencia es que ahora sé, porque lo he sentido y palpado, y no sólo pensado, que la siniestra conspiración que ha tratado de destruir a la Revolución Cubana desde el primer momento, es capaz de todo. Que el pueblo cubano sabe pelear, con ánimo y coraje y pelear bien, porque sabe por qué pelea. Ahora sé que ninguna conspiración y ningún ejército de mercenarios puede derrotar al ejército de un pueblo indignado. Que cuando venga el próximo golpe, como seguramente ocurrirá, toda Cuba estará mejor preparada para recibirlo y rechazarlo.

Playa Girón, sin duda, ha sido un mero ejercicio militar para los generales del Pentágono, hombres sin sentido político a quienes no les importa sacrificar mil cubanos ni varios millones de dólares en armas, sólo por qué pasa.

Pero esos generales no tienen en cuenta la opinión mundial, los elementos humanos, las chispas de la Revolución que saltan hacia el polvorín del sistema imperialista norteamericano, cuando se da un golpe así y comienza el incendio. No saben, pues, lo que hay que saber: el tronar de los cañones en Playa Girón, suena en la distancia como el réquiem por el imperialismo norteamericano: la batalla es la victoria revolucionaria en una campaña que, por dura y larga que sea, sólo podrá conducir al triunfo.

¡Venceremos!



3 EXPERIENCIAS DE ERNESTO FERNANDEZ

POR HEBERTO PADILLA

El carro de REVOLUCION trataba de abrirse paso entre las piedras que los morteros habían levantado de la carretera a Playa Larga. Eran las nueve de la mañana y arreciaba el combate. Al cruzar frente a Guamá, Ernesto, Collado y Cardosa oyeron, al principio confusas, las voces que gritaban: "Párense, compañeros, que el muchacho ese del camión está herido".

Cuando Cardosa frenó, Ernesto y Collado trataron de localizar al herido. Uno de los milicianos parapetados en las cunetas le señaló el camión sobre el que estaba un miliciano de unos 20 años con el pie destrozado por la metralla. Ernesto abrió la portezuela; pero la voz del herido lo contuvo. —No te bajes que están disparando con la cincuenta— gritó. —Yo voy solo.

—Pero tú no puedes caminar... Tú estás herido, —le gritó Ernesto. —Te digo que no te bajes—. Y, cuando Ernesto trató de alcanzarlo, el miliciano se lanzó desde la carrocería. Su cuerpo dio contra el duro asfalto. Sus manos se aferraron a la carretera tratando de alcanzar el automóvil. Ernesto lo ayudó a subir al carro y el herido se tendió allí con la respiración un poco agitada. No se quejaba.

—Llévenme enseguida al hospital... —dijo.

Cardosa hundió el pie en el acelerador y el carro avanzó velozmente por entre los obstáculos del camino.

—¿Tienes cigarros? —preguntó el miliciano.

Ernesto le dio un Super Royal, encendió un fósforo y acercó la llama al herido. Cuando se inclinó pudo ver, a través de los cristales de las puertas traseras, los camiones llenos de milicianos que venían a reforzar las posiciones.

—Ahí llegan refuerzos —dijo Ernesto.

—¿Por dónde? —preguntó el herido.

Ernesto miró nuevamente, tratando de igualar la posición del miliciano. Sólo podía ver el cielo y el polvo de la metralla.

—No veo nada —dijo el herido—. De aquí no se ve nada.

—Son muchos camiones —dijo Ernesto. Vienen de Matanzas.

—No veo nada.

—Trata —insistió Ernesto— Si te inclinas un poco los puedes ver por las ventanas de atrás...

El miliciano trató de incorporarse, pero le faltaban las fuerzas.

Entonces sonrió fatigadamente. Dijo:

—No importa. Tú me vas diciendo...

—Son los responsables de milicias —dijo Ernesto.

—¿De Matanzas? —preguntó el herido.

—Sí, los de Matanzas...

—¿Vienen muchos? —insistió el herido.

—Ahora sí que no hay problemas. —dijo Ernesto. —No quedará un solo mercenario.

El herido sonrió nuevamente. Los camiones de refuerzos seguían pasando. El carro de REVOLUCION avanzaba por el borde de la cuneta, tratando de sortear los obstáculos.

●

Uno de los B-26 se lanzó en picada en dirección a las tropas de milicianos que venían por la carretera de Playa Larga. Ernesto se colocó detrás de la alcantarilla con cinco milicianos que marchaban junto a él. Las luces de las ametralladoras se encendieron; las primeras ráfagas derribaron a dos milicianos y rebotaron contra la carretera, la alcantarilla, y las piedras calizas de las cunetas, que se deshacían en una polvareda blanca.

Cuando el avión volvió a elevarse, Ernesto salió de la alcantarilla y comenzó a fotografiarlo. Los milicianos disparaban incesantemente con las múltiples, midiendo el blanco. El grupo que se encontraba con Ernesto intentó ganar terreno hacia la línea de fuego donde el capitán Fernández daba órdenes a los morteristas; pero nuevamente el avión mercenario se lanzó en picada. Ernesto quiso fotografiarlo de frente, calculando el peligro por las luces de las ametralladoras. Un miliciano de unos trece años de edad le gritó que se echara a un lado, que se parapetara nuevamente en la alcantarilla. Ernesto siguió de pie tirando fotos.

—"Tírate o te la arranca!" —le gritó el muchacho.

Las balas calibre cincuenta de las ametralladoras del avión mercenario volvieron a rebotar cerca de las posiciones rebeldes, cubriéndolas de polvo y piedra deshecha. Todos se lanzaron bajo la alcantarilla al tiempo que las ráfagas continuaban estremeciendo el refugio a punto de pulverizarlo. Pero las múltiples volvían a disparar sobre él, ahuyentándolo.

Los milicianos se miraron. El muchacho de trece años empuñó el R-2, sin pronunciar una palabra. Estaban cubiertos de polvo y tierra. Ernesto contempló al muchacho, ahora de pie y mirando al cielo.

"Si no te tiemblan las manos te tiro varias fotos" —le dijo

Los demás milicianos se volvieron con curiosidad. El muchacho miró a Ernesto con decisión. "Prueba" le dijo. Y extendió la mano derecha marcando un punto en el monte, donde estallaban los obuses. Ernesto captó la imagen de una mano recta y segura, una mano sin temblores.

●

El hombre de cincuenta años iba vestido de miliciano. Llevaba un Fal en la mano derecha y sudaba bajo el sol del mediodía. Salió de entre los árboles cuando vio el jeep en que viajaban los periodistas hacia la línea de fuego.

—"Ey, un momento" —les gritó haciendo una señal con la mano libre.

El jeep frenó en seco y el miliciano corrió hacia ellos.

—Ayúdenme, compañeros —dijo respirando con excitación.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Ernesto.

—Mi hijo está allí, en la playa, entre aquellos matojos. Lo mataron cuando llegaron los mercenarios. Fue uno de los primeros muertos y yo quiero rescatarlo. Ayúdenme a traer el cadáver.

Los periodistas se miraron angustiosamente. Uno de los milicianos que les acompañaban explicó que el cadáver se encontraba en la línea de los mercenarios, y, de intentarse el rescate, nuestros propios obuses nos alcanzarían; que lo importante ahora era consolidar las posiciones para avanzar gradual y organizadamente.

—Fue uno de los primeros en caer, —insistió el miliciano—. Yo quisiera rescatar el cadáver..."

—Entonces hay que echar p'alante y hacerlos retroceder —dijo uno de los que iba en el jeep.

El miliciano apretó el R-2, resueltamente.

—Sí, es verdad... Hay que empujarlos hasta meterlos en el agua... Hay que barrerlos de la tierra donde está mi hijo y yo quiero rescatar el cadáver...

Entonces corrió decididamente por la carretera de Playa Larga y se sumó al grupo de rebeldes, milicianos y policías que avanzaban hacia las líneas de los mercenarios.

CUBA VENCIO

Por LUIS BAEZ Y LUIS AGUERO

El lunes, alrededor de las dos de la tarde, tres o cuatro horas después de que la radio dio la noticia, el Central Australia era ya un hervidero de gente: milicianos, soldados rebeldes, campesinos, fotógrafos y periodistas se confundían.

Alguien dijo que en la casa de un campesino había un mercenario muerto. Así era: un hombre alto, rubio y delgado. Uno de los campesinos dijo que era un *americano*, pero lo único que pudo averiguarse con certeza es que se trataba de un paracaidista. Tenía la cara pintada de negro y, sin duda, llevaba varias horas muerto.

—Es parte de su *camuflaje*— dijo uno refiriéndose a la pintura que se había aplicado en el rostro.

Más allá, en la Comandancia, estaba el capitán Fernández. El capitán Fernández, a quien todos llaman "El Gallego", es un hombre enorme, colorado, que demuestra, a cada movimiento, un pleno dominio en lo que hace. Era el Jefe de Operaciones en la zona.

Hasta entonces, aparte de algunas detonaciones esporádicas, no había una prueba evidente de que aquello fuera una guerra. Fue después, más tarde, cuando la tarde comenzaba a irse, que se escuchó el incesante ruido de la metralla de los aviones yanquis.

Desde ese momento el tiroteo no cesa un instante. Comienzan a verse las primeras unidades de nuestra artillería pesada. Más tarde, en la madrugada, el tiroteo se intensifica: ha comenzado la primera avanzada hacia Playa Larga. Se escucha el ruido sordo de los morteros y las bazucas y el monótono traqueteo de los tanques y el aullido de los aviones. Se está combatiendo. Es la guerra.

En el frente, junto con los milicianos y los soldados rebeldes de la Columna 1 "José Martí", está Fidel, dirigiendo las operaciones. El enemigo se ha replegado hacia la playa y nuestras tropas avanzan continuadamente. Casi llegando a la playa, uno de nuestros tanques está inutilizado: la aviación enemiga ha hecho un blanco.

Con el sol llegan nuevas noticias: un grupo de campesinos informan que los invasores están de retirada. Uno de ellos afirma que entre los mercenarios está un hijo de Pelayo Cuervo. Otro dice que el jefe es un sujeto de apellido Matos. Y hasta alguno se le ocurre que Manolo Fernández, el tanguista exilado, está entre los invasores. Más tarde se confirmarían algunas de las noticias.

Playa Larga es nuestra, el mismo martes, antes de que termine la mañana. Ha cesado el tiroteo, pero la guerra continúa. El nuevo objetivo es Playa Girón.

Sobre las tres de la tarde regresan los aviones enemigos. Son aviones a chorro y tienen un objetivo definido: varios transportes se dirigen de Playa Larga a Playa Girón y son ametrallados salvajemente. El enemigo no repara en su cobardía: las bombas incendiarias caen sobre los transportes y muchos heroicos milicianos encuentran la muerte en un combate donde no tenían la más mínima posibilidad de triunfo.

El heroísmo de nuestros hombres es grande: un *jeep* llega a Playa Larga: lleva un miliciano herido en el pecho. El muchacho grita: "¡Viva Cuba! ¡Viva Fidel!" Si alguien no encuentra todavía una razón lógica a la fulminante derrota que sufrió la invasión mercenaria, esta pequeña anécdota (que seguramente se repitió muchas veces) puede servirle.

Durante la noche comienza la última ofensiva. Ameijeiras, Rodiles, Fernández se dirigen a Playa Girón, último refugio de los cobardes invasores. En la mañana se produce el más recio combate. Aparece nuestra aviación y los "capitanes arañas" entienden que ya han *hecho bastante:* Artime, San Román y los demás "jefes" deciden *embarcarse* (los prisioneros dirán luego que los dejaron *embarcados).* Algunas barcazas yanquis se acercan y tratan de llevárselos. Nuestra aviación y ataca: unas barcazas son hundidas, otras logran escapar. Pero la invasión, desde ese momento, desde hace mucho tiempo atrás, está fracasada. El miércoles Playa Girón es nuestra. Allí se reunen todos nuestros líderes: Fidel, Almeida, Martínez Sánchez, Tomasevich, Duque, Bordón, Faustino y los otros. Y los milicianos y los soldados rebeldes y los campesinos. Allí están todos.

La carretera está llena de agujeros. A un lado y a otro se encuentra uno con autos y camiones quemados. Y allí un mercenario muerto: es un bulto informe y sanguinolento. En su ficha de identificación dice "L. Blanco". Es la guerra.

Los mercenarios se han dispersado. Quedaban muchos todavía, pero ya no presentan combate. Su único objetivo es huir, evadir la justicia revolucionaria. Se internan en el monte y en los manglares.

Vano sería su intento. Uno a uno, primero; docena a docena, después. Todos se entregan. Algunos lloran y se llevan las manos a la cabeza y gritan que los han "embarcado". La cobardía y la estulticia encuentran cien caras distintas.

En Playa Girón, cuando llegan los primeros prisioneros, el pueblo grita indignado. Fidel se levanta sobre las demás cabezas y ordena que se respete a los prisioneros. El pueblo calla y sigue mirando la larga fila de los apátridas.

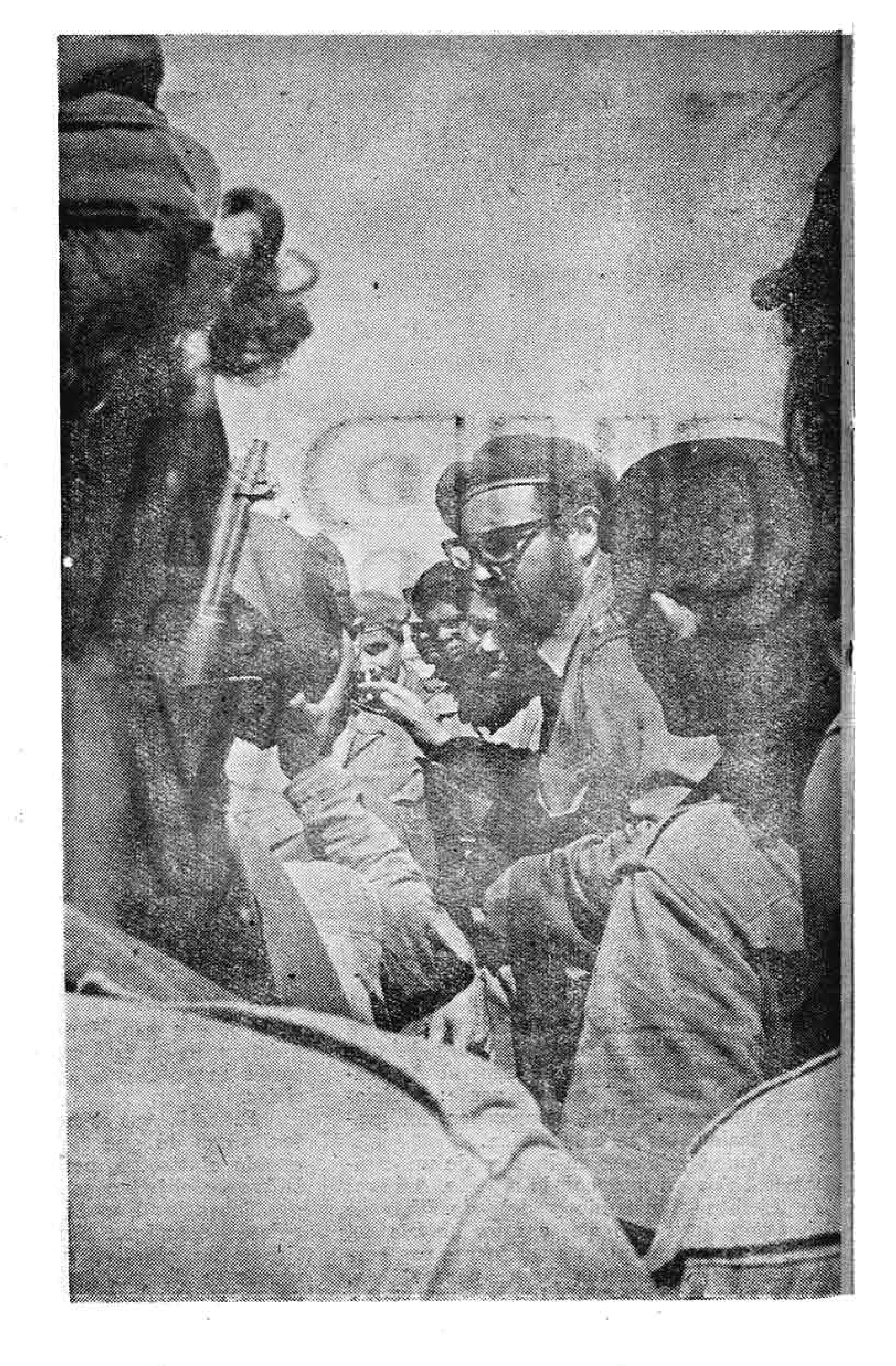
Todavía faltan muchos. Fidel explica a Duque y a Fernández lo que debe hacerse. Todos están de acuerdo que "tomando los caseríos y cerrando el cerco" los mercenarios no tienen escapatoria posible. En un momento de la conversación Duque cuenta que estuvo detenido y que logró escaparse y llevarse con él a los cuatro invasores que lo apresaron junto con el capitán Bouza. Fidel sonríe y le dice:

—Tú tienes un brujo atrás. (Duque fue prisionero de Sánchez Mosquera, en la Sierra Maestra, y también logró evadirse).

Más tarde continuarán entregándose los invasores. El pueblo verá bien claro quiénes pretendían "liberarlo": hijos de antiguos y corrompidos politiqueros como Miró Cardona y Antonio de Varona; asesinos de la tiranía batistiana como Calviño; curas falangistas como Las Heras y Lugo; latifundistas como los hermanos Babum; traidores como Orlando Cuervo. Todos ellos juntos, como un día dijera Fidel, formaban un repugnante brebaje sazonado y cocinado en las ollas de oro de Kennedy y Dulles.

La guerra había terminado. Algunos niños campesinos perdían sus padres, algunas madres perdían sus hijos milicianos. Esa era el duro, insalvable precio que pagaba la patria.

A la vuelta regresaban los héroes de las trincheras. Impresionaban los artilleros, casi unos niños. Los de la base "Granma", con "Pepín" Alvarez a la cabeza. Los milicianos con sus cabezas blancas llenas de polvo ("niños canosos", dijo alguien). Los barbudos de la Columna 1 "José Martí". Las mujeres. Los niños. Los viejos. El pueblo. Cuba. La victoria.



R

CON FIDEL

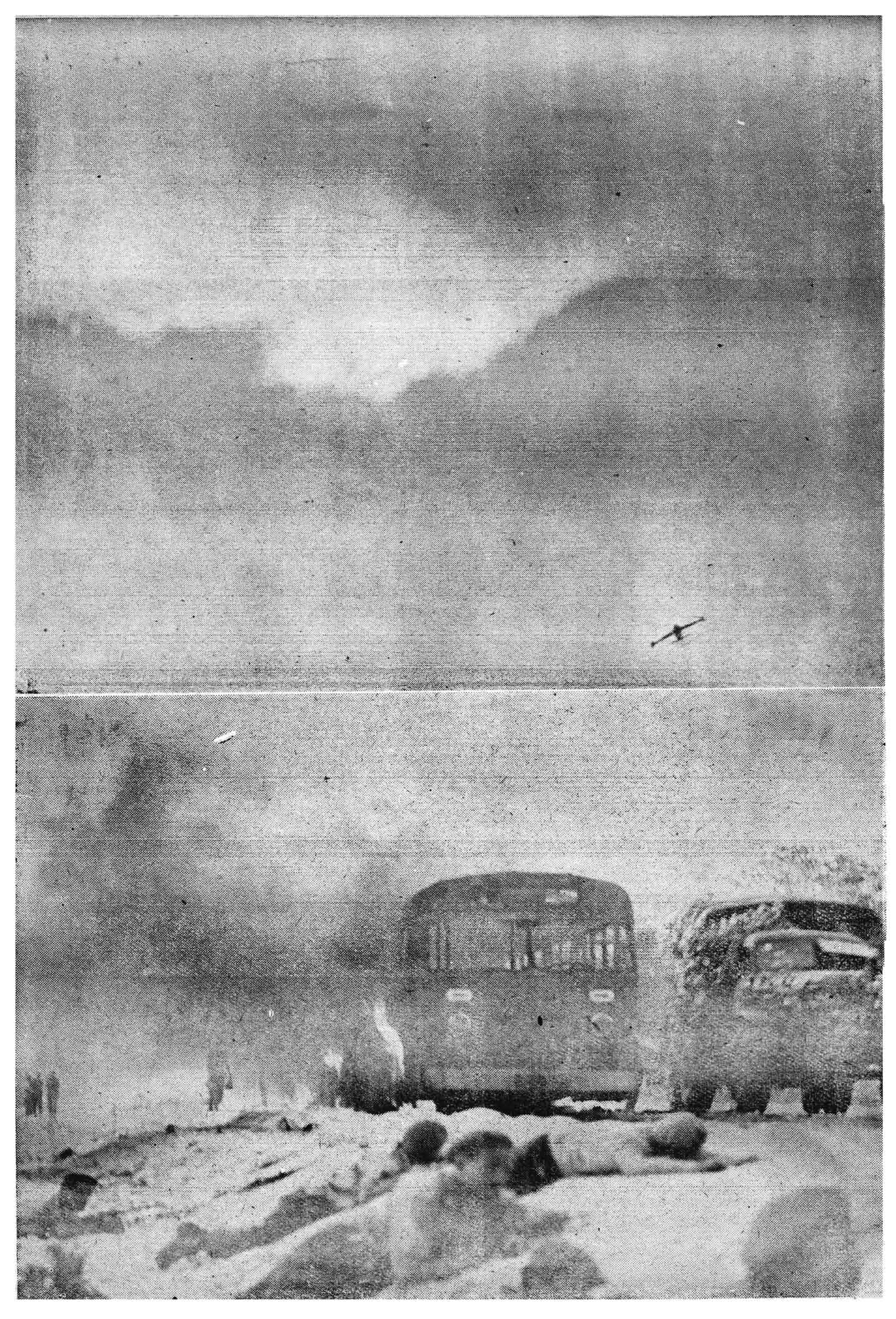
El pueblo valeroso, la artillería, los combatientes, los fusiles, los aviones, las antiaéreas, las armas que el pueblo supo empuñar para la gran victoria











HISTORIA DE UNA INVASION

Por FIDEL CASTRO

(RELATO TOMADO DEL TRASCENDENTAL INFORME AL PUEBLO, HECHO POR NUESTRO COMANDANTE EN JEFE A TRAVES DE LA TELEVISION).

Así es que atacan con la aviación dos días antes. Cometen un error. Pasó el domingo y nada.

Estaba pasando de domingo a lunes, cuando a las tres y cuarto de la madrugada —y ese día sí me había recostado, porque habíamos tenido la manifestación, el acto—, por la madrugada me comunican y le comunican a los demás compañeros de que se estaba combatiendo en Playa Girón y en Playa Larga, donde el enemigo estaba desembarcando, y allí estaban resistiendo los pelotones que estaban de vigilancia en esa zona.

Mandamos a comprobar, a ratificar, en estas cosas siempre hay que tener la seguridad, porque luego llegan las noticias de que hay barcos por tal punto, hay barcos por otro punto; y entonces, el hecho es que ya, de una manera cierta, total, y con los primeros heridos de los combates, llega la noticia de que una fuerza invasora está cañoneando fuertemente con bazookas, con cañones sin retroceso, y con ametralladoras cincuenta y con cañones de barcos, está atacando fuertemente Playa Girón y Playa Larga en la Ciénaga de Zapata.

Ya no había la menor duda de que, efectivamente, estaba produciéndose un desembarco por aquel punto, y que aquel desembarco venía fuertemente apoyado por armas pesadas.

Y la gente comenzó de inmediato a hacer una heroica resistencia allí. La microonda de Playa Girón y de Playa Larga comunicando, y estuvieron comunicando del resultado del ataque, informando sobre el ataque, hasta el mismo momento ya en que, como consecuencia del ataque mismo, dejaron de funcionar las microondas, y de tres a cuatro de la mañana ya no hay más noticias de Playa Larga y de Girón por las microondas allí establecidas, puesto que ya habían sido silenciadas las comunicaciones.

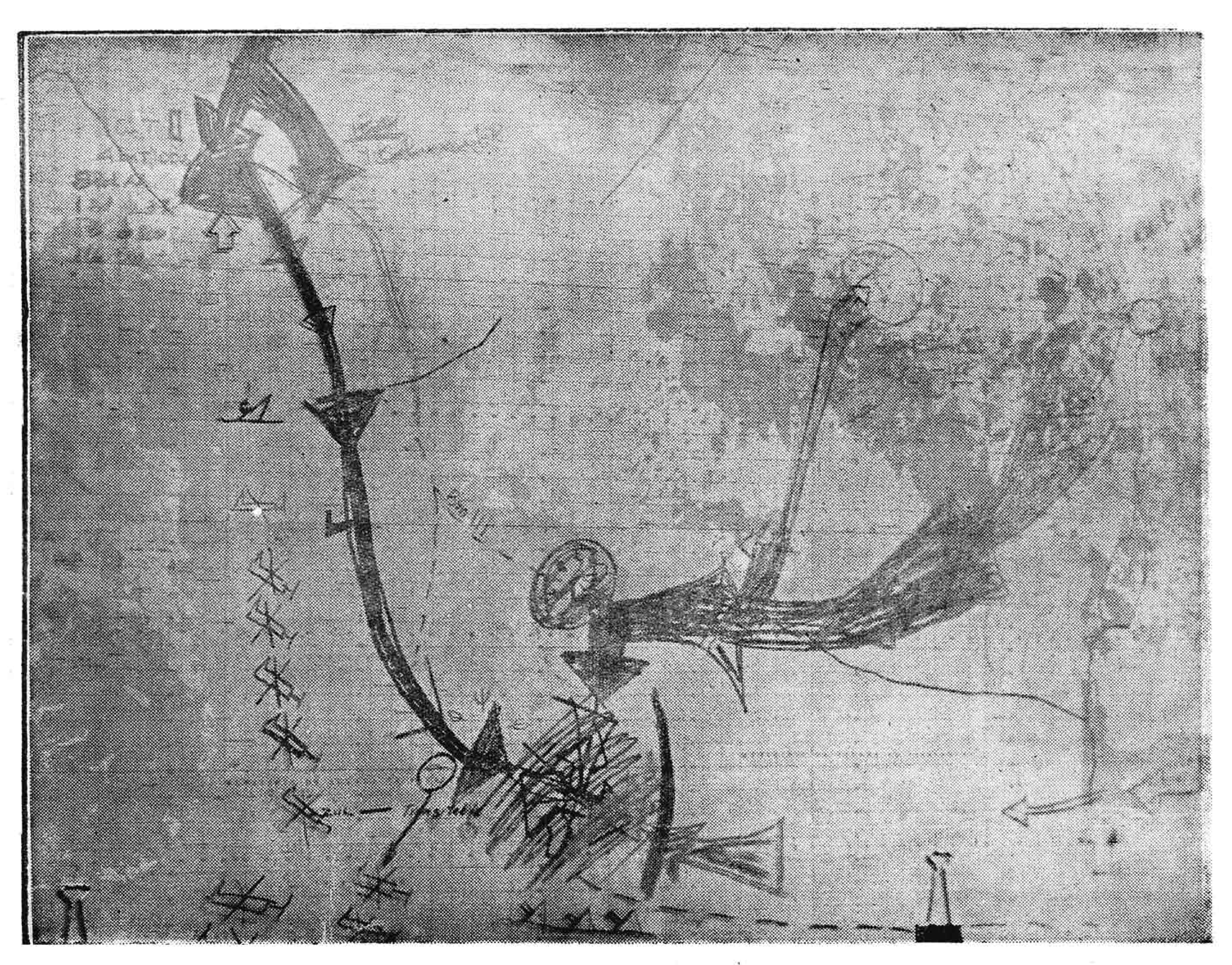
Entonces ya estábamos frente a esa situación.

Mire (comienza a señalar el mapa), ésta es la Bahía de Cochinos, ésta es la Bahía de Cienfuegos. Nosotros habíamos considerado, entre los distintos puntos de desembarco, esa zona como un posible punto de desembarco.

Entonces, había un batallón de Cienfuegos, situado en el Central Australia; había distintos pelotones de campesinos carboneros que estaban armados, por la zona de Cayo Ramona, de Soplillar, de Buena Ventura, distintos núcleos que se sumaron inmediatamente allí a los compañeros que vigilaban esas posiciones, y que se sumaron, y que fueron los primeros que se enfrentaron a los agresores.

Este mapa ya es más grande (se dirige a otro mapa). Playa Larga está aquí; Girón está aquí.

Voy a volver acá para hacer una explicación (se dirige al mapa en que estaba situado anteriormente). La Península de Zapata tiene estas características. Este pedazo de tierra firme de orilla de la costa; hay un pedazo de tierra firme de cinco, seis, ocho, diez... dos, tres kilómetros a la orilla de la costa, tierra firme, rocosa y de monte, hasta por aquí. Pero al norte de este pedazo de tierra firme, es una zona



de ciénaga absolutamente intransitable.

UNA ZONA INTRANSITABLE

Es decir, señaló allí (se dirige a Osmany Cienfuegos que está al lado del mapa). Esta es una zona de ciénaga absolutamente intransitable. Antes no existía la menor comunicación; había unos ferrocarriles de vía estrecha del Central Australia a Cochinos, y de Covadonga a Girón. Así que ése era un lugar completamente intransitable; un ferrocarril de vía estrecha era la única comunicación que tenían los campesinos en esa zona.

En la zona de Ciénaga de Zapata es uno de los puntos donde más ha trabajado la Revolución. Ha hecho tres carreteras que atraviesan la Ciénaga; tres carreteras atraviesan la Ciénaga (Son los puntos de entrada a aquello). Los carboneros de la Ciénaga... aquí viven miles de personas y vivían en las peores condiciones de vida que pueda imaginarse nadie. Les compraban el saco de carbón a seis o siete reales, les cobraban pie de monte, y luego los intermediarios que sacaban el carbón por aquí, por este ferrocarril de vía estrecha, lo vendían a un precio dos y tres veces mayor.

Es decir, que era la población más pobre y más abandonada de todo el país, y uno de los lugares donde la Revolución ha hecho más es, precisamente, en la Ciénaga de Zapata. Ha desarrollado centros turísticos en la Laguna del Tesoro, Playa Larga y Girón; se han construido vías de comunicación, no solamente esta carretera, sino se han construido cerca de doscientos kilómetros de carreteras y caminos en la Ciénaga de Zapata, por donde los campesinos ahora sacan el carbón, sacan la madera. Los ingresos de la población en esa zona han incrementado de manera extraordinaria; personas de ganar ocho, diez y doce pesos al día extrayendo maderas y hasta más. Gente que vivían en unas condiciones terribles.

En la Ciénaga de Zapata había cuando se produce la invasión doscientos maestros, había doscientos maestros en la zona de la Ciénaga de Zapata alfabetizando en el momento en que se produce la invasión. Eso da idea del punto que han escogido esta gente.

LA POBLACION AL LADO NUESTRO

Y es muy importante, porque demuestra cuál es la mentalidad imperialista, al revés de la mentalidad revolucionaria. El imperialista va a la geografía, analiza el número de cañones, de aviones, de tanques, las posiciones; el revolucionario va a la población social, cuál es la población. Al imperialista le importa un bledo cómo piensa o cómo siente la población que está allí, eso le tiene sin cuidado; el revolucionario piensa primero en la población, y la población de la Ciénaga de Zapata era enteramente nuestra.

¿Por qué? Porque era una población redimida de la peor miseria, del peor aislamiento. Aquí un niño... en esta zona hay unos lugares que se llaman Santo Tomás, el Vínculo y Madioderos, que son pueblecitos de por aquí, que antes de que estuviera la carretera, que ya llegó a Santo Tomás y sigue hacia el Vínculo, uno de los camiones tenía que sacar la mercancía y todo por Caucliso, y tardaba tres días en llegar a Matamanó. Allí se morían los niños sin posibilidad de llevarlos al médico, porque tardaba tres días cualquier persona en llegar a la civilización en determinadas zonas de la Ciénaga de Zapata.

Yo me recuerdo que conversando con unos campesinos de aquella zona, por esta zona de Santo Tomás, me dijeron: "Mire, el hombre resiste más que el perro, porque aquí hay perros que se murieron de hambre y nosotros no nos morimos de hambre (Aplausos) hubo perros que se murieron de hambre, hubo perros que se morían de hambre y nosotros no nos morimos de hambre. El hombre resiste más que los perros". Esa es la frase de un campesino de la zona de Santo Tomás.

La campaña de alfabetización que se estaba desarrollando en esos lugares era una cosa fantástica; era uno de los lugares pilotos de la campaña de alfabetización. Todos estos pueblos, Jagüey Grande, Covadonga, Australia, todos estos pueblos de por aquí no tenían acceso al mar, eran ciénagas exclusivamente. Ahora toda esta gente tiene playa a Playa Girón y Playa Larga van miles de personas los domingos, aun cuando no está terminado. Existía el propósito de dejar inaugurado Playa Girón para el 20 de Mayo; también la Laguna del Tesoro, Playa Larga; se estaba trabajando intensamente.

Hay doscientos hijos de campesinos, no; trescientos hijos de campesinos de la Ciénaga estudiando en La Habana, que están estudiando cerámica, que están estudiando en curtido de pieles, mecánica, carpintería; porque se van a establecer allí una serie de industrias de curtir pieles, de trabajos de mecánica, de cerámica, de carpintería.

Y tenemos 300 muchachos y muchachas estudiando en La Habana. Por cierto que a dos de esas niñas que estaban aquí, a la madre la mataron en el ataque aéreo los mercenarios. Hay una historia de una de las hermanitas de ellas, que tenía una obsesión con que le compraran unos zapatos blancos, unos zapatos blancos. Por fin los padres le habían comprado un par de zapatos blancos, y en medio del bombardeo la niña lo que quería era buscar los zapatos blancos, ir a buscar los zapatos blancos a la casa. Por fin recogió los zapatos, incluso ametrallados, casi destruidos. Y a la madre de esa niña, la perdieron en el ataque de los mercenarios allí.

DONDE MAS HA HECHO LA REVOLUCION

Pero era el hecho que había doscientos maestros en la Ciénaga de Zapata, y trescientos hijos de campesinos estudiando en La Habana, en la zona esa de Cubanacán, y el standard de vida de toda esa población altísimo: caminos, médicos, trabajo. Se había convertido la Ciénaga de Zapata

en un lugar de los más concurridos y de los más visitados.

Esa es la situación de la población donde estos mercenarios desembarcan. Van a desembarcar en Playa Girón, donde hay un pueblo que tiene 180 casas, un centro que tiene 180 casas, y que va a tener capacidad de albergar más de mil personas, porque son centros turísticos, que van a estar organizados de manera que puedan ir los trabajadores, las familias más humildes del pueblo. Allí, nada menos que allí en Girón y la Ciénaga, lugares que hemos llenado de carreteras, en un pueblo construido por entero por la Revolución, que tiene campo de aviación y todo allí, es donde los mercenarios pensaban instalar su territorio. Allí, nada menos, es donde iba a instalar su territorio ocupado, el imperialismo, el lugar donde más se ha hecho en menos tiempo; posiblemente en ningún lugar del mundo se haya hecho más por una población, que lo que se ha hecho por la Ciénaga de Zapata en dos años.

Fíjense si son ajenos, fíjense si son indiferentes por completo a cómo piensa la población, que vienen allí. ¿Por qué? Porque geográficamente el lugar les convenía para el plan. ¿Cuál es el cálculo que hacen ellos? Ellos tienen una Brigada de unos 1,300 ó 1,400 hombres, bien armada. Nunca ha combatido en ninguna guerra una unidad de combate con el equipo militar que tenía esta Brigada. Es decir, que las armas más modernas del ejército americano y más efectivas, se las entregaron, en cantidad enorme. Calculen ustedes que nosotros habíamos ocupado hasta hace tres días: 60 bazookas; tenían morteros pesados de 4.2, ocho morteros pesados; varios cañones antitanques sin retroceso, de 75 milímetros; cañones antitanques sin retroceso, de 57 milímetros; cinco tanques Sherman o M-41, que es lo mismo; tanques modernos con antiaéreas, con cañones potentes; 10 camiones artillados y blindados con ametralladoras 50.

Es decir, que para el número de hombres, el equipo de armamentos... una cantidad fabulosa de ametralladoras. En ninguna guerra, ninguna unidad del ejército americano tenía el equipo de combate que le entregaron a los mercenarios.

EL DOMINIO COMPLETO DEL AIRE

Entonces ellos calculan lo siguiente, para realizar su plan de apoderarse de un pedazo del territorio nacional. Lanzan el ataque sobre Girón, contando con el dominio total del aire. Ellos han lanzado su ataque el día 15, y por aquí... (Busca documentos)... Ellos consideran que dominando totalmente el aire, apoderándose de un aeropuerto grande que hay en Girón, donde pueden descender aviones grandes, tomar Girón, y en uno de los barcos traían de 30 a 40 mil galones de gasolina de avión. Porque ellos empezaron a operar sus aviones desde Nicaragua, para ya establecer la base de operaciones. Ellos contaban con el dominio completo del aire. Entonces, contando con el dominio completo del aire, apoderarse de ese territorio, que como está rodeado por mar completamente... entonces, es una posición muy difícil de atacar, porque hay que atacarla por esta carretera que pasa sobre la Ciénaga, es decir, que tiene tres o cuatro puntos de entrada solamente. Y esos tres o cuatro puntos de entrada se podían defender perfectamente con tanques, con cañones antitanques, y con morteros pesados, de donde cualquier fuerza atacante se veía obligada a avanzar por las carreteras sobre la Ciénaga, completamente desprovista de protección, porque no hay árboles, no hay nada; hay que ir por la carretera. Un tanque destruido ya, o dos, sobre la carretera, se convierte en un obstáculo insalvable, porque los propios tanques obstruccionan el camino.

Y entonces, esa fuerza tenía que atacar bajo el fuego de los aviones enemigos. Es decir, que ellos, con la Brigada, se apoderaban de ese territorio, tomaban esas carreteras, y entonces se atrincheraban allí en posiciones muy difíciles de tomar, más el dominio aéreo, ya establecida la cabeza de playa, el aeropuerto allí, el abastecimiento por mar y por aire, entonces crear allí el territorio, de donde ellos contaban con hacer una guerra de desgaste contra el país.

Es decir, que ellos organizan un plan perfectamente estudiado, minuciosamente estudiado, con todos los detalles... Aquí están los planes organizados con todas las características con que los americanos realizan sus operaciones militares. Por eso ellos se deciden; ellos escogen ese territorio... ellos no pueden ir a Isla de Pinos, y van a fabricar otra isla aquí, rodeada de agua y rodeada de Ciénaga, y a donde no se puede llegar más que por tres puntos. Ellos pensaban contar con ello para dominarnos. Ellos no tenían la menor duda de que iban a contar con el dominio aéreo.

LOS INFORMES DE OPERACIONES

Y aquí están los informes de operaciones, todos los planes de operaciones explicando las fuerzas nuestras. Dice: "Fuerza Aérea. Véase apéndice B para información sobre las localizaciones y capabilidades operacionales actuales del equipo de la Fuerza Aérea Cubana.

2.—La Fuerza Aérea está completamente desorganizada y tiene sumamente poca capacidad operacional. Desde la purga drástica llevada a cabo por Castro, en junio de 1959, se ha quedado la Fuerza Aérea sin pilotos capacitados y sin especialistas entrenados en la manutención y las comunicaciones". Vean cómo ellos aquí no hablan de Migs ni nada de eso. Esa gente son tan descarados que el día que bombardean con aviones B-26, venidos de Nicaragua, lanzan al mundo la versión de que eran aviones nuestros, es decir, queriendo decir que nuestros aviones, los aviones que nosotros teníamos eran los aviones americanos que le habían dado a Batista. ¡Ah!, pero cuando con los aviones viejos y desgastados les desguazamos sus aviones, su fuerza aérea, entonces dijeron que eran Migs-17 los que teníamos. Nosotros no tenemos Migs. ¡Ojalá hubiéramos tenido unos cuantos Migs aquí en estos días! (Aplausos).

Ellos dicen: "La Fuerza Aérea está completamente desorganizada, sin pilotos capacitados y sin especialistas entrenados en la manutención y en las comunicaciones. La Fuerza Aérea, no tiene escuadrones organizados, ni vuelos, ni unidades convencionales, dependiendo, por el contrario de salidas individuales controladas y despachadas principalmente por el Cuartel General de La Habana. La mayor parte de los aviones son anticuados e inoperativos, debido a la manutención inadecuada y a la falta de piezas de repuesto. Los pocos aviones que son operacionales, se consideran como capables para alzar vuelo, pero no enteramente en condiciones de combate. La eficacia de combate de la Fuerza Aérea es casi inexistente; posee una capabilidad de aviso de prevención limitada para oponer unidades marítimas y aéreas, y podía librar ataques de acosamiento en contra de invasores levemente armados, pero en términos generales está limitada al transporte de tropas y materiales, ataque de ametralladora por aviones en vuelo, y patrullas oculares".

APOYO EN LA FUERZA AEREA

Es decir, que ellos hacen el análisis de nuestra Fuerza Aérea, analizan que son aviones viejos, desgastados, sin piezas de repuesto. Claro, ellos tienen veinte y tantos aviones nuevecitos, con todas las piezas de repuesto, con todas las bombas, con todos los "rockets", con todo el parque que les dé la gana. Así que ellos están estudiando la ventaja de su aviación abastecida, más pilotos mercenarios americanos y de los que habían estado con Batista, de ese tipo de aviones; están considerando que tienen, además de una fuerza aérea bien abastecida, provista de repuestos, enteramente nueva, pilotos que van a dominar el aire. Ellos están contando con el dominio total del aire. Y como si no bastara esa opinión que tenían, quisieron además destruir esos aviones viejos, lo que habría puesto al enemigo en condiciones de tener en el aire de veinte a treinta aviones, frente a una fuerza nuestra desprovista de aviones.

Ellos, en el parte que dan de las operaciones: "Reporte de la fuerza aérea: En el día de antes de ayer —es la Brigada informando—, en el día de antes de ayer se realizó un ataque aéreo a la Base de San Antonio, poniendo fuera de funcionamiento de 8 a 10 aviones... (Risas); en Ciudad Libertad, de 6 a 8 aviones; Santiago de Cuba, doce aviones. Hoy se derribó un B-26, No. 903, y un Sea Fury fue averiado, éste fuera de acción por una semana. Destruido un camión rojo y blanco que contenía de 20 a 30 hombres. 18 hombres muertos. Una fragata destruida por la fuerza aérea entre Batabanó e Isla de Pinos". Esta información fue dada por el piloto Fatta. "Nuestras fuerzas de infantería derribaron un Sea Fury y averiaron otro... corrección, un B-26, quedándole a las fuerzas enemigas 8 chorros, 2 Sea Fury, y de 1 a 2 B-26. La fuerza aérea nuestra tiene las siguientes misiones para el día de hoy: de 3 y media a 4 p.m., proteger zona objetiva; 6 aviones, por la noche, tratarán de destruir el resto de la fuerza aérea enemiga".


Ese es el informe que ellos dan desde el punto donde han desembarcado. Ellos dan por descontado el dominio total del aire, y con el dominio total del aire, posesionados en esta entrada de la Ciénaga, hacerse allí infranqueables, inexpugnables; entonces contar con ese territorio donde ya,



La pequeña GUERRA TOTAL de UPIAP

(mapa táctico)

Informes: CIA. Informantes: ALLEN DULLES Memo: A JACK KENNEDY, CON AMOR.



Si en Israel piensan todavía que Joseph Goebbels no ha muerto y quieren encontrarle sus comandos vengadores, que vayan a los cuarteles generales de Uplap. Esta tierra del Nunca-Nunca está en la isla de Manhattan. Allí, en el directorio telefónico, pueden encontrar al verdugo nazi: si Goebbels está vivo tiene que estar por allá: en las oficinas centrales de la Associated Press o en el buró central de United Press International: Goebbels, de vivir, viviría en la capital de Uplap. ¿No fue él quien dijo que las mentiras mientras más grandes mejor se creían? Este lema fascista es sin duda el lema de Uplap, puesto en práctica la semana pasada de manera violenta y fugaz. En torno al bochornoso raid nazi a la Ciénaga (los mercenarios, buscando su verdadera habitación, escogieron la Bahía de Cochinos para hacer su chapucería) tanto la agencia AP como la UPI rivalizaron en la confección de mentiras... para su mal. Los sapos y culebras que salían de sus bocas sirvieron para alimentar a sus gusanos de seda y de algodón manchado, quienes creyeron —¿religiosamente?— cada mentira que les suministraban de Uplap. Antiguamente corría la especie de que para darse valor el soldado no tenía más que tomar ron con pólvora. Hoy se sabe cuál es el antídoto para la cobardía de un mercenario: un cable cualquiera, pero de la marca "Upiap".

De entre los cables que se comieron como bellotas de valor los "libertadores" de Miró (se pronuncia Mai-ro), exponemos algunos al pueblo de Cuba como muestras de lo que en Upiap se llamó "La batalla por la libertad de Cuba" y que nosotros —más modestos, sin la imaginación de los goebbels del Rockefeller Center, tropicales, en fin— llamamos "La pequeña guerra total de Upiap".

abiertamente, empezar la guerra de desgaste contra nuestro país. Ese era el plan de ellos, plan que fue trazado con toda la minuciosidad que pudiera cualquiera imaginarse.

EL PLAN DE ABASTECIMIENTO

Miren ustedes, esto es, por ejemplo, "Plan Administrativo I-400, que acompaña el Plan de Operaciones I-200, referencia a Mapa de Plan de Operación Pluto, uso horario local, abastecimiento, unidades de asalto anfibio, unidades de asalto paracaidístico, abastecimiento y materiales disponibles inmediatamente en la zona operativa, plan para el desembarco de abastecimiento, anexos a plan, control y distribución, reabastecimiento, anfibio, paracaidístico, evacuación y hospitalización, transporte carretera, medidas de control, circulación, informes, servicios, funciones, etc.

Fuentes de Abastecimiento. Navíos de la Brigada operando de las bases logísticas de la Brigada.

2.—Código de colores:

a) Rojo: Abastecimiento para el período de D a D+10. Tonelaje total: 415. Cargados a bordo de la "Ballena". Descargados inmediatamente después del desembarco de las tropas.

b) Azul: Abastecimiento para el período de D+11 a D+20. Tonelaje total: 530 toneladas. Cargados a bordo del "Atún". Descargados después de la descarga del cargamento rojo.

c) Verde: Abastecimiento para el período D+21 a D+30. Tonelaje total: 607, puestos en las bases logísticas de la Brigada de antemano, programado para entrega por la vía aérea y marítima comenzando en el día D+21.

Blanco: Municiones para las armas pertenecientes a las naves. Tonelaje total: 25.

Amarillo: los abastecimientos que serán requeridos allende del período de 30 días entregados con incremento de 10 días. Tonelaje total: 867.8 toneladas.

Negro: Fardos de armas para fuerzas guerrilleristas y amigables, cooperando o uniéndose a la Brigada. Estas consisten de armas, municiones, equipos de comunicaciones, abastecimientos médicos. Armas para mil hombres a bordo de la "Marsopa" y la "Barracuda", respectivamente, y para dos mil hombres a bordo del "Tiburón". Armas para otros cinco mil hombres disponibles para entrega en el momento en que sea pedido, o bien por la vía aérea o marítima.

Peso total de las armas y municiones en equipamiento para 4 mil hombres: 72 toneladas.

Cargamentos destinados a ser llevados por elementos individuales en unidades de desembarco...".

LA ORGANIZACION DE FUERZAS

Es decir, que ellos tienen todo el plan, incluso, del abastecimiento y van dando "el día D, el día D+10, el día D+21, el día D+30", toneladas por toneladas, con los equipos, todo absolutamente estudiado.

Aquí está: "Fuentes de Abastecimiento", pero en inglés. El plan completo, en inglés, que es de donde fue traducido al español, por supuesto.

Entonces, "Plan de Operaciones"... ¿Cómo ellos van a apoderarse de este territorio?:

"Organización de Fuerzas: Organización de las Brigadas. Situación. a) Fuerzas enemigas. b) Fuerzas amigas:

2) A las H menos 14 horas se lleva a cabo una operación de engaño enfrente de la costa cubana en la vecindad de Santa Fe; ese engaño se hizo, y lo hicieron barcos americanos; el día del entierro a nosotros nos comunican que hay un intento de desembarco por Baracoa, la Baracoa de aquí, que dos barcos americanos han lanzado barcazas, las han aproximado hasta la costa, y las han retirado... A las H menos 14 horas se lleva a cabo una operación de engaño enfrente de la costa cubana en la vecindad de La Fe para causar que el enemigo traslade sus fuerzas terrestres, navales y aéreas a dicha zona.

3) La fuerza aérea táctica comienza sus operaciones tan pronto como se toma el campo de aterrizaje en la zona objetiva.

4) Se destruyen los principales puentes de vías férreas y de carreteras en las zonas de Habana, Matanzas, Jovellanos, Colón, Santa Clara y Cienfuegos para aislar a esta zona de las operaciones enemigas.

5) El Grupo de Transporte Aéreo traslada elementos de la Brigada por vía aérea a la zona objetiva para librar un asalto por paracaídas.

6) El Grupo de Transporte Marítimo transporta y desembarca tropas de la Brigada en operaciones anfibias.

7) El día D, dos buques LCI (Barracuda y Marsopa) asisten en el desembarco de las tropas y proporcionan apoyo de fuego.

2.—Misión.

Comenzando a la Hora H del Día D, la Brigada emprende un desembarco anfibio y paracaidístico, toma, ocupa y defiende una cabeza de playa en los sectores de la Bahía de Cochinos y de la Playa Girón en la Ciénaga de Zapata para establecer una base desde la cual pueda realizar operaciones terrestres y aéreas en contra del gobierno de Castro en Cuba...".

"1) Comenzando, aproximadamente el día D-7, la Brigada se embarca en navíos de asalto —D-7, es decir, siete días antes del D— en un puerto de base de retaguardia. El embarque se completa a las 2400 horas del D-4.

2) El D-3, los navíos de asalto, consistiendo de los buques Barracuda, Marsopa, Aguja, Sardina, Tiburón y Ballena, zarpan del puerto de base de retaguardia —están todos casi en el fondo del mar ¿saben?, ahora sí son "aguja" y "sardina" y "tiburón".

PLAYA GIRON, PUNTO DE REUNION

3) Los navíos proceden independientemente hasta la aurora del D-1, y en tal hora se reúnen para formar un convoy. Luego proceden a un punto de reunión con un navío de apoyo en la zona de transporte enfrente de la Playa Azul —Playa Azul es Girón. Los navíos Barracuda y Aguja continúan en el mismo curso con rumbo a la Bahía de Cochinos, y se desembarcan las tropas a bordo de La Aguja. Tan pronto como comienza el desembarco, la Barracuda se retira a alta mar y patrulla la entrada de la Bahía de Cochinos. Cuando se retira La Aguja, la Barracuda procede a la Playa Azul, y patrulla desde allí hasta un punto a cinco millas al este de la misma, disparando contra vehículos y tropas enemigas observados a lo largo de la carretera costanera.

4) En la Zona de Transporte enfrente a la Playa Azul las siguientes actividades toman lugar: a) El Tiburón despacha una lancha chica con nadadores de demolición submarina. Los nadadores proceden a la Playa Azul para explorar y señalar los accesos a la misma. b) un batallón de infantería, la Compañía de Tanques, y los choferes de vehículos se trasladan de la Sardina a tres lanchas LCU y tres LCVP. Cuando la Sardina haya descargado todas las tropas, ella se retirará a alta mar para aguardar instrucciones para desembarcar cargamentos. c) La Marsopa se arrima al costado del Tiburón para tomar un batallón de infantería y luego proceder a la Playa Verde seguida por una LCVP.

5) Una vez que la playa haya sido señalada y luces de posición hayan sido instaladas por los nadadores de demolición submarina, las tropas en lanchas LCVP comienzan a desembarcar a la Hora H en la Playa Azul. Las lanchas LCU varan a la aurora y descargan tanques, vehículos y tropas.

6) Al llegar a la Playa Verde, la Marsopa desembarca tropas en una lancha chica y una LCVP. Después de desembarcar las tropas la Marsopa regresa a la Playa Azul y actúa como navío insignia en control de las operaciones de desembarco.

7) A la aurora se efectúa un lanzamiento paracaidístico para tomar los accesos a la zona de cabeza de playa.

8) Una vez que se encuentran en tierra las tropas toman y defienden una cabeza de playa de acuerdo con lo indicado en el Anexo B (Esquema Superimpuesto Operacional).

A la aurora del día D...

Batallón No. 1 (Paracaidístico). 1) A la Hora H desciende por paracaídas una compañía reforzada en las Zonas de Lanzamiento 1 y 2, toma el Objetivo A y establece el Puesto de Mando Avanzado No. 1. Al juntarse, la compañía reforzada con el Batallón No. 2 se liga al batallón...".

LOS GRUPOS DE PARACAIDISTAS

Es decir, primer grupo de lanzamiento de paracaídas, al amanecer, tomar estos puntos (los señala en el mapa), es decir, donde la carretera que atraviesa la Ciénaga va llegando a terreno firme, y entonces establecer un puesto de mando al otro lado de la Ciénaga, es decir, para tomar la entrada que va de "Australia" hacia aquí (señala en el mapa) y ya tener tomada la carretera con paracaídas...

"A la Hora H el batallón desciende por paracaídas en las Zonas de Lanzamiento 3, 4 y 5 (las señala en el mapa)... Es decir, la otra carretera, porque estas son las tres carreteras (las señala en el mapa)... "Toma y defiende los objetivos C y D, y desembaraza las zonas H y G, establece los puestos de mando avanzados 2 y 3, y desembaraza las zonas H y G.

3) Al juntarse el Batallón 1 con el Batallón 4, —que viene de Girón— en la zona H, una compañía de fusileros del Batallón 4 se liga al Batallón 1.

4) Un pelotón de rifles sin retroceso de 75 milímetros (excluyendo dos escuadras) y un pelotón de ametralladoras (excluyendo dos escuadras) se ligan al batallón cuando éste llega a tierra.

Batallón 2 (Reforzado). Una escuadra de ametralladoras y una de rifles sin retroceso de 75 milímetros. A la hora H, desembarca en barcos de navío en la Playa Roja. 2) Se junta con una compañía reforzada del Batallón 1 en la Zona de Lanzamiento 1. Una Compañía del Batallón 1 se liga con el Batallón 2 al juntarse con el mismo. Ocupa y defiende el objetivo A y el puesto de mando Avanzado.

Batallón 3 (Reforzado) Con una escuadra de ametralladoras y una de rifles sin retroceso 75. A la Hora H desembarca en barcos de navío y lanchas LCVP en la Playa Verde. Ocupa y defiende los objetivos E y F, y establece los puestos de mando Avanzados 7 y 8.

Batallón 5. Desembarca en barcos de navío en la Playa Roja inmediatamente después del Batallón 2. Ocupa y defiende la zona playera en el sector. Toma los puestos avanzados B e I, y destaca un grupo muy reducido de tropas en éstos. Establece el puesto de mando avanzado 4. Establece contacto con el batallón 2 en la Zona de Lanzamiento 1 a las 0600 de la mañana del D+1. Ha de mantenerse preparado para reforzar el batallón 2, al ser éste contraatacado en el sector del Batallón 2.

Batallón 6.— Desembarca en lanchas de desembarco en la Playa Azul inmediatamente después del Batallón de Cañones Pesados. Ocupa y defiende el campo de aterrizaje en la Playa Girón y la zona playera en ese sector. Releva al Batallón 4 en tareas de seguridad en el Puesto de Abastecimientos de la Brigada. Provee asistencia en las operaciones de desembarco en la Playa Azul. A no más tardar que el D+1 el Batallón (excluyendo una compañía) se traslada a la zona de reunión L. Establece posiciones en tamaños de escuadras en los Puestos de Mandos Avanzados 5 y 6. Ha de mantenerse preparado para ocupar las posiciones J y K. Una compañía queda bajo el control de la Brigada en la Playa Azul para ayudar en las operaciones de descarga.

LOS TANQUES Y CAÑONES PESADOS

Compañía de Tanques (Reforzada con una escuadra de fusileros del Batallón 4). A la Hora H desembarca en lanchas LCU en la Playa Azul. Al desembarcar un tanque con todos los elementos de una escuadra de fusileros montados encima del mismo se dirige por la carretera costanera a la Playa Verde donde se liga al Batallón 3. Dos tanques se juntan con una compañía del Batallón 4 y luego se ligan estos tanques y la compañía del Batallón 4 con el Batallón 1 en la vecindad de la Zona H. Al llegar a la Zona H, dos tanques se ligan con el Batallón 1. La compañía entra en condición de reserva en la Playa Girón.

Batallón de Cañones Pesados, (excluyendo dos escuadras de rifles sin retroceso de 75 mm. y dos de ametralladoras). Desembarca en lanchas de desembarco en la Playa Azul después del Batallón 4. Una compañía de morteros 4.2 proporciona apoyo general a los Batallones 1 y 3. Un pelotón de rifles sin retroceso de 75 mm., se liga al Batallón 1 al juntarse con el mismo. Un pelotón de ametralladoras, se liga al Batallón 1 al juntarse con el mismo.

Batallón 4 (Motorizado) (excluyendo una escuadra de rifles). A la Hora H desembarca en Lanchas LCVP y LCU en la Playa Azul. Descarga los cargamentos transportados en vehículos en el puesto de abastecimiento de la

Brigada en la Playa Girón y proporciona por lo menos una escuadra para tareas de seguridad hasta que sea relevada por el Batallón 6. Una compañía (reforzada con dos tanques) se traslada por camiones para juntarse con el Batallón 1 en la Zona H, ligándose entonces con el mismo. Luego, estos camiones vuelven al control del Batallón 4.

El Batallón Motorizado entra en condición de reserva de la Brigada en el campo de aterrizaje en la Playa Girón. Ha de estar preparado para librar un contraataque o de proveer refuerzo en el sector de la Brigada. Ha de estar preparado para proporcionar patrullas motorizadas al darse la orden".

EL TERRITORIO QUE IBAN A OCUPAR

Estos son los puntos fundamentales del plan. ¡Este plan es de ellos!

Este era el territorio que ellos estaban supuestos a tener ocupado, completo, este territorio de la Ciénaga (SEÑALA EN EL MAPA), con puestos avanzados al otro lado. Así que, desalojados de estos puestos avanzados, se suponía el tener que resistir aquí (SEÑALA CUATRO PUNTOS EN EL MAPA), este pedacito estrecho de tierras.

Es decir, el batallón de paracaidistas lo lanzan, la primera parte, aquí donde está la carretera que va de la Ciénaga a la Laguna del Tesoro; es decir, la que va de Playa Larga a Australia, tomado aquí. Simultáneamente, lanzan fuerzas de ese batallón aquí en la carretera que va de San Blas a Covadonga, la que atraviesa la Ciénaga, y la que va de San Blas a Yaguaramas, que atraviesa la Ciénaga también, hechas por la Revolución, también por supuesto, las tres carreteras, que, de no existir esas vías de comunicaciones, todavía habría sido mucho más difícil la situación.

Entonces aquí (SEÑALA EN EL MAPA), otro camino que hay, costanero, que proviene de por acá, de Juraguá, y de por aquí, que era el otro punto de resistencia. Ellos tenían que resistir en cuatro puntos, que eran estos (SEÑALA EN EL MAPA), puntos muy difíciles de entrar, que, defendidos por cañones antitanques, pues, se hace difícil, sumamente difícil entrar, sobre todo contando ellos con dominio aéreo. ¡Desde luego que aquí se habría entrado de todas maneras, de eso no hay la menor duda, se habría entrado hasta por el medio de la Ciénaga! Pero, bueno...

Ese era el plan. Ellos inician el desembarco en horas de la madrugada; aquí sitúan (SEÑALA EN EL MAPA LOS LUGARES DONDE SE SITUARON LOS DISTINTOS BATALLONES). Esto es al amanecer, en horas de la madrugada, van situando: batallón 2, batallón 4, batallón 3...

Entonces, al amanecer, después que habían desembarcado, primero que nada, el batallón 2, el batallón 4 y el batallón 3, los aviones tenían que lanzar los paracaidistas. Efectivamente, todo ese plan se fue produciendo. Ellos llegaron e iniciaron el desembarco, todo muy bien, pero que ya al llegar a Playa Larga y Playa Girón se encuentran con resistencia de los pelotones que están allí, de observación y de vigilancia, y empiezan a combatir; es decir, que ya empiezan a perder tiempo, porque encuentran una resistencia inicial en esos pelotones que están allí vigilando ese territorio.

Entonces, logran desembarcar el batallón 2, pero se han tenido que tardar, porque han tenido que combatir duro, y entonces, mientras tanto, un batallón que estaba en el central "Australia"... pero, antes de explicar los movimientos de nosotros, voy a explicar los de ellos.

SON CORTADAS LAS RETIRADAS

Entonces después, efectivamente, al amanecer, comienzan a lanzar paracaidistas. Lanzan los paracaidistas en estos cuatro puntos (LOS SEÑALA EN EL MAPA). Desde el momento que ellos lanzan los paracaidistas en todos esos puntos, las tropas nuestras que hay, los pelotones, más algunas fuerzas que habían venido aquí, quedan situados entre ellos y los paracaidistas, así que, realmente, tienen cortada la retirada.

¿Cuáles son las primeras medidas que toma el Gobierno Revolucionario? Primero que nada, pone en estado de alerta a todos los mandos, pone en estado de alerta a la fuerza aérea, y manda a que estén en disposición de combatir, y bien dispersos por la mañana, dos aviones en la punta de la pista por si acaso van a atacar el campo aéreo otra vez por la mañana, y todas las antiaéreas listas.

Entonces, se puede disponer de dos chorros, dos "Sea-Fury" y dos B-26; esos eran los aviones con que contamos nosotros en los primeros momentos, los que después fueron "aumentando" (RISAS), después los mecánicos arreglaban los aviones sobre la marcha (APLAUSOS). Esos aviones están listos, primero para protegerse del ataque aéreo.

Después, se le da la orden al batallón que está en Australia de trasladarse inmediatamente a Playa Larga, a combatir; es un batallón de Cienfuegos, es el primero que entabla combate con ellos; un batallón, naturalmente, que no tenía morteros, no tenía bazookas, un batallón exclusivamente armado de armas de infantería, recién formado, no entrenado, que entabla combate con ellos.

Entonces, amanece; cuando amanece, el batallón este de Cienfuegos, está combatiendo con ellos. Simultáneamente, se da la orden de movilizar el batallón de Responsables de Milicias de Matanzas; porque en Matanzas está la Escuela de Responsables de Milicias. Entonces, se ordena al Director de la Escuela de Responsables de Milicias, el compañero Fernández, que movilice el batallón; el batallón que se traslade a Jovellanos; Fernández que se traslade a Jovellanos, con el batallón. Ellos están allí, organizados como un batallón, tres baterías de morteros.

Se da la orden rápida de avanzar hacia aquí (SEÑALA EN EL MAPA). Se moviliza un batallón de infantería también de Matanzas. Se dan entonces las órdenes a otras fuerzas, porque teníamos dos batallones en Las Villas. Se da la orden de movilizarse hacia esta zona de Yaguaramas y de Covadonga a un batallón de infantería, o una batería de morteros 120.

Primero que nada, el problema nuestro era mantener nuestra cabeza de playa de este lado (SEÑALA EN EL MAPA), porque según el plan de ellos, nosotros quedábamos sin cabeza de playa aquí dentro.

LAS FUERZAS MAS PROXIMAS A ELLOS

Las fuerzas que estaban más próximas a ellos era el batallón de Australia. El primer punto era que nosotros teníamos que tratar de mantener una cabeza de playa del otro lado de la Ciénaga, es decir una cabeza de playa en el territorio que ellos iban a ocupar. Se mandaron a avanzar fuerzas desde Las Villas hacia Yaguaramas y hacia Covadonga. Pero lo principal nuestro era mantener aquí, en Playa Larga un pedazo del territorio de este lado.

La primera resistencia se la ofrecen a ellos un pelotón que está aquí, de observación, un grupito de gente, que combatió duramente ahí con ellos.

Antes del amanecer llega el batallón de Cienfuegos, y está resistiendo el ataque del desembarco. Pero, ¿qué ocurre? Al amanecer entonces vienen los lanzamientos en paracaídas. Entonces, le toman la retaguardia al batallón nuestro, que está combatiendo en la playa. Al mismo tiempo, hay otro pelotón nuestro combatiendo por Cayo Ramona, pequeños pelotones de milicianos, que también al amanecer, al tomarse la carretera esta de Covadonga y al tomar la carretera de Yaguaramas, la gente nuestra que está aquí queda dentro; y el batallón que llega primero tiene la retaguardia cortada por el lanzamiento de los paracaídas.

La aviación recibe órdenes de despegar antes del amanecer y atacar inmediatamente todos los barcos que estén frente a Girón y frente a Playa Larga. Y aunque al batallón le han tirado tropas en paracaídas, por la mañana, el batallón que está combatiendo aquí ha impedido por lo menos el desembarco de los dos batallones, del 2 y del 5. Es decir que el 2 ha desembarcado y está combatiéndonos a nosotros, pero el batallón 5 está en el barco.

Entonces, inmediatamente la aviación nuestra empieza a atacar los barcos. Las instrucciones que se le dieron a nuestros aviones durante el primer día no era proteger la infantería; los pocos aviones que teníamos el primer día los dedicamos, por entero, a atacar las embarcaciones de ellos, los puntos de desembarco. El primer día la infantería de nosotros tiene que combatir sin apoyo aéreo y sin antiaéreas ,porque la primera infantería que teníamos allí no tenía antiaéreas ni tenía aviones; los aviones se dedicaron por entero, a atacar los barcos: iban y venían, iban y venían, iban y venían sobre los barcos.

De tal manera que inmediatamente los aviones comenzaron a hacerles un gran daño. Al barco "Houston", el conocido por "La Aguja", lo atacan, se va retirando; a milla y media de aquí lo vuelven a atacar y con el batallón 5 dentro, lo alcanzan con un "rocket" y lo hunden a la orilla de la costa (Aplausos prolongados). Así que el batallón 5, sin desembarcar, el avión tiene que irse retirando, tienen que lanzarse frente a la costa, mucha gente se tiene que tirar al agua del batallón 5, muchos se ahogaron y muchos también llegaron a la costa dispersos y están siendo recogidos ahora todos por ahí, sin tirar un tiro. Es decir que uno de los batallones de ellos queda fuera de combate, pero el batallón nuestro que ha hecho la resistencia aquí, hasta el amanecer, se encuentra con su retaguardia tomada, mientras combate con uno de los batallones que está muy bien armado, porque trae morteros, trae bazookas, trae un equipo de armas muy poderoso.

REFORZANDO CON EL BATALLON DE MATANZAS

En esa situación, el batallón tiene que irse retirando, abriéndose paso, luchando contra los paracaidistas, y se va retirando por la carretera. Inmediatamente se envió un batallón de Matanzas a reforzarlos, mientras el batallón de Responsables de Milicias venía avanzando por la carretera.

El batallón de Milicias de Matanzas, cuando se va trasladando hacia aquí, para reforzarlos, es atacado por los aviones enemigos. Los aviones enemigos hicieron a la inversa: se dedicaron, sobre todo, a atacar nuestras tropas. Como venían pintados de aviones de la FAR, esta tropa que viene moviéndose aquí, por esta carretera, ve los aviones, ve todas las insignias de la Fuerza Aérea, hasta los saluda, desde el avión saludaron a la tropa, y entonces después vuelve y atacó con ametralladoras y con bombas a las columnas de este batallón y le ocasionó bajas. A este batallón también se le ocasionaron bajas al ocuparle el enemigo la retaguardia, el batallón de aquí (señala en el mapa); ya se había empezado a tener bajas en este batallón de Cienfuegos, y en este batallón (señala).

Pero lo que a nosotros nos importaba, por encima de todo, era lograr mantener este pedazo de territorio. Entonces, de todas las unidades la que tenía más entrenamiento y más preparación es la unidad que iba avanzando de la Escuela de Responsables de Milicias, hacia aquí. Simultáneamente, se había empezado a poner en movimiento... Nosotros al ver los lanzamientos en paracaídas nos dimos cuenta que el punto principal de ataque era ahí.

MOVILIZACION DE LAS COLUMNAS

Es decir, que se habían decidido por lanzar el ataque por un solo punto; es decir, que habían lanzado todas sus fuerzas por una zona, y que cualquier otro movimiento que ocurriera ya era un movimiento de distracción. Por lo tanto, ya no preocupaba; preocupaba principalmente evitar que ellos se apoderaran aquí de esa cabeza de playa y mantener un pedazo del lado acá de la Ciénaga.

Ordenamos inmediatamente la movilización de dos columnas de combate del Ejército, la Columna 1 y la Columna 2; se ordenó la movilizavión de una compañía de tanques, más baterías antitanques. Entonces, cuatro baterías de obuses del 122. Eso es el primer día, moviéndose hacia acá; pero como ellos dominaban el aire el primer día, las baterías de nosotros tenían que llegar hasta determinados puntos y tenían que esperar la noche para trasladarse, porque la aviación nuestra no podíamos distraerla de su ataque sobre los barcos.

Entonces, solamente que al pasar aquí el batallón de Responsables de Milicias se les brindó protección aérea por nuestra parte, puesto que aquí había sido atacada la columna de un batallón de Matanzas. Entonces a este batallón se le brindó protección aérea mientras cruzaba; fue el único momento en que se distrajeron dos aviones para que pudiera cruzar este batallón.



Entonces, efectivamente, ya esta fuerza de Responsables de Milicias y las fuerzas de la Columna de Matanzas, luchan con los paracaidistas y mantienen la posición. Se mantiene esa posición. Entonces, ya cuando llegó toda esta fuerza del batallón de Responsables de Milicias se ocupa también Soplillar. Están en camino una compañía de tanques medianos y la batería de morteros, de obuses del 122, y están moviéndose también distintos batallones de infantería que se están moviendo hacia aquí y hacia acá. Hacia acá se manda inmediatamente... Porque la situación en Covadonga... había once hombres en Covadonga, y ya los mercenarios estaban a un kilómetro y medio de Covadonga; y la gente allí con una preocupación tremenda... ¿cuándo llegaban los refuerzos? Y nosotros diciendo: resistan ahí, no se dejen quitar el Central de ninguna manera porque los primeros eran milicianos los que estaban en esos puntos y estos compañeros, a pesar de que tenían al enemigo encima, se mantuvieron en el Central, no abandonaron el Central ni allí, ni en Australia, ni en ningún otro lado (Aplausos).

EL ATAQUE A LOS BARCOS ENEMIGOS

Ya al filo de la tarde los aviones nuestros recibieron instrucciones de atacar los barcos incesantemente. Comienzan a desarrollar una labor verdaderamente extraordinaria. Lo que los aviones realizaron, y los pocos pilotos que tenemos, realizaron, fue una verdadera proeza. La Fuerza que más combatió fue la Fuerza Aérea debido al número reducidísimo de pilotos que durante esos tres días, sin relevo ni reemplazo posible, y con aquellos aviones sin piezas de repuesto ni natuvieron una lucha constante contra el enemigo.

Entonces ellos atacaron los barcos inmediatamente; atacan los barcos y, además sostienen combate con el enemigo. Nos derriban dos aviones, es decir, uno de los "Sea Fury" nuestros, tripulado por un piloto, Ulloa, lo atacan dos B-26 y lo derriban.

Así que la primera pérdida que tenemos es un avión "Sea Fury" derribado por dos aviones B-26 enemigos mientras atacaba.

A pesar de eso continuaron ellos sobre los barcos, sobre los barcos, hasta que por fin la flota que ellos tenían... quedándoles ya nada más que un barco artillado, un barco de tipo de guerra, varias lanchitas chiquitas; ya a treinta millas de las costas todavía los estaban persiguiendo los aviones nuestros.

Entonces, ahí perdimos otro avión, un B-26 que picó sobre ellos y fue derribado por el fuego antiaéreo de uno de los barcos que ya iba en fuga. Así que esta primera mañana habíamos perdido dos aviones. Sin embargo, primer día: habían derribado los aviones nuestros cinco aviones enemigos (Aplausos); habían brindado protección a nuestra infantería para mantener la cabeza de playa de este lado de la Ciénaga, es decir, para mantener posiciones nuestras de este lado y, además, hundieron cuatro barcos de todos estos barcos que mandaron (Aplausos).

Esa fue la tarea que realizaron: derriban cinco aviones enemigos, hunden cuatro barcos y, además, le brindan protección a nuestra infantería para establecer esta posición aquí. ¿Eso fue todo el primer día?...

Entonces esa es la situación. Cuando llega la noche realmente ellos se han encontrado con una sorpresa que no esperaban de ninguna manera, y es la fuerza aérea nuestra. Ellos tenían calculado fuera de combate por completo la fuerza aérea. La fuerza aérea les hunde más de la mitad de los barcos que trajeron, les derriba cinco aviones y le brinda protección a nuestra fuerza.

El primer día finaliza de esa forma: ellos han perdido más de la mitad de los barcos, cinco aviones, y se han encontrado con una sorpresa que no esperaban que era el apoyo aéreo, es decir, una fuerza aérea combatiendo contra ellos.

LUCHANDO CONTRA UNA FUERZA MAYOR

Bueno, los pilotos nuestros se portaron con un valor extraordinario. Es más, si la lucha dura cinco días más no queda vivo un solo piloto. ¿Por qué? Porque iban cayendo... luchando contra una fuerza superior, un número mayor de aviones; ellos tumbaban, pero iban cayendo también.

Sin embargo, cada vez que derribaban un avión el ardor de los pilotos crecía. Incluso discutían allí realmente el lugar para ir a atacar. Así que la reacción del pequeño grupo de pilotos de nosotros fue extraordinaria, y lo que hicieron con los aviones fue increíble verdaderamente.

Se asegura el primer día al anochecer una posición firme de nosotros aquí, que era el único punto por donde teníamos una posición firme dentro de la Ciénaga, por la carretera de Australia a Girón, que diga, de Australia a Playa Larga.

Entonces, de ahí viene ahora todos los demás movimientos que se realizaron. Vamos a hacerlo en síntesis, más o menos.

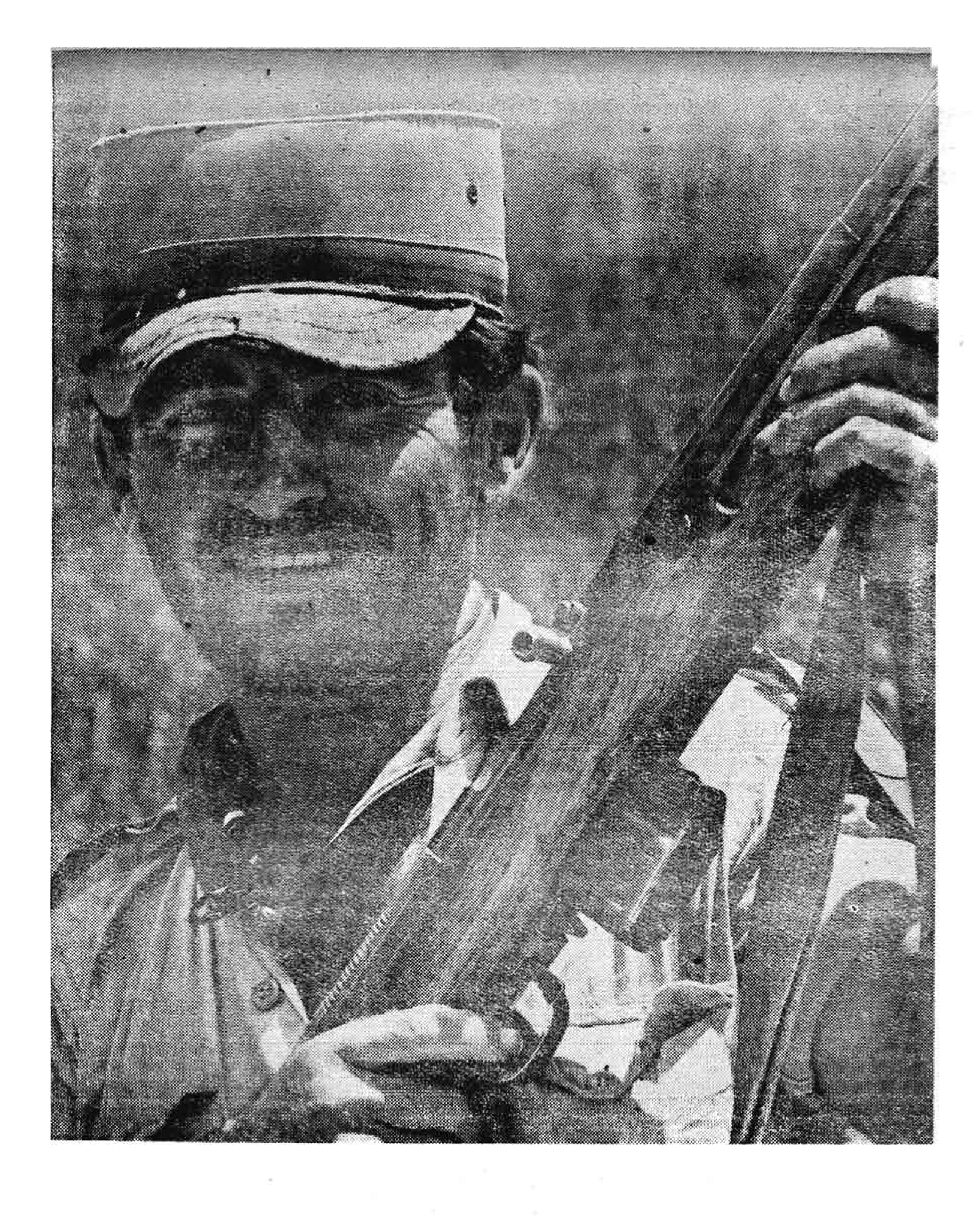
Entonces, primer movimiento: traslado de bases; al anochecer traslado de la compañía de tanques hacia aquí, hacia esta posición nuestra.

Durante la tarde el batallón de Responsables de Milicias había estado atacando la posición de Playa Larga, pero ellos habían estado combatiéndolos con aviones. Entonces el batallón tenía que atacar por un solo camino, una carretera ancha, y entonces los aviones de ellos constantemente barriendo el ataque de nosotros, la carretera, constantemente. Porque ellos el primer día hicieron un verdadero alarde, un verdadero despliegue de fuerza aérea; porque simultáneamente estaban atacando aquí, simultáneamente estaban atacando por aquí con los aviones, simultáneamente atacaron Cienfuegos, tengo entendido, el primer día, el campo aéreo de Cienfuegos, donde se encontraron también con fuego antiaéreo.

Es decir, que ellos daban muestra, que era increíble cómo teniendo las bases de operaciones tan distantes, las tenían en Nicaragua... no tiene explicación de dónde ellos estaban sacando esos aviones, los aviones de ellos estaban constantemente en el aire.

Sólo que, mientras los aviones nuestros se dedicaban a atacar los barcos de ellos y a librar combate con los aviones de ellos cuando aparecían, los aviones de ellos se dedicaban a tratar de brindarle apoyo a la infantería. Nosotros por el día, el primer día, la infantería de nosotros no tuvo ni apoyo aéreo ni antiaéreo.

Por eso durante la tarde la gente está haciendo un gran esfuerzo por tratar de aproximarse al enemigo lo más posible, avanzando bajo el ametrallamiento constante de los B-26 enemi-





gos. Llegan a esta posición. Al anochecer llegan baterías antiaéreas, empiezan a llegar las baterías antiaéreas, las baterías de obuses y las compañías de tanques.

Entonces, se había luchado contra ellos durante todo el día; pues bien, no se les dio descanso. Sobre las doce de la noche, empieza la batería de obuses del 122 a atacarlos en la playa. Entonces, era incesante, atacándoles incesantemente.

EL ATAQUE CON NUESTROS TANQUES

En horas de la madrugada se lanza un ataque de tanques hasta la misma playa apoyados con el fuego de las antiaéreas. El ataque llega hasta el borde de la playa, no puede tomar la playa; un tanque nuestro es averiado, porque tenía que avanzar por un camino de frente sin posibilidades de desplegarse, sin posibilidad de dar un rodeo; averían un tanque nuestro casi a ciento cincuenta metros de las posiciones de ellos que estaban defendidas por cañones antitanques y por un tanque también, que lo tenían atrincherado, el tanque, dominando la carretera.

En fin, se mantiene el ataque con los obuses durante toda la mañana y todo el amanecer.

Situación al amanecer del día 18. Nosotros teníamos una compañía de tanques, cuatro baterías de obuses 122, ocho baterías antiaéreas y una batería de cañón de .37, una compañía de bazookas y una columna especial de combate y una batería de mortero. Esa es la fuerza que está situada ahi ya al amanecer del día 18.

Movimiento que se ordena al amanecer del día 18. Al Batallón 111 que está en Australia se le manda dar el avance hasta Cayo Ramona. Esto era territorio enemigo hasta ese momento.

Al amanecer del día 18 se manda un batallón que penetre por todo este territorio, por medio del monte y se apoderen aquí del baluarte de ellos.

(El Comandante está situado frente al mapa explicando el plan).

Esa es la situación. Entonces, al amanecer del 18 un Batallón debe trasladarse por todo este punto, y situarse aquí en la retaguardia de ellos, en Cayo Ramona.

Este Batallón tiene que atacar, pero no atacando de frente; dando la vuelta por Buena Ventura y por aquí, a tomar Playa Larga.

Una Compañía de Tanques a Yaguaramas, para que esté en Yaguaramas la noche del 18. Cuatro baterías, de una fuerza de artillería del 122 a Covadonga; una Compañía de Tanques pesados, de reserva, a Yaguaramas. Otra compañía de Tanques para emplearla el día 19 por la mañana; otro movimiento que se ordena ese mismo día. Estamos el día 18 en el amanecer.

Entonces, otra columna es-



pecial de combate y el batallón de la policía, con las misiones que tienen que hacer. Tienen que hacerlas el día 18 por la noche. Ese es el plan nuestro.

Entonces, por la mañana del día 18 está fuerza tenía que seguir atacando sobre Playa Girón, y una fuerza tenía que cortarle el camino aquí, otra fuerza tiene que seguir avanzando un batallón y situarse detrás de Cayo Ramona, ordeno. Entonces, el día 18 por la noche otra fuerza tenía que avanzar por aquí, y cortar lo de Cayo Ramona de Playa Girón; otra fuerza tenía que avanzar por aquí, y cortar esto de esto también por aquí por esta zona de Caleta, de Punta de Perdiz, más o menos. Ese era el plan nuestro.

Lo que pasa el día 18 es que a las 10 de la mañana se retiran esta gente; antes de que la fuerza nuestra les corte la retirada ya van retirándose. Detrás viene avanzando la columna, desde Playa Larga, la columna nuestra.

Situación el día 19 por la mañana: el día 19 por la mañana empiezan a atacar a Playa Girón esta fuerza que está aquí, con artillería del 122 y con tanques; con infantería también. Esta gente está combatiendo aquí contra San Blas, y los tanques arrancan de aquí hacia acá. Durante la noche del 18 al 19 se les está bombardeando la posición de San Blas durante toda la noche con obuses del 122, y con cañones del 122 también.

Al amanecer del 19 los tanques van avanzando por aquí. El 19 como a las 9 y media o las 10 de la mañana cae San Blas. Los tanques avanzan por el mediodía; Pupo se situó aquí, a siete kilómetros de Cayo Ramona. A las seis de la tarde los tanques están aquí. Ya nada más les quedaba un punto en horas de la tarde aquí. Entonces ataque por aquí y y por aquí. Llega ahí, ahí se acabaron (Aplausos). Aquí, por ejemplo, de este lado no se les disparaba; aquí se posesionó una línea como a 7 kilómetros de Playa Girón; entonces venía la fuerza nuestra atacando por acá y por acá, al objeto de darles un lugar donde se fueran a refugiar, donde no sonara ni un tiro, ni hubiera el menor temor, y hay una línea tomada aquí, para que cuando salieran de Girón quedaran copados completamente en esta zona. Ese era el lugar donde ellos tenían que irse huyendo. Entonces a esta gente se les mandó, a las cinco de la tarde, en un helicóptero, una bazooka y dos fusiles lanzagranadas; cuando venían huyendo ya ellos, con tanques y todo, por aquí, aquí le tiraron con la bazooka al tanque, y lo rindieron. Ya nada más les quedaba un tanque, e iban huyendo con él; y aquí le rindieron un tanque y se rindieron los primeros grupos.

Entonces, a nosotros nos preocupaba la dispersión de tanta gente metida por todo ese monte, y por eso hicimos aquí un cerco, de manera que ellos todos giraran fundamentalmente hacia ese lugar donde se están agarrando.

ENTRAN EN ACCION LAS ANTIAEREAS

Otra cosa: al amanecer del día 19 los aviones van a bombardear "Australia", entonces se encuentran con antiaéreas, porque entonces se encontraban con antiaéreas por dondequiera. Ya desde el día 18 las fuerzas nuestras tenían antiaéreas en sus posiciones, es decir, que no estaban indefensas. En primer lugar, el día 18 por la mañana cuando van a atacar a estas fuerzas los aviones, se encuentran con las antiaéreas. Entonces la columna que viene de Playa Larga a Playa Girón, viene avanzando el día 18 hacia Playa Girón... A esta columna cuando está en movimiento, la atacan aviones "Sabre" americanos, porque ellos tenían B-26, ellos no tenían chorro. Entonces, a esta columna nuestra cuando va avanzando entre Playa Larga y Playa Girón, en horas de la tarde, le hicieron muchas bajas, atacándola con aviones "Sabre" americanos; esos aviones volaban a gran altura, y ese día, cuando ya era el oscurecer, atacaron la columna nuestra, el día 18, con "Sabres", con aviones a chorro... Le hicieron muchas bajas a la columna con aviones "Sabre". Entonces, estaba la columna en movimiento.

Al otro día la columna se instaló allí con 6 baterías antiaéreas y una de cañones. Entonces ni los aviones "Sabre", ni nadie, se atrevieron a bajar allí donde estaba la columna esa.

Ese fue uno de los casos en que los aviones americanos participaron directamente y atacaron la columna que venía de Playa Larga a Girón. Pero ya al otro día estaba con protección antiaérea; todas las fuerzas venían avanzando con protección antiaérea. Entonces, el día 19, al amanecer, un avión sale a atacar a "Australia", y lo derriban. A los aviones que salen a atacar la columna por la mañana, los derriban... dos aviones más; y los aviones nuestros, chorros, dos chorros derribaron dos B-26 más. Es decir, que el número de aviones derribados el último día, fue de cinco aviones otra vez, que hicieron un total de diez aviones derribados en los días que duraron las operaciones. Es decir, que ese día 19 todos los aviones que ellos sacaron de la Base, que despegaron, ninguno volvió. El primero fue a "Australia", no volvió; los otros que atacaron esta tropa, no volvieron; y los otros que derribaron los chorros, no volvieron. ¡Hasta ese momento hubo aviones enemigos en el aire; (Aplausos). Después de los cinco aviones derribados esa mañana, no se vio un avión enemigo más. ¡Hasta ese día hubo entusiasmo en esa gente para volar por aquí, por el territorio nacional! Uno de los aviones de ellos cayó sobre la pista del central "Australia".

Entonces, de este barco se habían lanzado al agua muchos, se habían atrincherado por allí; apenas se tuvo noticias de que había un grupo, se mandó una fuerza a perseguirlos, y ya están casi todos capturados; no hicieron resistencia. Ese era el Batallón 5. Así que el Batallón 5 no puede combatir, porque la aviación lo pone fuera de combate; y creo que al Batallón 3 también lo pusieron fuera de combate.

La aviación jugó un papel decisivo en la destrucción de las fuerzas, porque les impidió desembarcar algunas unidades, y les impidió desembarcar los suministros, el parque, y además los desmoralizó mucho, porque ellos, naturalmente, todos sus cálculos los hacían sobre la base de un total dominio del aire.

Entonces ahora todos los días se agarran 200 y 300 prisioneros, sin resistencia.

LAS BAJAS EN NUESTRAS FUERZAS

En cuanto a las bajas, las fuerzas nuestras sufrieron muchas bajas. Esas bajas se debieron, en primer lugar, el primer día las tropas que estaban defendiendo las playas, al lanzarles fuerzas en la retaguardia y tener que combatir para impedir que fueran cercadas, tuvieron bastantes bajas. En segundo lugar, la aviación, cuando ataca la fuerza del batallón de Matanzas, que viene avanzando a reforzar la gente que está luchando en la playa, también sufre bajas, como consecuencia del ataque aéreo.

El ataque sobre Playa Larga, también ocasiona bajas, porque tiene que realizarse por un camino completamente dominado por el fuego de los morteros y de los cañones enemigos. El día que se está atacando, que se está avanzando de Playa Larga a Playa Girón, el ataque de los aviones norteamericanos "Sabre" produce sobre la columna muchas bajas.

Durante el ataque a Girón el día 19 también hay bajas, porque es un ataque que hay que realizarlo sobre un terreno muy difícil; ellos estaban muy bien atrincherados allí, y la gente continuó el avance, y ocasionaron bajas. Y también en esta zona de San Blas; por dondequiera que nuestras fuerzas atacaron, tuvieron que atacar frente a un fuego nutrido de armas automáticas, morteros, y de cañones antitanques.

Hasta el día 19 de abril, el número de muertos de las fuerzas revolucionarias era 87 muertos, y de heridos, unos 250 heridos. Es decir, que nuestras unidades de combate tuvieron que pagar un precio alto de vidas, y además, eran las fuerzas atacadas. Era una fuerza que avanzaba para impedir que el enemigo hiciera una cabeza de playa. Y precisamente la forma en que se destruye de manera fulminante el ataque y se le destruye la invasión, se debió al hecho de que las fuerzas nuestras mantuvieron un ataque incesante sobre ellos, incesante, incesante, sin descanso, hasta que tomaron la última posición.

Es posible que todavía falten algunos muertos; es posible que llegue a 100 el número de bajas por muertes en los combates y en los ataques aéreos contra nuestras fuerzas. Y esto demuestra el heroísmo con que combatieron los soldados, las milicias, la aviación, la artillería, en fin, el valor extraordinario con que combatieron las fuerzas revolucionarias.

Indiscutiblemente que se caracterizó toda esta lucha por el heroísmo de los combatientes. Los pilotos, porque estaban condenados a una lucha a muerte, saliendo incesantemente sin relevo a combatir a un enemigo que se relevaba y que tenía más aviones que nosotros; la infantería, atacando posiciones que estaban completamente dominadas por el fuego enemigo, pero que avanzando y avanzando lograron ir quitándoles una a una las posiciones, y destruir totalmente la invasión.

LAS BAJAS EN EL ENEMIGO

Sobre el número de muertos enemigos, no es posible precisarlo, hasta que no se tenga una base para calcular el número de prisioneros que se han hecho; no se puede apreciar exactamente el número de muertos, porque muchos de los hombres que vinieron en la invasión murieron ahogados, con los bombardeos, otros huyeron heridos por los montes, otros que trataron de escapar en barquitos de pescadores, de tal manera que en Cayo Largo se hicieron 21 prisioneros.

No se puede dar todavía una cifra exacta, porque muchos de los que venían en los barcos, por ejemplo, el Batallón 5, muchos se ahogaron. Ahora tengo entendido que había registrado un total de 82 invasores muertos. Aquí, según el dato que está aquí, que me acaban de enviar, en el Gabinete Nacional de Identificación hay 82. Aquí no se cuentan, naturalmente, los que perecieron en los bombardeos, en los barcos hundidos, que eso sólo es posible precisar cuando se logre tener el completo de todas las personas ya identificadas, las unidades una por una, el personal que falte de cada unidad, las bajas que han tenido. No es fácil.

En este momento hay un total de prisioneros que habían sido trasladados a La Habana: 458 prisioneros. Hay datos todavía que no se pueden dar con exactitud, hasta que no se haga... no se pueden estudiar más todos los datos de las unidades, e indagar bien sobre cuántos hombres había, por ejemplo, en el barco que fue hundido, los sobrevivientes de esos barcos. Por el momento no es posible dar una cifra exacta.

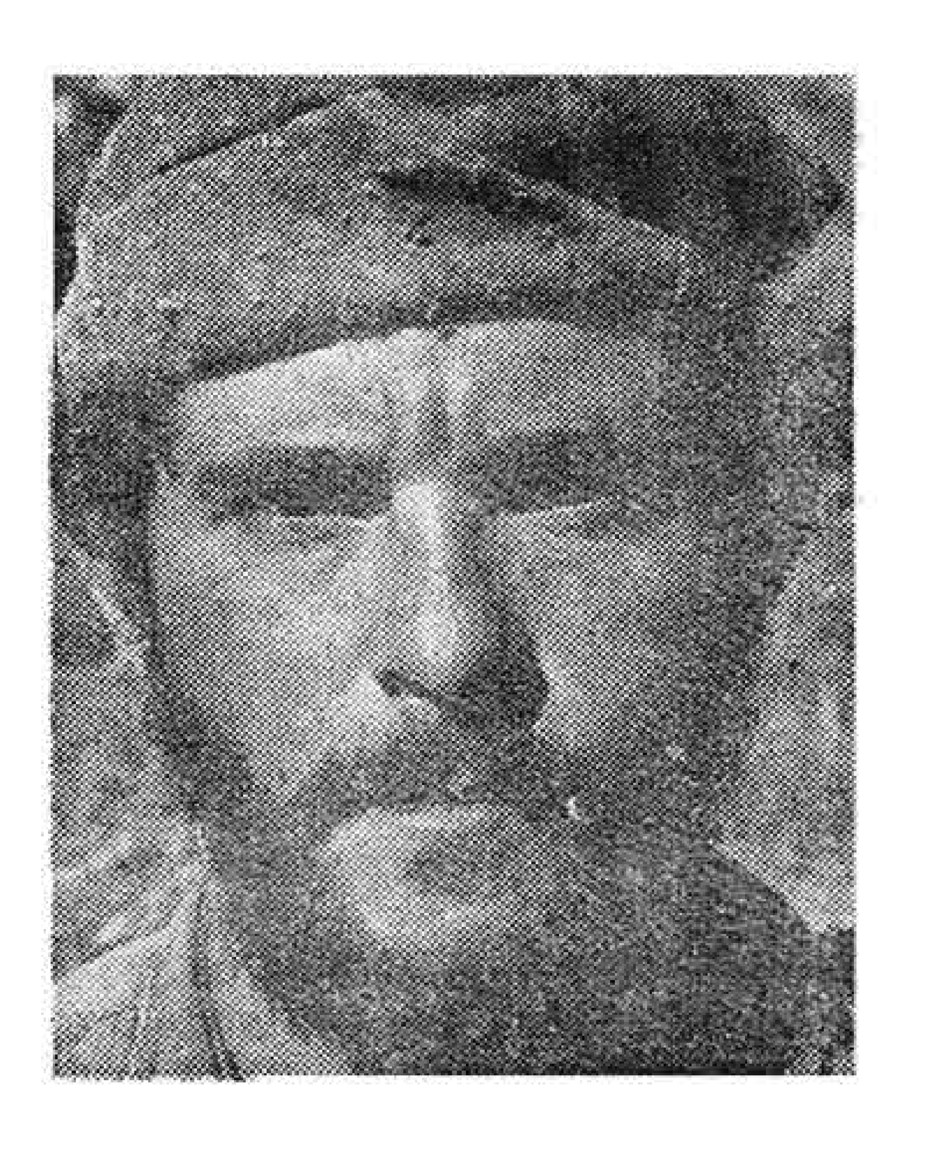
Como decía, una de las características principales y fundamentales, más notorias de toda esta lucha, fue el valor con que lucharon nuestros hombres, porque no es lo mismo defender una posición atrincherada que atacar una posición. Cuando se está atacando una posición, pues no hay protección de ninguna clase, hay que avanzar contra un enemigo atrincherado, hay que avanzar sin protección, expuesto a los disparos de las ametralladoras, de los cañones, de los morteros, y, naturalmente, en esas condiciones, el número de bajas aumenta.

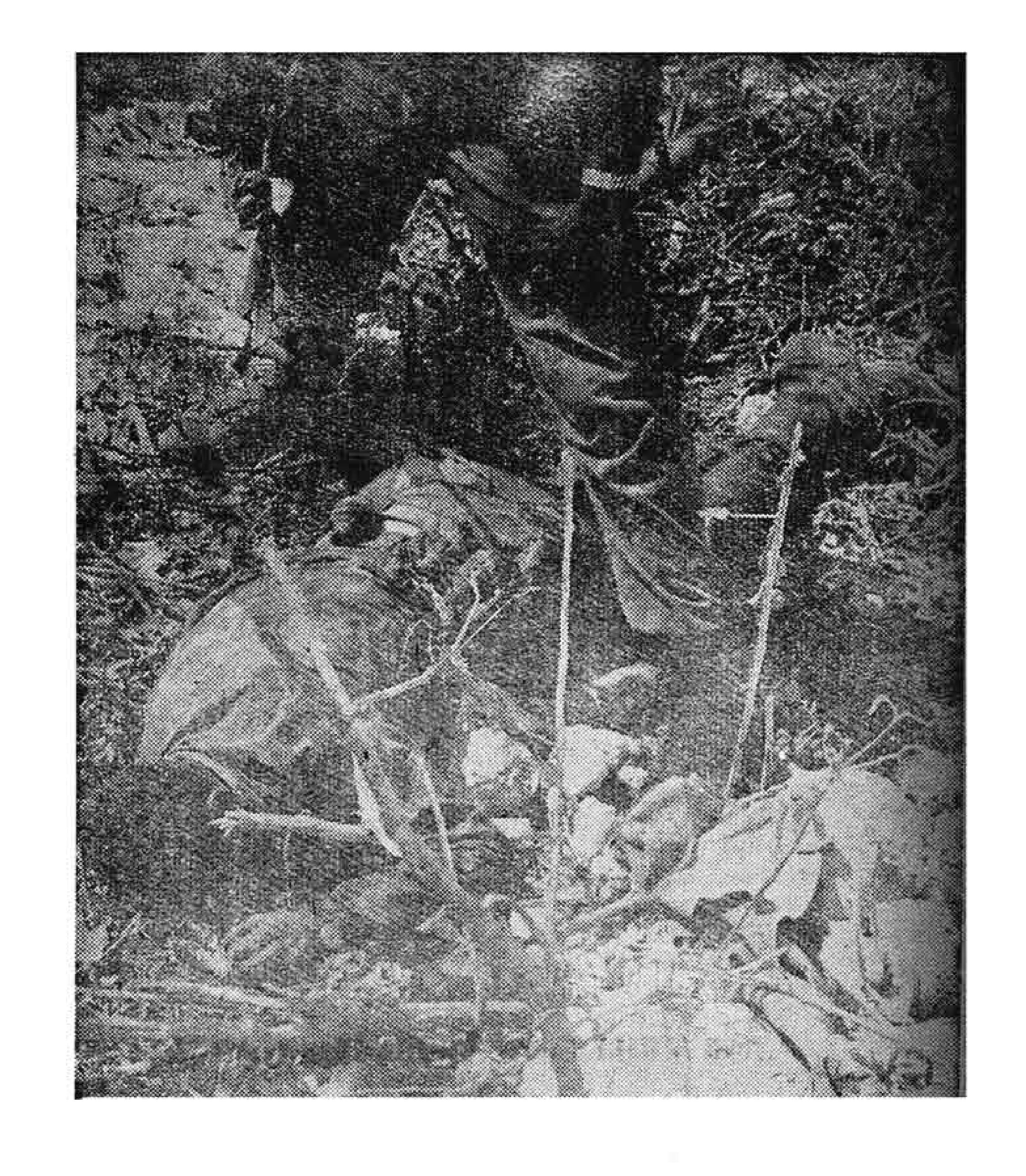
Es posible también la circunstancia de que no tengan todavía las unidades de combate nuestras mucha experiencia de combate. Así que tienen mucho valor, pero todavía es necesario que adquieran más conocimientos y más experiencia de combate.

Es también importante que podamos contar con un número mayor de oficiales, es decir que los jefes de las unidades también vayan adquiriendo mayor conocimiento. Esta experiencia señala la necesidad de darle la mayor importancia a la cuestión del entrenamiento de las unidades, y al entrenamiento de los oficiales.

Naturalmente, las unidades de armas de apoyo, como son la artillería antiaérea, la artillería antitanque, los obuses, los cañones, los morteros, ese personal es un personal muy entrenado, porque se ha pasado largos meses en la escuela y ha demostrado en estos combates que había progresado extraordinariamente, y que supo cumplir perfectamente su misión.

La infantería combatió también con mucho valor y con mucha eficacia.











La letra con SANGRE

POR GUILLERMO CABRERA INFANTE

Fue una guerra rara. Yo no sé mucho de guerras, pero me parece que fue una guerra rara: uno se encontraba con el enemigo cuando lo tenía encima y no lo veía más que en el momento en que lo más probable era que no lo viera nunca más. De todas maneras, no puedo hablar mucho, porque yo estuve en la guerra más bien como un observador, no un corresponsal de guerra (mucho menos un soldado o alguien que supiera lo que estaba ocurriendo realmente: la guerra es un negocio confuso), sino un mirón: alguien que quería saber cómo era la guerra realmente, qué estaba pasando, y a la vez tenía conciencia de que debía compartir los riesgos que muchos de sus amigos, que muchos miles de compatriotas, que la Revolución misma estaba corriendo y que tenía que estar allí, aun cuando el azar o como se llame, no había querido que estuviera desde el comienzo.

Bueno, el caso es que fui, que estuve allí y que quiero hablar de lo que vi y oí: quiero que mi testimonio sirva de condenación no sólo a quienes fabricaron esta guerra desde el estólido Pentágono, la Agencia Central de la Imbecilidad o la sucia Casa Blanca, sino también a sus instrumentos: esos que noche a noche, en la televisión, han repetido hasta el más asqueante cansancio: "Yo no tiré", "No vine a matar", "No soy culpable". Ahora quiero decir que si son culpables y que de haber ganado —en la improbabilidad de todas las improbabilidades de que hubieran ganado— ahora estarían ocupados en la tenebrosa tarea de fusilar a pueblos enteros por el mero hecho de ser pueblos enteramente cubanos: esta es la tenue memoria de la guerra civil española en la que los jefes de Lugo y de Las Heras entraron en Pamplona victoriosos y de veinte mil votantes republicanos fusilaron nada más que dieciocho mil, y el doloroso recuerdo de Málaga rendida, tomada por tropas tan abigarradas en su composición como nuestros "libertadores", porque esa es la receta del caldo de brujas del fascismo, o todavía las sangrientas nociones de historia contemporánea regaladas en el Congo, en Argelia, dondequiera.

oOo

Los camiones, las grandes rastras que se movían a la luz lívida del amanecer en la Carretera Central llevaban parque. Las vimos a la salida de Matanzas, pero ya en Perico la guerra parecía olvidada: la gente se agrupaba en una breve cafetería para desayunar, un hombre proponía cambiar su automóvil enorme por el pequeño carro de Mayito el fotógrafo, dos muchachas caminaban por la acera, moviendo sus caderas envueltas en tela roja, amarilla y verde contra las sombras azulosas del portal. Sin embargo, las señales estaban ahí: dos milicianos pedían que los trasladaran al frente. Uno dejaba ver un largo collar de Santa Juana bajo la barba negra y crecida y fue el que dijo: "No, si no cabemos los dos no podemos ir; éste éste es mi hermano. Hemos combatido juntos y es como un hermano mío, y tenemos que pelear juntos". A ese y al otro, al que guiñaba el ojo izquierdo primero y luego el derecho, en un tic cómico, lo encontramos después, por la tarde, tarde en la tarde, en Jagüey Grande: se veían cansados, pero conservaban la alegría de por la mañana, su sana confianza que a primera vista nacía de los perfectos fusiles Fal que llevaban al hombro, pero que en realidad venía de adentro: y si hablo de estos milicianos con detenimiento es porque representan muy bien el espíritu de la milicia, habitable dondequiera: en los jóvenes artilleros de Playa Larga, ansiosos de mostrar su puntería corajuda, en los agotados soldados de Playa Girón, durmiendo entre los arrecifes bajo el bombardeo de los obuses y los aviones, en las milicianas que contaban sonriendo en un parque de Jagüey los peligros de la madrugada del desembarco.

Había otras señales: el camino a la Ciénaga relucía brillante, la gente se agrupaba en las salidas de Perico, había banderas blancas con grandes cruces rojas en una que otra casa. Pero de Perico en adelante volvía a surgir el calmado paisaje cubano: caña, palmares, una ceiba dando sombra a la orilla del camino. Agramonte con su tierra roja que colorea las paredes, la estación de ferrocarril que parece sacada de un film de vaqueros, el viejo cine de pueblo pasa rápido hacia atrás y a los pocos kilómetros hay una posta, que hace señas de parada:

—Las máquinas de alquiler tienen que coger por el desvío— y señala a su derecha el miliciano, momentos antes de ver las credenciales. En otra posta miran con atención los carnets.

—Son de REVOLUCION—dice un miliciano a una miliciana que le acompaña.

—Suerte, compañeros —dice la miliciana.

De nuevo el camino.

Hay otra posta.

—Periodistas de REVOLUCION.

El miliciano tiene barba y el pelo largo. Está muy serio. Luego sonríe y dice con alborozo:

—Compañeros, cogieron a Diagán.

Es este rumor el que nos precede al entrar en Jagüey Grande: han derribado un avión, uno de los pilotos murió, el otro se lanzó en paracaídas y fue apresado vivo. Se cree que es Pedro Luis Díaz Lanz, traidor.

—Vayan a la Comandancia —dice el otro miliciano.

—¿Dónde es la Comandancia?

—En el Central.

El Central es el Central Australia. Allí está la Comandancia y ha sido bombardeado varias veces. Esta mañana, al amanecer, los B-26 picaron sobre sus chimeneas apagadas y arrojaron bombas, ametralladoras con balas y cohetes el batey y la casa de máquinas.

—Vómito y diarrea— dice un miliciano que está de posta junto a una casa pequeña de madera: la Comandancia. —Los llaman así, porque por delante echan balas y por detrás roques. ¡Nos han dado una!

Sería bueno poder hablar con uno de los prisioneros y mucho mejor hablar con el piloto capturado.

—Ahora es imposible— dice un oficial a la puerta de la Comandancia. —Vayan al pueblo, tómense un café y vuelvan. O si quieren vayan a ver el avión que cayó ahí detrás: está caliente todavía.

El avión derribado estaba detrás del central, a un costado de la Laguna del Tesoro y tenía las iniciales FAR en la cola, único resto intacto del aparato: era otro más de los aviones mercenarios disfrazados de aviones nuestros. Parecía que había sido derribado a mandarriazos, porque ahora un miliciano hacía trizas parte de lo que fue la cabina y almacenaba los pedazos: un souvenir de guerra. El avión había recorrido unos buenos doscientos metros desde el punto en que tocó tierra hasta el lugar donde hizo la explosión final. Algunas de sus bombas quedaron intactas y las balas estallaban al fuego.

Preguntamos la dirección del frente.

oOo

La carretera a la Laguna del Tesoro me era familiar: por aquí había hecho el camino hasta el centro turístico Guamá, en compañía de algunos escritores sudamericanos: Arreola, Elvio Romero, José Bianco. El centro estaba desolado y algunos milicianos cavaban trincheras o reparaban algún destrozo. Nos-

otros marchábamos tras dos camiones llenos de milicianos. Nadie pedía ya pases ni identificación: esto era zona de guerra.

Había que tener cuidado porque las auras se convertían en aviones con facilidad —y al revés. Mayito guiaba a bastante velocidad y a los costados, entre la carretera y los pantanos se veían las cabezas de los milicianos sobresalir del brocal de las alcantarillas, ahora convertidas en parapetos. A un costado del camino hay un tanque inutilizado por una bazuca enemiga, pero parecía más bien un adorno que los restos de una batalla.

Al final de la carretera está Playa Larga, en un desvío que divide a los camiones militares. Está también un bohío quemado, un paracaídas de seda verde, con manchas amarillentas y azulosas y algunos agujeros en el camino, en la cuneta. Eso es todo. Por lo demás Playa Larga es una playa como otra cualquiera: hay sol bueno, arena fina y caletas por todas partes. Algunos milicianos cogen el sol en la playa o pasean entre las casas de hormigón y madera y los uveros de la costa. Recuerdo la frase de un viejo corresponsal extranjero a quien invité a hacer el viaje: "Es inútil. En el frente nadie ve nada". Aquí hay una playa amable y una guarnición de milicias.

Es el batallón 183. Casi todos son gente joven. Los artilleros, por no variar, son muchachos. La mayoría son de Güira de Melena. Hablan de la guerra.

—Aquí la gente que peleó duro fue el 339 —dice uno. —Esa gente aguantó la mecha de esta gente nada más que con R2 y metralletas.

—Y le echaron con todo —dice otro.

—Les cayeron además los paracaidistas detrás —dice el primero. —Tuvieron bajas cantidad.

—Las tuvieron porque no pelearon por el libro —dice otro. —Si hubieran hecho lo que le enseñaron no hubieran intentado tomar la playa sin protección de artillería.

—Algunos peleaban de pie —dijo otro.

—De todas maneras, caballeros —dice otro más. —No se olviden que esa gente fue la que aguantó a los esbirros.

Casi todos llaman "los esbirros" a las tropas mercenarias. Los interrogatorios a los prisioneros por televisión mostrarían que sus palabras eran algo más que una intuición.

Uno de los milicianos dice:

—¿Ustedes saben lo que dice el teniente?

El teniente dirige esta zona de la playa.

—El teniente —continúa— dice que él sabe que los esbirros estaban tan bien preparados que únicamente podían hacerle resistencia los ejércitos de Brasil o de Argentina.

—¡Esa gente trae de todo! —dice otro.

—Y ya ven, nosotros los hemos hecho correr hasta Girón.

Girón está lejos todavía. Ni siquiera se oyen los ruidos de la guerra. Caminamos por la playa. Allí están dos botes de motor que sirvieron para llegar a tierra a los oficiales. Tienen una calavera pintada en la proa: los piratas no quieren ser tomados por otra cosa que piratas. A lo lejos se ve un barco partido en dos.

—Ahí venían los esbirros. Dicen que todavía hay gente dentro.

Las instalaciones de la milicia son correctas y las antiaéreas están bien emplazadas.

—Estamos vivos —dice un miliciano— porque nos levantamos temprano. A las cinco ya estábamos despiertos y los aviones llegaron quince minutos después.

—Nosotros sabíamos que iban a venir —dice otro miliciano.

—¿Por qué?

—Porque esa gente viene todos los días a la misma hora: por la mañana y por la tarde.

—Esta vez los esperamos.

En la playa no parece haber guerra. Hay una brisa suave y el mar llega a la costa sin violencia, imperturbable, como lo viene haciendo hace siglos, como lo seguirá haciendo por muchos siglos. De pronto una cadena de truenos rompe el apacible paisaje. Corro. A la izquierda, arriba, hay una trinchera. Antes de llegar a ella me doy cuenta de que todo ha pasado.

—No hagas eso más —dice un miliciano.

—Si ese avión no fuera nuestro serías hombre muerto —dice otro. —Has corrido demasiado. En cuanto oigas los aviones te tiras al suelo, donde mismo estás.

Salimos de las caletas a la playa de nuevo. Con los anteojos miro las maniobras de dos aviones a reacción. Todos estamos en la playa mirando su grácil y terrible vuelo. (En La Habana, esa noche, supe que los aviones no eran nuestros: eran "Sabres" yanquis, que quizás consideraron a la playa con cierta despectiva pequeñez).

En lo que sería, fue o será el bar de Playa Larga hay dos o tres oficiales conversando. Van a instalar un hospital de sangre allí. Los milicianos nos muestran los restos de los pertrechos dejados por los mercenarios en su fuga. Cerca de las meticulosas cajas-envases de los obuses hay un letrero que dice, "Se prohibe basuras en la playa". Un miliciano nos muestra un agujero en la arena. No es una trinchera. Ahí estuvo enterrada la mujer de uno de los habitantes de la playa. La mataron los mercenarios al desembarcar y él la enterró en la arena, cavando la fosa con un remo, dicen. Luego el hombre volvió, cuando la playa cayó en manos nuestras, y los milicianos le ayudaron a desenterrar a la mujer y llevarla hasta el cementerio del pueblo.

Un teniente se ofrece a llevarnos en jeep al frente. Es un joven sanitario. Antes come algo.

oOo

La carretera que lleva al frente recuerda mucho las calles de La Habana el día que estalló el "La Coubre". Las ambulancias, los autos, los camiones van y vienen a gran velocidad, ajetreados en su dura misión de salvar vidas por la velocidad. A los lados de la carretera de Girón hay grandes huecos negros. A veces se ve un tramo de roca calcinada. En una curva hay una vaca muerta.

A lo lejos se ven ómnibus, autobuses estacionados o simplemente parados transversales a la carretera. Uno de los autobuses está totalmente carbonizado.

—Esto fue ayer —dice el chofer. —Los aviones.

En otra curva la yerba, la maleza, el monte a la izquierda de la carretera arde. Más adelante el fuego llega a la cuneta. Cincuenta metros más allá el fuego cruje con más fuerza.

—Esto no estaba así ahorita, cuando pasamos —dice el teniente.

—No, eso es de hace poco —dice el chofer.

Al salir de la curva se ven a lo lejos negras columnas de humo, como señales de indios enojados.

—Allá está el frente —dice el teniente.

Pasamos un hospital y el asfalto de la carretera se hace ahora un firme polvoriento, de arcilla o cascajo. Más adelante hay grupos de soldados rebeldes al borde de la carretera. Aparece una casa, se detiene el jeep.

—¿Cómo anda todo por aquí? —pregunta el teniente.

—Bien —dice un soldado. —Pero tengan cuidado, que por ahí andan tirando.

Seguimos. Pasa por nuestro lado una columna breve de milicianos. En la cuneta hay una ambulancia volcada y más allá un jeep está metido casi en la manigua. No lejos aparece un grupo de rebeldes.

—¿Ese no es el cabo Varas? —pregunta el chofer.

—El mismo —dice el teniente.

El jeep se detiene. Da marcha atrás. Los soldados vienen a nosotros.

—¿Qué pasó?

—Un bazucaso —dice Varas.

—¿Cuándo? ¿Hace mucho rato?

—No, qué va. Ahora mismo. Nos partieron el jeep.

—Bueno, monten.

Todos se acomodan en el jeep.

Hay más milicianos ahora. El humo negro se acerca. El mar está a pocos metros. Se ven camiones. Un tanque. Los nidos de ametralladora aumentan. Junto a una casa hay un tanque, protegido por una ancha ceiba.

—El frente —dice el chofer.

—¿Aquí? —pregunta Walterio Carbonell.

—Aquí.

Hasta el jeep detenido llega un cabo o un sargento. No es un miliciano. Más bien parece un veterano de la Sierra.

—¿Quién es aquí el comandante? —pregunta asomando la cabeza por el hueco de la ventanilla.

—Nosotros venimos de Playa Larga.

—Bueno, ¿pero quién manda aquí? Necesito bazukeros.

Antes de terminar de hablar se marcha corriendo. El jeep parquea junto a la casa. Allí hay unos trescientos hombres en el portal de la casa y regados por el patio, bajo el árbol. Los hombres están fatigados. Han peleado toda la mañana. Algunos parecen tristes. Pronto se sabe la causa: hace poco que han matado a su jefe, el capitán Carbó. Ahora descansan. Caminamos por los alrededores. Todavía sale humo al doblar de la carretera, de donde vienen las ambulancias levantando un polvo amarillo que el sol de la mañana hace blanco. Tomo los anteojos y miro. La curva no deja ver nada: sólo se ve el humo, ahora más negro. Miro hacia la costa, hacia el mar y a lo lejos veo dos o tres buques grandes, grises.

—Son destroyers de los americanos —dice alguien.

Hacia atrás se ven los pelotones de milicia llegando al frente.

—Bueno, aquí estamos —dice Carbonell sonriente. —Llegamos.

—¿Esta es la guerra? —le pregunto.

—Esta es la guerra —dice Carbonell.

Todo está tranquilo. El día comienza a pasar de tibio a caliente. La mañana es hermosa y serena. Deben ser las once de la mañana. Casi lo calculo mentalmente, porque no he mirado el reloj en todo el día.

De pronto, de ninguna parte y de todas partes, comienza un furioso tiroteo. Se oyen todos los calibres posibles y algunos más imaginarios. No sé cuánto duró el tiroteo: a mí me pareció que fueron horas, pero no deben haber sido más que unos pocos minutos. Tan de repente como comenzó, cesa el fuego. Una balacera grande deja a cualquiera en un estado de excitación grande, para el que está por primera vez en una batalla esta excitación crece hasta hacerse insoportable: la boca se seca, el cuerpo se torna tenso o laso contra toda voluntad, se deja de pensar y la mente queda en un blanco extraño. Ahora recuerdo un refrán japonés o chino, un dicho que tiene mucho que ver con la pólvora, que dice que más que la guerra es el ruido de la guerra lo que hace la guera guerra. Pienso en las erres que tiene la palabra guerra. También pienso que un sordomudo puede ser un héroe fácilmente en la guerra, que es más el oído que la vista lo que realmente sufre en la guerra. Ahora bien, no puedo decir que eso lo pensé entonces, en aquel momento, o más tarde, de retirada; o en Jagüey o en La Habana. Allí, quizás, pensé que la guerra no era agradable.

Esto lo pensé en la calma que siguió al tiroteo. Caminamos más hacia el frente. Llegamos hasta las ambulancias. Allí los hombres corrían por entre los camilleros y la confusión era grande. Regresamos a la casa. De vuelta me puse a mirar el mar con los anteojos. Una vez miré el cielo y vi un avión en su vuelo inocente. Lo acerqué con los binoculares.

—¡Avión! —gritó alguien. Pero el avión pasó de largo. Entré a la casa, creo que a buscar agua que tomar. Pero al llegar al portal comenzó un fuego más nutrido y más cercano que el anterior. Me agaché. Había un ruido de todos los demonios y por entre el ruido alguien gritaba unas malas palabras. Delante de mi un soldado se aplastaba cada vez más contra el suelo, mientras apoyaba su bota en mi cabeza para lograr una mayor eficacia en su labor —que parecía ser la de hacerse invisible. Me levanté en una calma. El fuego comenzó de nuevo y esta vez me sorprendió en el portal. Estúpidamente metí la cabeza bajo un taburete de cuero. No sabía lo que ocurría y me imaginaba que nos atacaban desde el monte, porque algunos de los soldados disparaban desde la casa hacia afuera.

Cuando terminó el fuego vi a Walterio haciendo señas.

—¿Qué pasó? —le pregunté al acercarme.

—Esa casa es una ratonera.

—¿Pero qué pasó?

—El avión. Regresó en picada, pero no llegó a tirar. Si tira no queda nadie en la casa.

Cruzamos la carretera hacia los arrecifes. Ahora el fuego de artillería de ambas partes se había recrudecido. Mayito y Helvio Corona, reportero de "Sierra Maestra", habían dejado la casa y ahora no se veían por parte alguna. Estuvimos en los arrecifes hasta que el fuego se aplacó un poco. Luego salimos a caminar.

Llegaban camiones al frente. Pero de alguna manera la confusión había aumentado. Si alguien me hubiera preguntado bajo amenaza de muerte si ganábamos o perdíamos, no habría sabido qué decir. Fue entonces que vimos que los jeeps que nos trajeron se marchaban. Alcanzamos al último

—¿Qué pasa?

—Tenemos que regresar.

—¿Y los fotógrafos?

—Van en el otro jeep.

—No puede ser. Yo no los vi montar —dije.

—Van en el otro jeep —dijo el chofer.

El jeep delantero ya se perdía en la curva.

—Hay que alcanzarlo a ver si están ahí.

Se inició una persecución casi inútil. El jeep delantero nos llevaba ventaja y los caminos estaban casi intransitables por las ambulancias que iban y venían y por los camiones estacionados y los soldados que marchaban a pie. En algún lado instalaban baterías pesadas en la carretera.

Las señales con luces, el claxon, nada parecía poder detener o hacer aminorar la marcha al jeep delantero. Finalmente lo alcanzamos_junto a los autobuses ametrallados. Los fotógrafos, efectivamente, no iban en el otro jeep. Regresamos por ellos.

Cuando volvimos al frente la cosa se había hecho más ruidosa y más confusa, si era posible que esto ocurriera. El jeep se detuvo y vimos una ambulancia recoger a un hombre herido del suelo. Ahora se habían añadido nuevos ruidos al fragor. Antes había un staccato sostenido que podía ser una calibre treinta nuestra o una calibre cincuenta del enemigo. El staccato tenía un leve coro por la derecha y un conjunto masivo por la izquierda. Al fondo se oía un retumbar como si tronase continuamente y junto a nosotros ese retumbar tenía su eco adelantado. Eran los cañones nuestros que disparaban junto a nosotros, detrás de nosotros y delante de nosotros. También se podía oír el chasquido seco de los fusiles, que parecían meros fulminantes inofensivos. Pero el nuevo sonido era nuevo de verdad. De algún lado venía un zumbido alto y agudo y persistente y luego se oía un trallazo, un bombazo o simplemente un ruido infernal, seguido de pequeños y breves silbidos.

—Son obuses —explicó un soldado.

Eran los obuses, el arma más temida de la guerra desde que en la Guerra del Catorce fueron perfeccionados maravillosamente —por emplear una palabra. Eran los obuses. Nos parapetamos tras el tanque, que parecía inutilizado. Los obuses seguían cayendo. Por la carretera, con gran ruido y gran polvareda, venía otro tanque, evidentemente averiado. Alguien pedía a mi lado balas para el cañón del tanque. El ruido y la confusión aumentaban, porque la batalla por Playa Girón había comenzado, y nosotros no lo sabíamos. Entre todos los gritos, las órdenes repetidas a uno y otro lado y la gente que corría o caminaba o se tiraba al suelo (no recuerdo haberme tirado nunca antes tantas veces al suelo ni haber perdido los espejuelos tantas veces seguidas), había un hombre que daba órdenes con serena seguridad. Era alto y se parecía a Fidel en el tipo. Pero la cara era muy semejante a la de Segundo Cazalis, el periodista de "La Calle". Sólo que no podía ser Cazalis. Se acercó y vi un letrero escrito sobre tela blanca en el pecho del uniforme verde olivo subido. Decía, simplemente: "Fernández". Luego, en La Habana, supe que se trataba de "El Gallego" Fernández. No era un simple teniente con sangre fría y aplomo, sino el jefe de operaciones en esa zona del frente. Fernández quizá sea ascendido a comandante, porque su serenidad y su conocimiento de la guerra fueron parte importante en el éxito de nuestras tropas —el éxito, la victoria no me lo mostraron la observación directa, sino los partes de la guerra, vistos después; pero la calma, la pericia de soldado de Fernández eran evidentes a cualquiera: eran evidentes aun para mí.

A unos diez metros cayó un obús que incendió una caseta con municiones. Las municiones estallaban por su parte. Otro obús cayó a unos cinco metros a la derecha. Un teniente se acercó al tanque y tocó. De dentro, como de una caja de sorpresa, surgió una voz y una cara.

—¿Te queda gasolina? —preguntó el teniente.

—Unos ocho litros.

—Bueno, pues mueve el tanque, tíralo contra la cerca y contra la casa y mételo en el monte, porque estas posiciones van a quedar bajo el fuego de la artillería de nosotros.

Salí de junto al tanque y volví a la cuneta, entre la playa y la carretera. El jeep se iba de nuevo. Esta vez iba a buscar bazucas. Lo dimos por perdido.

—oOo—

No sé qué tiempo pasó entre la llegada al frente y el momento en que empezamos a buscar a los fotógrafos. Me pareció un día entero, pero quizás no fueron más que tres o cuatro horas. Las ambulancias seguían llegando, los obuses caían por todas partes venidos de todos lados, nuevos contingentes avanzaban hacia la playa. La guerra es desagradable, pero también es tediosa. Produce una clase de hastío, que agota. Las horas no pasan nunca y cuando pasan han dejado una estela terrible, de sangre y de horror. La guerra no es agradable. No es agradable para nadie. No es agradable para los que la ganan y mucho menos es agradable para los que la pierden. Es hastío y miedo y sangre y polvo y sudor y miedo y muerte y dolor y cansancio y miedo y desamparo y enojo y miedo.

Me miré las manos. Estaban negras. Me miré los brazos y también estaban negros. Supongo que es la pólvora, que también quema los labios y despelleja la cara. Me dolía todo el cuerpo y tenía pequeñas heridas en las piernas y en los brazos de las veces que me tiré al suelo. El ruido seguía. Las ambulancias entraban y salían. Los destroyers americanos continuaban observando todo con su amenazante impasividad. La guerra continuaba.

Echamos a caminar. Walterio saludó a Flavio Bravo. Tengo entendido que resultó herido más tarde, y no me extraña: estaba en medio de la carretera, en operaciones, creo. Caminamos.

Más tarde, entre unas caletas, junto a las ametralladoras de cuatro bocas, encontramos a Helvio Corona. Nos alegramos de verlo. De pronto, nos dispersamos: un obús ha caído junto a nosotros y no ha estallado. Alguien le echa arena. Otros recomiendan alejarse. Con Helvio buscamos a Mayito. No está lejos. Me asombra que esta gente haya estado a menos de cien metros toda la tarde y no nos encontráramos, sino horas después. Así es la guerra, creo.

Decidimos regresar. Las fotos deben volver a La Habana, y por la madrugada volveremos al frente. Esa es la técnica de los corresponsales de guerra, creo. Al menos, es la que ha seguido Ernesto, nuestro compañero fotógrafo, que ha cubierto toda la guerra, junto a Bob Taber.

Los vehículos dan vueltas y toman posición. Vienen las compañías de obuses. Un camión se detiene a recogernos y devolvernos a Playa Larga.

—¿Va a Playa Larga?

—Sí.

—¿Nos lleva?

—Bueno, suban. Pero hay un muerto.

Subo. Hay un hombre muerto en la cama del camión. Viste un traje verde olivo. Un obús, una bala cincuenta, una bazuka, cualquier arma de muerte le ha arrancado medio cuerpo. Su cara está llena de sangre. Lo miro dos veces. ¡Es Baragaño! Cuando se lo digo a Walterio, que monta al camión, se produce un momento de consternación que yo no había experimentado jamás. El muerto se parece demasiado a Baragaño: su nariz, su barbilla, su frente abombada. Pero no puede ser: sería una casualidad demasiado irreal, literaria casi. Es cierto que Baragaño está movilizado en la zona. Pero Baragaño no es tan alto, ni pertenece al Ejército Rebelde, ni sus botas son de baqueta amarilla. Tampoco son esas sus manos. Respiramos aliviados: no es Baragaño. La confusión ha desaparecido, pero queda la realidad: aquél es un hombre, un hombre muerto: hace pocas horas era un ser humano, un hombre vivo, un cubano que comía, bebía, dormía, reía, lloraba, corría, caminaba: vivía, vivía en su tierra. Era, como casi todos los cubanos, sencillo y amigable y hospitalario y franco y noble. Ahora estaba muerto. Ya era una cosa, un cadáver, un objeto eterno. No había querido la guerra, sin duda, y la guerra había venido a él y lo había matado. La tarde era dulce y suave y serenamente bella, como todas las tardes de abril, en Cuba, siempre. Vamos en aquel camión abierto cuatro hombres y un cadáver. Podían haber ido cinco hombres. Podían haber ido cuatro hombres y el cadáver de un amigo, de un hermano. Podían haber ido cinco cadáveres. Fue entonces que comencé a reflexionar: reflexioné sobre la guerra, pero no sobre la guerra en abstracto, ni sobre el pacifismo en abstracto, ni sobre la repetición de las guerras, ni sobre el carácter guerrero del hombre: nada, nada, nada en esa metafísica de la mierda en que todo se convierte en ideas, en ideas sobre las ideas, en abstracción sobre abstracción: reflexioné en lo que me rodeaba: en los amigos, en Cuba, en aquel pobre hombre muerto, la dulce tarde, en el ruido de la guerra que se alejaba y recordé una frase. Recordé una frase de Von Klausewitz, un teórico de las guerras, un hombre que pensó mucho en las guerras, aunque no me gustara todo lo que él pensó sobre las guerras, pero pensé en ese pensamiento de Von Klausewitz que dice que la guerra es una continuación de la política de paz por otros medios. Pensé que tenía razón, que aquella guerra lo demostraba una vez más: una política rapaz de paz era continuada rapazmente en la guerra: el imperialismo voraz entraba vorazmente en la guerra porque en la paz no podía continuar su voracidad, en Cuba: los piratas capitalistas que antes tenían una política miserable, ávida, en la paz, continuaban esa política con la guerra: el imperialismo yanqui que no había podido seguir dominando a Cuba por medio de la paz, venía ahora a tratar de dominar por medio de la guerra. Tan simple como eso.

—oOo—

Fue una guerra rara. Se luchó a lo largo de una carretera, en un frente que tenía el ancho de la carretera. El enemigo estaba bien armado, pero no peleó, sino que se retiró a lo largo de la carretera. Habían llegado, habían visto y en 72 horas estaban vencidos.

La Habana, 24 de abril de 1961.



el aguijón y la TUMBA

POR PABLO ARMANDO FERNANDEZ

Los cuatro caminos forman una cruz de oscuro asfalto y polvo rojizo; a un lado está la Comandancia y detrás el cementerio Municipal, y en esa misma dirección la línea de palmas reales frente a los palos de júpiter.

Más allá están los techos de tejas descoloridas, guano y zinc. Por ahí se entra al pueblo, pasados la Comandancia, el cementerio y el palmar.

El pueblo se llama Jovellanos.

En el cruce de los caminos se nos dijo que acababan de llegar a la Comandancia en una camioneta roja, algunos cadáveres de los mercenarios extranjeros. Leo Huberman, Cedric Belfrage y su esposa, un periodista alemán y otros que integraban la caravana hacia la Ciénaga, acudimos a verlos.

Fue Mary Belfrage la que habló de la inocencia y el crimen. Era la primera vez que veía un cadáver fuera de una funeraria y el espectáculo le resultaba aterrador. Los ojos de la mujer se resistían a la brutalidad de aquella escena odiosa. Desde donde estaba veía un rostro sin formas, deshecho, agujereado, sucio de sangre y pólvora, con un solo diente en el vacío que fuera la boca y unos coágulos negros donde fueron los ojos. Había otros rostros, otras manos y piernas, algún tórax inflamado; descompuestos.

Sobre aquellas creaciones abominables de la guerra, descansaba el cuerpo que a todos nos hizo pensar en el crimen y a Mary Belfrage en la inocencia. Estaba tendido boca arriba, con los ojos azules abiertos y el cutis terso, pálido, limpio. La frente hermosísima, los labios cerrados y la nariz afilada como el mentón lampiño. Los pies descalzos apuntaban al cielo y a la cabeza de cabellos rubios recostada a un hombro. Las manos de largos dedos entreabiertas, gráciles. Cedric Belfrage, su mujer y Huberman comentaron que el muchacho americano muerto, era una inocente criatura, envenenada y corrompida por el sistema de explotación y muerte que gobierna a su país. Belfrage insistía en que los principios religiosos en los que fue educado le habían servido solamente para matar y morir. Pensaba en el muchacho católico que se lanza a una nueva cruzada por su fé, bendecido por el párroco de su vecindad, al servicio de las fuerzas de la reacción y el imperialismo.

Huberman, por su parte, comentaba que éste era uno de tantos adolescentes norteamericanos que se aventuran por desesperación. Hay que tener los dólares y es mucho más fascinante para estos jóvenes enajenados, conseguirlos, si se corre a la vez, el riesgo de la aventura (se refería al cine de Hollywood, a tanto film guerrerista, inspirado en el odio y la venganza).

Mary hizo una aguda observación con respecto a su status legal en Cuba. "Yo vine sin la autorización del Departamento de Estado y estoy viva, y él, entrenado en los campos de reclutamiento para mercenarios de la Central de Inteligencia, está muerto". Dijo que sería un buen título para su artículo cuando lo escribiera.

Los cadáveres fueron trasladados al cementerio. Un soldado del Ejército Rebelde se acercó para cerrarle los ojos abiertos al muerto. Después desaparecieron por el portón del cementerio. Huberman, al volver al auto que se disponía a partir, nos dijo que sólo un pueblo con tanto amor por la vida podía respetar a la muerte de la manera qué el pueblo cubano lo hacía.

Pasamos Jovellanos pensando en los muertos de la United Fruit Co., pensando en los muertos de Kennedy, en los muertos de la política armamentista de los monopolios yanquis, en los muertos de Guadalcanal y Pearl Harbor y de Corea y de Playa Girón, en todos los muertos de las guerras imperialistas que Wall Street ordena y Washington ejecuta.

Para Huberman y Belfrage era el orden, el cuidadoso tráfico de jeeps y camiones en las calles de Jagüey Grande, los establecimientos abiertos donde las gentes hacían sus compras del día, el parque con sus hombres sentados, leyendo los periódicos, el café del hotel lleno de milicianos y rebeldes, de maestros voluntarios y alfabetizadores, de periodistas y fotógrafos, de niños y ancianos combatientes, de cineastas que volvían del frente, lo que mostraba el espíritu de aquel pueblo victorioso que defendía la revolución que

hiciera y conservaría contra todas las agresiones pro imperialistas.

El Club Social se había transformado en un hospital para primeros auxilios. Repasaban los rostros de los jóvenes heridos, Mary siempre buscando la inocencia en los ojos de los combatientes, y la firmeza y el valor y la inquebrantable fe en la causa que defendían en los semblantes de los heridos y los médicos de guardia y los visitantes, gentes del pueblo y soldados del ejército rebelde y milicianos. Huberman señalaba el rostro de un muchacho mestizo que sonreía en camilla de lona sobre el suelo: "Gentes para gozar de la paz y la libertad como ninguna otra. Es un pueblo lleno de amor por lo suyo y de respeto por lo ajeno".

En el café nos rodearon jóvenes alfabetizadores. Waldo Montes narraba cómo había sido apresado por los mercenarios mientras caminaba por la carretera con un amigo y cómo había escapado. Una maestra, alfabetizadora también, de Buenaventura, decía a los escritores extranjeros cómo ella y la familia campesina con quien vivía habían sido sorprendidos en la madrugada. Contaba cómo un camión que trató de sacar a una familia de cooperativistas se dispersó en el aire bombardeado por los aviones mercenarios. La muchacha era hermosa, con el cabello crespo suelto sobre los hombros y los grandes ojos negros llenos de inteligencia. Anudaba al cuello un pedazo de seda estampada con los colores del camouflage del ejército americano que había sido de un paracaídas. Hablaba entusiasmada, mirando a Huberman y a Belfrage que la interrogaban. Tomó del café que se había servido en la mesa y súbitamente se puso de pie y echó a correr como una alucinada. El hombre vestido de miliciano, alto y corpulento, rubio y joven la alzó en sus brazos y la apretó a su pecho y a sus mejillas; después anduvieron despacio hasta nosotros, él la rodeaba por el talle y cuando se sentaron a la mesa le preguntamos quiénes eran, dónde se habían conocido. Ella dijo que la madrugada de la agresión. El había llegado con el primer batallón a Buenaventura. Venían de Cienfuegos o del Central Australia. Se habían visto en el camión y habían hablado algunas palabras. Ella le había gritado cuando se despedían: "Venceremos" y él con el puño en alto, le había respondido que sí, que vencerían al enemigo. Mary Belfrage tenía los ojos húmedos y Huberman dijo que no sólo debíamos estar conscientes del momento histórico que vivíamos, sino de "este instante tremendo de la humanidad". Belfrage habló de eso mismo, de un pueblo que alcanzaba su total madurez. "Gente como éstas son invencibles, el imperialismo no sabe con qué fuerzas tiene que medir las suyas, decrépitas y enfermas". Ahora hablaban todos. Todos decían las mismas cosas, con la misma pasión y el mismo entusiasmo. Dejamos Jagüey Grande bajo aquella atmósfera cálida de la victoria y sentíamos cómo éste era de verdad el pueblo de aquellos que lo habían ganado a la reacción y al imperialismo antes y ahora a sus mercenarios.

El primer encuentro con los combatientes revolucionarios, todavía en sus posiciones, fue el momento del júbilo. Puños y rifles en alto y el grito de ¡Vencimos! eran sobrecogedores. Los escritores y periodistas extranjeros se rodearon de los que prometían a simple vista historias más conmovedoras, preferiblemente los jóvenes, en su mayoría de 14 a 19 años y algunos viejos que pasaban de los 50. Mostraban insignias obtenidas como trofeos de guerra y narraban apresuradamente los hechos.

Un jovencito que había vivido en New Jersey, y que estuvo allá en la escuela, con un inglés muy parecido al que hablan los adolescentes de su generación, traducía, intercalando algunas de sus propias experiencias en la narración ajena. Con el triunfo de la Revolución regresó a Cuba. Ahora estudiaba acá, era miliciano y alfabetizador. Había llegado al frente con las primeras tropas y muy amablemente —Huberman apuntó que ésta era una de las características sobresalientes del pueblo cubano: su amabilidad y simpatía—, quería conducir a los extranjeros al sitio de desembarco. Prometimos volver a verlos y conversar con ellos de regreso de Playa Girón.

La carretera, a ambos lados, estaba minada de soldados y milicianos, parapetados con montones de piedras que se elevaban formando grandes pirámides, y camuflageados con arbustos y ramajes. Todos alzaban el brazo, cerrado el puño. Alguno gritaba desde su posición, pidiendo un periódico.

En los bordes del largo camino, encontramos algunos tendidos, cara al cielo; otros de pie, comiendo; los había en la carretera en busca de agua, con botellas y pequeñas latas vacías; algunos preguntaban el origen de varias detonaciones que se oyeron en la distancia. Dijimos que al pasar frente a una casa, divisamos en el patio a un grupo de milicianos que disparaban un cañón hacia el mar; imaginábamos que fueran prácticas. Como cesaran las detonaciones no indagamos, prosiguiendo la marcha. Los rebeldes sonrieron. Todo estaba bajo control.

Desde la carretera vimos un barco, que a medio hundir, mostraba lo tenaz de la contienda de nuestros aviones en el mar contra las embarcaciones mercenarias. Se especulaba sobre el número de bajas del enemigo. Pensábamos que todos habían sido liquidados y que los prisioneros de los cuales se nos había informado en el camino, serían pocos. Huberman y Belfrage querían enfrentarse a los prisioneros norteamericanos. Ahora todo el interés de la peregrinación hasta la playa estaba puesto en los mercenarios de la United Fruit Co., en los asalariados del **State Department**, en los alienados del capitalismo.

—oOo—

El aire batía las sábanas que se desplegaron como banderas de rendimiento. Las cabañas del pueblo en la playa, son azules, terracota claro, verde. Es un hermoso conjunto de colores suaves. Vistas desde el auto, nadie puede imaginar que sirvieran como escenario a los horrores de la guerra. Como el paisaje de mar, palmas de la costa, caletas y arena, sólo atraen al descanso, a la meditación y al gozo de la naturaleza.

Camiones, jeeps, autos y hombres se apretujaban frente al edificio donde se exhibían los pertrechos monopolistas de guerra. Dentro estaban los mercenarios. El acceso a ellos fue fácil. Estaban sentados en bancos frente a las taquillas. Eran jóvenes, cubanos; contestaban a las preguntas hechas por los periodistas sin importarles lo que decían, sin convicción de nada, ni siquiera de sus propios nombres, sus edades y principios. Huberman sólo entrevistó a dos de ellos: era suficiente. Los interrogados se repetían hasta el aburrimiento. Ninguno tenía por el momento nada qué decir. Habría que esperar a que salieran de su aturdimiento, de la sorpresa que les produjo ver al pueblo uniformado defendiendo sus derechos revolucionarios. La palabra "embarque" corría de una boca para otra, como si fuera la única posible de recordar, de decir.

El Presidente Dorticós llegó a ver a los presidiarios. Nadie alzaba la voz, nadie hizo uso del vituperio para agredir a los acobardados, nadie quería molestarlos, ni se ensañaban contra los agresores. Estaban allí sin fe, sin pasión, olvidando las motivaciones que tuvieran para desembarcar en aquella playa inocente y ensangrentarla con ferocidad de animal salvaje. Nadie quería oírles esta vez, porque ellos nada tenían que alegar, nada tenían que defender. Era la más absoluta rendición de un grupo que ni siquiera constituía una clase, que ni siquiera respondía a una causa común. El criminal y el explotador, el cínico y el imbécil, el canalla y el indiferente, y todos con ese torpe y miserable aspecto de la rendición por falta de razones que sustentar.

Y era esta valentía del soldado rebelde, esta firmeza del soldado miliciano, esta convicción del campesino y del obrero en arma, de la justicia y la libertad, la que desarmó a la tropa de "gusanos" y la que le impedía recuperarse para concebir alguna defensa posible.

La noche, en la playa inmóvil, era lenta, y el desfile de regreso se había iniciado por los caminos que van al Central Covadonga y al Central Australia. Pasamos el camino de regreso entre las antiaéreas, los tanques, las hileras de soldados que guardan la costa y el matorral. El auto sin focos, a oscuras, en el silencio de la noche húmeda de la Ciénaga. Ahora se comentaba el trato casi delicado de los combatientes revolucionarios para con los agresores. Se pensaba en las palabras de Leo Huberman sobre esta generación de hombres que había desarrollado plenamente el ejercicio de la nobleza y la dignidad humana.

El Australia y el camino a Jagüey Grande estaban cuidados por las Milicias y el Ejército Rebelde. El hospital de Jagüey era la última estación a recorrer en la larga peregrinación al campo de batalla. Huberman se quejaba de no haber visto a Fidel: "Díganle al chofer que Fidel se enojará cuando sepa que yo no lo he visto y que soy el único escritor americano que estuvo en la Ciénaga". —"Imposible localizarlo a esta hora. Nadie sabe dónde está", respondía el chofer cuando Huberman insistía: "Pero otros periodistas lo han visto. Yo no seré el único que no lo vio, preguntemos en el próximo pueblo". En el pueblo un periodista cubano le dijo a Huberman y a los demás que nos acompañaban en el carro, que nadie había estado con Fidel, refiriéndose a los periodistas extranjeros, y esto lo tranquilizó.

Al hospital habían llegado tres prisioneros; estaban heridos. Presenciamos la cura de uno de ellos. Había que practicarle un sondeo en la uretra. El médico le dijo al prisionero cuando fue a atenderlo: "compañero, le va a doler, pero hay que hacerlo". El muchacho apretó los labios y la cura fue practicada.

—oOo—

Delante queda el pueblo de Jovellanos y el Cementerio Municipal y la Comandancia. El teniente que patrullaba con su tropa la carretera hizo que nos detuviéramos y quiso que fuéramos a la Comandancia a identificarnos.

Allí estaba un muchacho alemán que decía venir de un barco anclado en Cienfuegos, el "Hornland", y que deseaba conocer La Habana. Vestía correctamente, tal vez lucía demasiado sofisticado, pero las manos que estrechamos al despedirnos eran de un rudo trabajador. El periodista alemán que nos acompañaba sirvió de intérprete. Dijo que el muchacho era sincero, ingenuo en su testarudez de continuar viaje. No quería dejar Cuba sin conocer La Habana. No se había enterado de que estábamos en guerra, de que habíamos sido agredidos por fuerzas mercenarias del imperialismo. "Yo no entiendo sino alemán y un poco inglés", repetía.

En la Comandancia decidieron mandarlo de regreso al barco, acompañado de tres compañeros de la Milicia, dos muchachas y un hombre.

El resto del camino, hasta Matanzas, fueron los comentarios de Huberman: el modo delicado, amable, con que estos revolucionarios resolvían una situación que podría, en otra parte, para otras gentes, ser sumamente embarazosa.

Belfrage y Mary hablaban de los muchachos que mueren y de los muchachos que andan por mundos extraviados en busca de una salida a su desesperación. El periodista alemán señaló que el muchacho era de una familia distinguida alemana, de lo contrario jamás hubiese obtenido la plaza de mozo de limpieza en un buque de la jerarquía del "Hornland".

Matanzas era una ciudad dormida, apacible, hermosa. Noches anteriores esta misma ciudad que descansaba, estuvo amenazada de ser violentada, destruida.

Allí esperábamos a algunos compañeros que se retrasaron en el camino. Huberman, Belfrage y su mujer estaban cansados. Bajamos del auto por unos sandwiches y refrescos.

Frente a nosotros se detuvo un auto, venía de Playa Girón, guiado por Luis Báez, compañero periodista, que regresaba a La Habana, después de cinco días sin dormir. Al decidirnos tomar su auto, porque el nuestro seguía retrasado, Mary Belfrage tomó el timón. Guanabo en la madrugada parecía no haberse enterado de las horas de inminente peligro que dejamos detrás. Mary Belfrage, al timón, pidió que le encendieran un cigarrillo y luego dijo: "tengo mis dudas sobre si el muchacho enterrado en Jovellanos era o no norteamericano. Entre los prisioneros los había de ojos azules, rubios y altos y eran cubanos. Tanto peor si lo era. ¿Imaginan ustedes hasta dónde llega el envenenamiento de los criminales?"

Nadie respondió, a pesar de que nadie dormía. La Habana en silencio esperaba el amanecer. Nunca nos pareció más hermosa, vigilante, alerta y decidida a vencer al enemigo.

LA HORA DE LA VERDAD:

LA HORA DE LA VICTORIA POPULAR

POR JOSE A. BARAGAÑO

Estas palabras apresuradas son escritas entre dos deberes, con el ritmo intenso de estos días, en nuestras vidas y nuestra nación. Nada de lo que ha pasado nos sorprendió: lo habíamos dicho muchas veces, tanto con respecto a la invasión, como el tenaz aniquilamiento del enemigo. Y lo que es más importante: lo habían dicho nuestros dirigentes. El ataque nazi por sorpresa lo fue en el orden militar, pero no dentro de la predicción política. Todos sabíamos que sobrevendría y llegó como mejor nos convino; el enemigo se puso en la mejor posición para ser vencido.

Un análisis de los hechos nos dice que la actitud del aprendiz de Hitler, con su peinado imitación del Führer, obedece a un plan de escala mundial. Un plan dirigido a arreciar el imperio de la reacción en el mundo controlado, —o antaño controlado—, por los imperialistas. Un salto mortal del mono de la Casa Blanca para recuperar el sangriento "prestigio" del imperio, para restaurar y fortalecer la dictadura militar y plutocrática existente en los Estados Unidos. Un ataque a Cuba con la burda pretensión de destruir la Revolución Latinoamericana e incluso un paso más en la instauración del fascismo en Francia. Lo cercano de los dos acontecimientos nos hace pensar que obedecían a una misma ambición, o que por lo menos, el uno era sucedáneo del otro. Un sustituto de última hora para tapar el agujero que hacía agua en el envejecido y zozobrante casco del imperio. Una política destinada a destruir toda posibilidad revolucionaria y a tender un cerco de ignominiosa reacción en el mundo, destinado a poner barreras al avance de los pueblos hacia el socialismo. No hay comparación entre el régimen reaccionario de De Gaulle y la Revolución Socialista de Cuba, pero en la mente del nazi Kennedy se trata de establecer la hegemonía de una dictadura militar basada en el alto capital financiero en todo el mundo, obedeciendo planes del Vaticano al que sin duda responde el gangstercillo de Boston.

Pero para nosotros esa fría cavilación norteamericana ha representado mucho. Me veo todavía llegando a Jagüey Grande una mañana junto con innumerables camiones de milicianos, cantando nuestros himnos de guerra ante una población civil atravesada por el dolor. Las ambulancias recorren los caminos. Es la sangre de heroicos hijos de la patria fustigados por la metralla imperialista. Me veo también junto a recios obreros y milicianos de quince años, tirado en el suelo mientras sobre nosotros un B-26, de manufactura yanqui, tripulado por un piloto norteamericano, y cargado de bombas, cohetes y balas norteamericanas arrojaba toda su potencia de muerte.

Recorro los caminos del frente con el Batallón 120 al que fui agregado a última hora. Por todas partes el humo, los hijos de la patria heridos, los tanques que ardían como si fueran de papel, los autobuses incendiados por los cohetes, los obuses de mortero estallando en el frente, nuestro cuerpo palpitando con el corazón de la tierra amada. Y aquellos milicianos del Batallón de Responsables de Milicia que nos decían:

—Cinco veces hemos llegado a las líneas enemigas...

O los milicianos heroicos de Cienfuegos:

—Solos resistimos el primer impacto, con armas ligeras y con parque insuficiente: los cobardes huyeron ante nuestras líneas.

Aquel policía del Batallón de Combate dirigido por Ameijeiras, silencioso y severo, que me decía:

—Compañero, tírate al suelo, tú no sabes lo que es esto: están tirando con cohetes, con todo tipo de cañones, pero ya los tenemos cercados y vencidos...

Una compañera de la policía me enseña una cartera. Es de un capitán. Allí está el retrato de la novia o de la esposa:

—Murió como un héroe: sobre un carro de combate, gritó: ¡Viva Cuba Libre! En ese momento una ráfaga de ametralladora cercenó su vida hecha a los rigores del combate en la Sierra.

Allí mis compañeros de la Compañía Ligera de Combate del Batallón 116, cerca de quince bajas, cumpliendo con el signo: patria o muerte. Todos con madera de héroe. Todos en el frente. Todos pidiendo combatir más. Ni un rasgo de derrotismo, ni una palabra que abandonara la patria, agarrados a las raíces de la Revolución, envueltos en su glorioso pabellón.

Nunca se había fraguado un complot tan tremendo contra un pueblo libre. Veinte aviones de combate de la mejor calidad, y sobre todo muy apropiados para el tipo de operación. Una saturación de artillería ligera de los tipos más modernos que daba al enemigo un volumen de fuego de una división. Un terreno en el que habían podido construir un campo fortificado. Nuestras tropas de infantería en olas sucesivas, peleando como pelean las revoluciones, marchando al asalto de las posiciones enemigas. Un nuevo Dien Bien Phu; una batalla sin precedentes en la historia de América Latina. Sólo una de las grandes batallas que tendremos que dar contra el imperialismo agresivo y homicida.

Uno de los principios de la guerra que establecía Clausewitz era que un pueblo dispuesto a defender su soberanía es casi invencible. Y nunca hay otros principios permanentes de la guerra: ofensiva, arte operativo, economía de fuerzas, tenacidad, etc.... Los imperialistas al olvidar que tenían que oponerse a un ejército de clase: al proletariado y los campesinos organizados como fuerza armada para reprimir, aniquilar y eliminar a las clases antagónicas y para defender sus conquistas en el campo internacional, olvidaron el factor fundamental político de cualquier contienda bélica. Subestimaron al enemigo. Lo subestimaron de tal manera que no se dieron cuenta de que ese enemigo está preparado para aniquilar la infantería de marina norteamericana y no para la simple victoria sobre un grupo de mercenarios.

La prueba de la estupidez de la Agencia Central de Inteligencia, del Pentágono, de rata-Kennedy es el lugar escogido para la agresión. El tipo de guerra relámpago que planearon militarmente era correcto, si no se tenía en cuenta el factor fundamental político de la guerra. Por otra parte, su plan confeccionado en el Pentágono era una carrera sin obstáculos, en cuanto les falló uno de los pasos, el sistema se derrumbó. Como decía un personaje de una novela soviética: al ser detenidos les quedaba mucho trueno, pero se les había acabado el relámpago. De este lado de la barricada había mucho trueno y el relámpago de nuestros heroicos milicianos.

La guerra relámpago la hizo el pueblo de Cuba: en 72 horas había destruído la fuerza militar mejor equipada y entrenada que haya invadido jamás un país latinoamericano. Este relámpago se explica. Hace menos de un año estuvimos en la Ciénaga de Zapata, escribiendo un artículo: La poesía del Pantano. Y allí habíamos visto una zona desolada y olvidada convertida en un lugar casi paradisíaco por obra de la Revolución. Aunque les hubiera pasado lo mismo, atacasen por donde atacasen, allí la derrota era más evidente. Una estupidez más por parte de la "inteligencia" yanqui.

Lo hemos dicho: todas las revoluciones han exigido una mayor o menor cantidad de heroicos hechos militares y grandes sacrificios. La Revolución Socialista del pueblo de Cuba tendrá que afrontar mayores ataques: de todos saldrá victoriosa.

Estas líneas apresuradas, cuando debo partir para mi lugar en las trincheras, son el avance de un trabajo más completo. Hemos seguido paso por paso el ritmo de crecimiento de las Milicias. Sólo podemos hablar de las mismas, porque es lo que conocemos. Nuestra confianza en esa masa del ejército cada día más aguerrida y más disciplinada es absoluta. No subestimamos al enemigo: conocemos, sobre todo su bajo valor moral, su capacidad de traición, su canibalismo. Pero a la hora de la verdad, como todos los hijos de la patria, juramos caer envueltos en nuestro pabellón: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!.

PLAYA GIRON

POR CEDRIC BELFRAGE

Cedric Belfrage, novelista, crítico, periodista británico, director en exilio del periódico "National Guardian". Belfrage fue deportado de Estados Unidos donde había residido por más de treinta años, durante los años sordidos del cazabrujas MacCarthy.
Entre sus libros publicados: "Promised Land", "Abide with me", "My Master Columbus", "The Frightened Gigant", "Let my people go", "They all hold Swords.
Belfrage actualmente vive en Cuba.



En un chasco del "mundo libre" que eclipsa ampliamente al de Suez, la gran cruzada Washington-United Fruit para liberar a Cuba de los cubanos fue aniquilada en 66 horas.

Al día siguiente de la victoria vi camiones repletos de abrumados cubanos auto-repatriados —los "libertadores" en quienes los contribuyentes norteamericanos gastaron incalculables millones, para entrenarlos y mandarlos de vuelta a que trastrocaran la Revolución— que todavía seguían trayendo hasta aquí, desde los pantanosos manglares circundantes, eufóricos milicianos y miembros del Ejército Rebelde.

Desde los Estados Unidos se anuncia que algunos consiguieron unirse a grupos contrarrevolucionarios en el Escambray (grupos que en todo caso no existen) pero los propios "libertadores" capturados consideran ridícula esa posibilidad. Los muertos y heridos de la propia Cuba suman un total aproximado de 300.

Esta es, sobre todo, la victoria de un pueblo en armas. Para aquellos que conocen la Revolución cubana, lo único que sorprendió un poco fue la rapidez con que se logró la victoria. Las escenas presenciadas el jueves eran más que suficientes para convencer a cualquier observador de que los Estados Unidos irán de desastre en desastre a menos que aprendan la lección y renuncien a las ilusiones de sus militaristas profesionales y "expertos" en política corrompida.

He aquí lo que sucedió, acopiado con entrevistas hechas a los defensores revolucionarios y a los "libertadores" capturados. (Estos últimos siguen agregando nuevos detalles en un programa nocturno de TV en el que hacen cola para presentarse).

Reclutados en Miami en su mayoría, los "libertadores" fueron trasladados por aviones militares norteamericanos al campo Retalhuleu, en Guatemala, para ser entrenados por 25 oficiales norteamericanos; de ahí a Puerto Cabezas, en Nicaragua, para embarcarse. En Vieques, Puerto Rico, donde existe una base norteamericana, fue entrenado un grupo de 12 "hombres-rana" y llevado a Guatemala pasando por una base próxima a Nueva Orléans. Los pagos parecen haber oscilado entre $170 y $400 mensuales. Algunos fueron lanzados en paracaídas sobre Cuba, en puntos cercanos a los lugares costeros de desembarco. Los otros, escoltados por dos destructores y un submarino norteamericanos, vinieron en seis barcos cargados con tanques Sherman, lanchones de desembarco que ostentaban el emblema de los huesos en cruz y la calavera, carros blindados, artillería ligera, etc.

Un destructor se llevó a dos "libertadores" heridos de bala en una escaramuza. Los cabecillas de los grupos de desembarco eran un tal San Román y un tal Artime, de quien se dice que era el representante personal del "Presidente" Miró Cardona. Cuatro curas en el grupo representaban a Dios. Los libertadores usaban uniformes de camuflaje de factura norteamericana, en las gorras el emblema "Dios, Patria y Libertad" y en el hombro insignias con una cruz blanca y una bandera cubana.

El punto escogido para iniciar la cruzada fue la Ciénaga de Zapata, una vasta y tupida zona pantanosa que se extiende desde una extremidad de la península de Zapata hasta bien al este de la Bahía de Cochinos, que tiene 35 kilómetros de longitud.

Los desembarcos se hicieron por Playa Larga, al fondo de la bahía, y por Playa Girón, casi a la embocadura. Estos lugares de recreo turístico para el pueblo, con encantadoras cabañitas, restoranes y jardines, simbolizan las transformaciones revolucionarias que se han operado después de 1960 en la Ciénaga, "tierra olvidada" donde generaciones de campesinos luchaban por sobrevivir haciendo carbón. Anteriormente sin más vía de comunicación a través de la tupida y desolada espesura que pequeños canales, la Ciénaga tiene ahora magníficos terraplenes que unen Playa Girón con dos centrales azucareros: el "Australia", 10 millas al noroeste, y el "Covadonga", 20 millas al nordeste, y con la "tierra firme" que se extiende detrás.

A las dos a.m. del día 17 el central Australia recibió una llamada de los cinco milicianos que guardaban Playa Larga: "Ya llegaron". Un batallón de Jóvenes Rebeldes,

que estaban ayudando en la zafra, descargaron la caña de los camiones y se dirigieron en ellos hacia el sur, mientras los que estaban de guardia, bajo una descarga continua de artillería y Garands, respondían al fuego hasta que no quedó una sola bala en sus automáticas.

En Playa Girón los "libertadores" desembarcaron montañas de armas y municiones y marcaron en tres puertas las señales "G-1", "G-2" y "G-3", marchando luego en dirección norte con su equipo pesado, haciendo prisioneros a los civiles extraviados que iban encontrando.

Entretanto, en la Cooperativa Buenaventura, unas cuantas millas al norte de Playa Larga, una maestra voluntaria dio la voz de alarma al ver caer a los paracaidistas en las inmediaciones; ella y otras adolescentes pelearon con cinco rifles hasta que todos los niños y viejos fueron evacuados.

Todo el que podía hacerse de un revólver y usarlo, se unió en una acción heroica, casi sin armas, a los Jóvenes Rebeldes del central Australia, hasta que llegaron los batallones de milicianos seguidos por tanques y unidades de artillería y, detrás, el propio Fidel que venía a tomar el mando.

Muy pronto la artillería estaba tronando sobre ambos flancos de los "libertadores", los tanques Sherman quedaban fuera de combate y los milicianos, soldados rebeldes y unidades de la policía, comenzaban a avanzar precedidos por los tanques cubanos. De ahí en adelante los libertadores que estaban en tierra apenas dispararon un tiro, pero aviones B-26, B-29 y F-86, volando a baja altura, ametrallaban todo lo que se les pusiera delante. Un autobús que traía milicianos fue alcanzado por las incendiarias y los pasajeros en su mayoría quedaron carbonizados. Un B-26 que atacaba el central Australia, piloteado por un norteamericano según se demostró por los papeles que llevaba encima, fue derribado por las antiaéreas manejadas por adolescentes. Unos pocos aviones cubanos entraron en acción, y los "libertadores" que no habían huido todavía a los pantanos y manglares, fueron cercados en Playa Girón. El último átomo de moral que les quedaba se desintegró cuando sus "líderes", Artime y San Román huyeron en un bote tratando de llegar a uno de los barcos que estaban fondeados mar afuera. El bote fun hundido y todos sus ocupantes perecieron ahogados.

Para los periodistas que llegaban desde La Habana el día 20, la primera muestra de guerra era un camión rojo que llegaba a la Necrópolis Municipal trayendo cadáveres de "libertadores" para proceder a su entierro. Arriba volaba en círculos un aura. Los milicianos se agrupaban en torno, contemplando a un muchacho de ojos azules y tersas mejillas —la cabeza virada contra uno de los lados del camión, los pies desnudos apuntando grotescamente hacia el cielo sobre los cadáveres lacerados de dos compañeros— al que persuadieron, quién sabe dónde y cómo, para que diera su vida por la United Fruit.

En Jagüey Grande, la última población antes de entrar en la Ciénaga, el cafecito rebulle de milicianos de ambos sexos, de todos los colores y todas las edades de 14 años en adelante, con una infinita variedad de atavíos que vagamente tienen aspecto militar, contándose sus aventuras y abrazando a compañeros que creían muertos. La maestra de Buenaventura contó su historia y dijo que tenía 15 años. Un muchacho de 14 y otros más relataron sus experiencias como prisioneros de los "gusanos", en cuyas manos habían caído cuando transitaban por el camino a las 4 de la mañana. Se había hecho un intento apresurado por virar a los prisioneros contra Fidel; mataron a unos pocos, algunos escaparon, soltaron a la mayoría... Un miliciano dijo que había 60 muertos en su unidad. Otro, de rostro inteligente y barbita, hablaba reposadamente sobre la incapacidad de los imperialistas para comprender "la fuerza de esta Revolución, en la que ejército y pueblo son una misma cosa". Le pregunté si había visto a Fidel y respondió: "Sí, no se alejó de por allí ni un solo momento; una vez hasta hizo de artillero en uno de nuestros tanques".

Los escolares de Jagüey, que hacían de enfermeros y enfermeras en improvisados locales de primeros auxilios, me interrogaron con mirada incrédula sobre los despreocupados beatniks del mundo libre. Todo el mundo había cooperado de algún modo en la lucha. Era evidente que en cualquier lugar de Cuba podía haberse organizado, y se hubiera hecho, una defensa semejante utilizando mayormente las fuerzas de la propia localidad. No hubo tiempo siquiera para hacer entrar en juego fuerzas más importantes. Cuando llegó a Jagüey la noticia del desembarco, el pueblo cayó como una tromba sobre el arsenal pidiendo armas, y hubo viejos que lloraron porque no les habían dejado ninguna.

A todo lo largo del camino hasta Playa Girón, milicianos y soldados rebeldes, cansados y sucios, pero triunfantes, nos saludaban con el puño en alto g r i t a n d o: "¡Viva nuestra R e v o l u c i ó n Socialista!" Acelerada por la i n t r a n s i g e n c i a y la estupidez de Washington, la rueda ha dado una vuelta completa y uno tiene la sensación de que la derrota sufrida por el pueblo en España hace 22 años, se ha trocado en victoria.

En las cunetas yacen los despojos de esta guerra que duró dos días y medio. Circulaban relatos sobre las atrocidades cometidas contra la población civil, pero no habían sido confirmados. Los milicianos traídos de La Habana hablaban de su desilusión por haber llegado demasiado tarde a la lucha. No quedaba nada por hacer, excepto conducir a los grupos de "libertadores" que continuaban saliendo de los pantanosos andurriales, ardiendo de la sed, con las ropas y los cuerpos desgarrados, y desesperados por rendirse. De éstos, las milicias recién llegadas conseguían como souvenirs las insignias de la cruz y la bandera que traen al hombro. Se asombraban de que los invasores pudieran creer que los cubanos los aceptarían como enviados de "Cristo". "Son los peores asesinos del mundo" —dice un miliciano. Un jovencito experto en el manejo de las antiaéreas comenta: "No paran de decir que lo que tenemos aquí es comunismo; pues si es así, yo soy comunista". Era evidente que difícilmente sabía lo que significaba la palabra.

En las dos playas, el equipo de los "libertadores" era clasificado y agrupado: antiaéreas, cañones sin retroceso y antitanques, cohetes y lanzallamas, bazookas, morteros, Garands, ametralladoras de mano y de trípode, automáticas, cajas de balas, dinamita y granadas, medicinas, radios, alimentos vitaminados, caramelos y cuchillos: todo claramente marcado con sus respectivos lugares de fabricación en los Estados Unidos. (Esa mañana los periódicos de La Habana daban la noticia de que los Estados Unidos habían prohibido la exportación de libros a Cuba).

En una escena movida, pero con mucho orden, algunos milicianos conducían a varios "libertadores", que se habían rendido, hacia un cuarto cerrado junto a la piscina del centro turístico, donde se les encausaba para repartirlos luego en las distintas cabañas de turistas que miran al mar. Algunos se hallaban demasiado exhaustos para hablar, después de haber pasado por la ordalía de los manglares; otros estaban ansiosos por contar cómo habían sido "engañados" por sus instructores yanquis. Eran tan ruines como los nazis capturados en 1945; todos insistían en afirmar que "no habían disparado ni un tiro" una vez que "comprendieron", ya que ellos "no eran más que simples soldados". Algunos afirmaban: "!Yo también soy socialista!".

Seguros como estaban de que los cubanos no los combatirían, sino que se unirían a ellos, toda vez que bajo la tiranía de Fidel se estaban "muriendo de hambre", se desmoralizaron totalmente ante la fiera resistencia general. Las fuerzas armadas de Cuba, se les dijo, estaban en manos de comunistas extranjeros, como todo lo demás; pero no habían encontrado un solo extranjero por ninguna parte. (un "libertador" prisionero, a quien se le preguntó en su comparecencia en la TV si había algún guatemalteco en el campo de entrenamiento de Guatemala, respondió: "Sí, los centinelas que impedían que alguien entrara o saliera; los otros eran todos americanos". Tenemos que admitir que se habían entrenado en un país que SI estaba bajo el dominio extranjero, para liberar a un país que no lo estaba).

En las cabañas de turistas, de las que habían sacado para los portales el mobiliario, los "libertadores" se sientan o recuestan en el suelo, y se producen conmovedoras escenas a medida que los periodistas habaneros reconocen a parientes, amigos y conocidos que habían dado el salto a Miami, algunos de los cuales se habían unido anteriormente a la lucha contra Batista. En su mayoría, los "libertadores" eran hijos de familias de la clase media a las que la Revolución había privado de sus propiedades, o simplemente mercenarios que habían servido en el ejército y la policía de Batista.

Entre ellos se hallaban los hijos del antiguo jefe de la Marina, Diez Argüelles, de los ex senadores "Tony" Varona, Ochoa y José Manuel Gutiérrez y del terrateniente y maderero Babún. En una casa, el hijo del "Presidente" Miró Cardona discutía sobre la "justicia" y la "libre empresa" con un nutrido grupo de antiguos conocidos; de pronto rompió a llorar y grabó un mensaje rogándole a su padre que no intentara volver. Un poeta de La Habana le dio una cajetilla de cigarros a un antiguo conocido llamado Tony, que se encontraba entre los prisioneros, y Tony le preguntó: "¿Cómo está tu encantadora hijita, Pablo?" Pablo comentó: "¿Es que todavía no se da cuenta de que ha venido a matarla?" Pablo salió de la cabaña en un temblor, murmurando entre dientes que esperaba que los mandaran a todos al paredón.

En chocante contraste con los defensores cubanos, los invasores eran blancos casi en un 100x100. Los pocos negros que había parecían ser los más ofuscados ante lo ocurrido. El director de un periódico capitalino reconoció en uno de ellos al antiguo mensajero de una firma comercial de la ciudad. Dijo que había ido a Miami a caza de un empleo, después que el comercio donde trabajaba cerró el año pasado. Los Estados Unidos no tenían empleo que darle, pero le dijeron: "¿No quieres volver a Cuba?" El se había enrolado y "ahora era que empezaba a comprender".

Los periódicos del día siguiente, en los que aparecía la lista de los prisioneros, se agotaron en un abrir y cerrar de ojos; apenas había nadie que no conociera a alguno que hubiese desertado a los Estados Unidos, y leían la lista en busca de nombres conocidos.

Una de las explicaciones del chasco dadas por EE.UU. fue la de que los arrestos en masa y las ejecuciones amedrentaron al pueblo cubano sobre la posibilidad de levantarse contra Castro, que era lo que Washington había calculado que haría. La realidad es que inmediatamente después de los ataques aéreos del 17 de abril, empezó una recogida en gran escala de conocidos contrarrevolucionarios, incluyendo sacerdotes; y los culpables de actos terroristas

Durante una semana varios millares de contrarrevolucionarios han sido mantenidos en la Ciudad Deportiva y en un teatro de La Habana, así como en otros lugares a lo largo de la isla. Indudablemente, muchos que "nunca hicieron nada" cayeron en la recogida, pero desde que la policía apretó, los actos incendiarios y dinamiteros no se han repetido en ningún punto de Cuba. La gran mayoría del pueblo de Cuba aplaude las medidas policíacas y, si se tiene en cuenta la reacción del pueblo a partir del momento en que los Estados Unidos recurrieron a la guerra no declarada contra Cuba, los "inocentes" contrarrevolucionarios, sin lugar a dudas, están más seguros bajo custodia.

Quizás un poco oscuramente todavía, Cuba está consciente de haber hecho historia en esta semana de prueba suprema. Su pueblo permanece en estado de alerta por lo que pudiera venir, más dispuesto que nunca a morir por su libertad.

Si era posible que el prestigio de Fidel subiera más alto de lo que estaba, esto es justamente lo que ha ocurrido después de su extraordinaria y poco divulgada dirección de la defensa de la Isla.

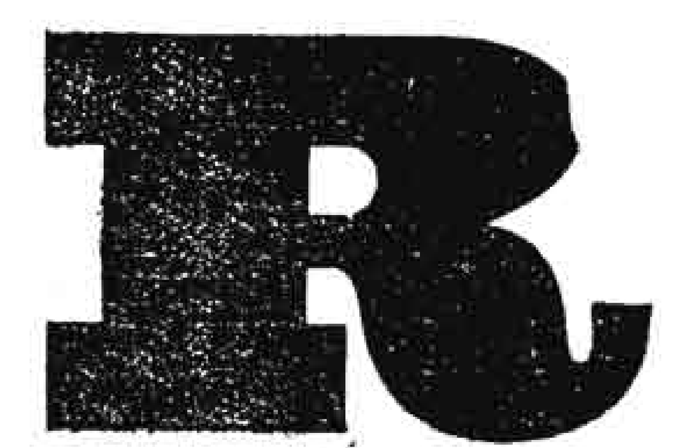
La Revolución Socialista del hemisferio occidental, ahora reconocida por todo el mundo como tal, se ha consolidado profundamente gracias a los insensatos manejos de Washington.

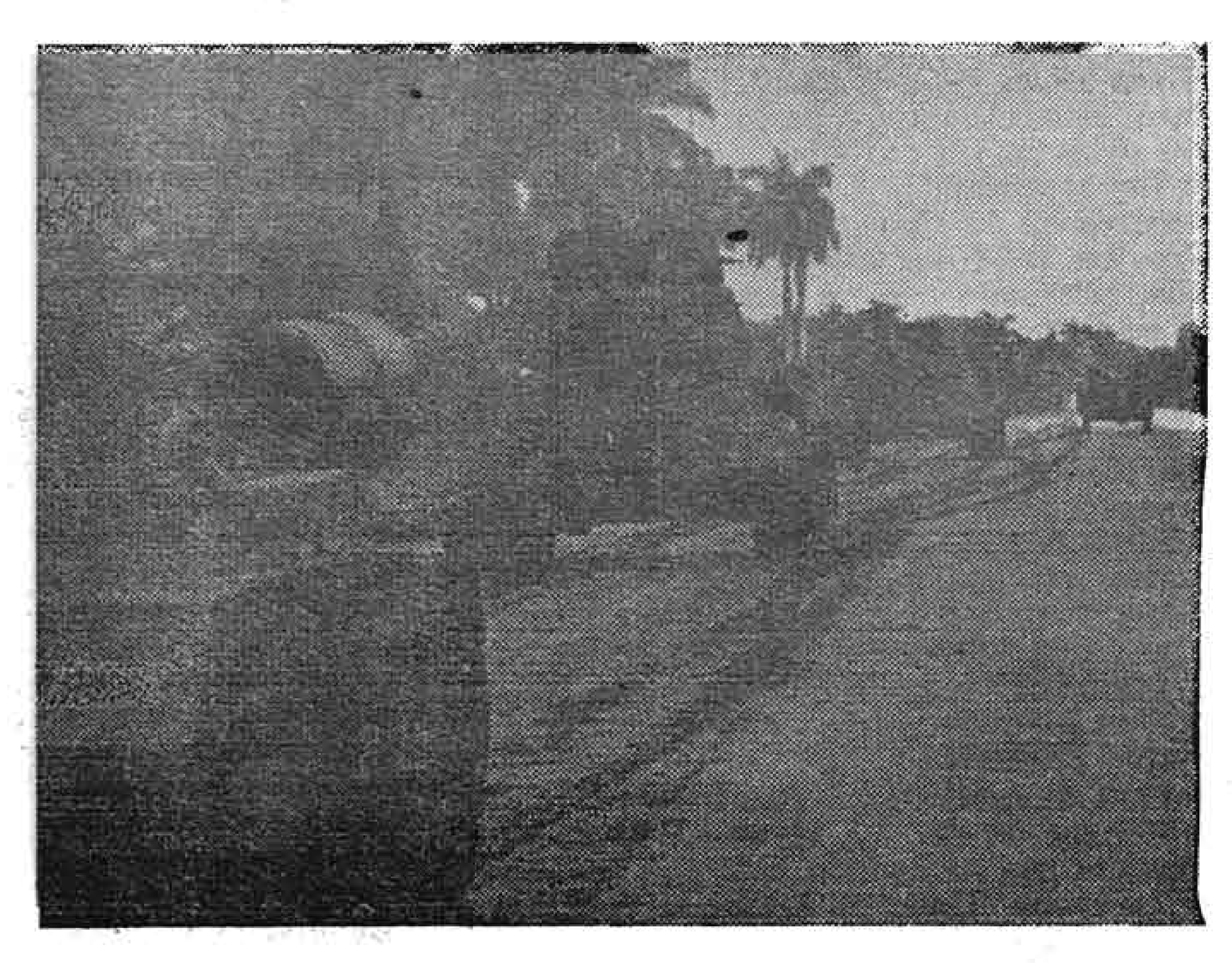
PLAYA GIRON, CUBA, abril 22.
Trad. de A. F.

Sólo peleó con TANQUES

POR LUIS MANUEL CESPEDES

Tal como lo narró a **Calvert Casey**





La madrugada del ataque me encontraba en un lugar de la costa de Camagüey, vigilando posibles desembarcos. Recibimos un cable para que acudiéramos a Playa Girón. Se había producido un desembarco. Mi escuadra, la primera del primer pelotón de la compañía 4ta. de bazookas, mandada por el capitán Pupo y los sargentos Israel Sendeiras y Luis Sián, entró a la Ciénaga por Covadonga.

A la 1 de la tarde del martes 18 llegamos a la vista de Playa Girón, como a cosa de 1 kilómetro, y a las 3 tuvimos el primer combate. Combatimos sin cesar hasta las 11 de la noche. Uno llega así al frente, que para nosotros está marcado por la presencia de los cuerpos enemigos, y para ellos por nuestra presencia, y se da cuenta que está en medio de una guerra cuando el enemigo comienza a tirar y uno tira.

No sabía dónde se ocultaba el enemigo. Uno nunca ve caras ni hombres, sólo oye el fuego y ve humo y ve caer hombres y tierra levantarse y un ruido terrible. Esa es la señal de que todo ha comenzado. La manera de precisar la posición del enemigo es dispararle. El primer disparo me reveló su posición, cuando me contestó; el segundo dio en un parapeto del enemigo. Yo acababa de matar a tres hombres, que vi después cuando avanzamos. Cesó el fuego. Seguimos. Ese fue mi primer contacto.

Un poco más adelante, situado junto a un lagunato de la Ciénaga comencé a dispararle la bazooka a un tanque enemigo. Germán Velázquez me cargaba el proyectil. Un miliciano de Cienfuegos lo ayudaba. José Bechara también le disparaba al tanque por su lado. El tanque nos vio, nos enfiló la ametralladora 30 y comenzó a dispararnos. Poco después comenzó a tirarnos con el cañón de la torreta. Las balas de cañón nos cayeron coom a 15 metros. Nos hicieron saltar sobre la tierra, que se estremecía. Disparábamos tratando de destruirle la estera. Logramos paralizarlo al tercer disparo. Nos arrojamos sobre el tanque y lo tomamos, sacamos a los siete artilleros que venían adentro. Los desarmamos y un carro se los llevó del frente. Avanzamos más hacia el enemigo, es decir, hacia la playa. Disparábamos las bazookas. La infantería nos cubría disparando las ametralladoras sin cesar.

Pero el fuego enemigo era muy intenso. Tuvimos que retirarnos. Nos disparaban con ametralladoras 50 y 30, cañones, morteros. Un avión nos pasó por encima tres veces dejando caer bombas explosivas. Pero la aviación nuestra lo derribó al terminar la tercera acometida. No pude verlo caer. Me encontraba peleando dentro del monte.

Retrocedimos 5 kilómetros, a pie. Peleamos en retirada hasta las 11 de la noche. Cayó la noche. Llegamos a donde habíamos dejado nuestros transportes. Caímos rendidos por el cansancio.

A la mañana siguiente empezamos a avanzar. Sentíamos que el enemigo se había debilitado. Volvimos a avanzar. Disparábamos sin cesar, y recogíamos prisioneros. Muchos se rendían. Nos decían que no venían a pelear. Otros nos disparaban emboscados, con granadas y fusilería. Ya nuestro avance no cesó. La aviación había desaparecido. Avanzábamos a pie, despacio, cuidándonos mucho. Otras veces, cuando el fuego enemigo cesaba, nos apresurábamos. Otras nos deteníamos a observar. Afortunadamente ninguno de mis compañeros cayó. Tuvimos tres heridos en el avance.

Tenía a mi mando 14 milicianos y un soldado. Yo servía de guía, como soldado experimentado del Ejército Rebelde, a los milicianos que nunca habían estado en combate. Mis milicianos eran de Cienfuegos. Conocían perfectamente sus armas, pero no tenían la experiencia de combate. Se portaron heroicamente, recibieron su bautizo de sangre como soldados aguerridos. Me sentía muy responsable por ellos. Eran mis hermanos. El peligro une mucho. Nos cuidábamos mutuamente.

En abril del 57 abandoné mi pueblo, Mayarí, y me fui a la Sierra de Cristal, a la comandancia de Raúl Castro. Ahí adquirí mi experiencia de combate. Mi experiencia en Sagua de Tánamo, que nosotros atacamos y tomamos, fue mucho más intensa. Allí yo manejaba un Garand. Luego sostuve un combate con el Ejército en Guanina, entre Mayarí y el Preston, en la Carretera Central.

Pero nada de esto es una guerra, o lo que uno hace es tan poco que cree que no es una guerra. Yo considero que la guerra es mucho más intensa. No quiero verlo. Tiene la cara fea lo que yo vi. Pero las grandes batallas deben ser otra cosa.

Mi reacción en el combate es avanzar, avanzar sin cesar. No sé dónde se esconden mis nervios, no hay mucho tiempo para imaginar. Hay que concentrar todas las energías en mirar por el retículo de la bazooka, calcular el avance del enemigo, la distancia en yardas, la trayectoria en curva que describirá el proyectil al salir disparado. Todas mis energías se concentran en destruir lo que tengo ante mí, cuidándome, pero sin preocuparme demasiado porque si me preocupo mucho no puedo disparar. No pienso que voy a morir. Eso no se piensa.

Como a medio kilómetro de Playa Girón, encontramos las tropas que venían de Playa Larga. Ocupamos Playa Girón. Unos enemigos se rendían, otros seguían tirando, los silenciábamos. Cuando entramos en Girón, ya había calma. Venían a entregarse. No salí al monte a buscarlos, para eso se necesita arma corta. Mi pelea es solamente con los tanques, impedir con la bazooka que el tanque llegue a la infantería.

Aquella noche dormí por tierra en Playa Girón, sobre piedras. El jueves 19 llegaba a La Habana.

DE JAGUEY GRANDE A PLAYA GIRON

POR WALTERIO CARBONELL

Llegamos a Jagüey Grande a las ocho y media de la mañana del miércoles diecinueve. A Guillermo Cabrera Infante y a mí nos dijeron: Díaz Lanz cayó prisionero. ¿Dónde está la Comandancia? preguntamos. Frente al Central Australia. Después de indicarnos el camino nos advirtieron: que los B-26 estaban empeñados en hacerla desaparecer. "Hoy bombardearon el Central a las seis de la mañana"; "la Comandancia está enfrente". "Los B-26 le están dando vueltas". Allí llegamos. Esto de Díaz Lanz me parece una bola, las gentes toma muchas veces los deseos por realidades. "No perdamos más tiempo, marchemos hacia donde se combate", le dije a Guillermo. Alguien nos preguntó: "¿Pero no van a ver los restos del avión derribado este amanecer? El avión es buen material para los fotógrafos". El B-26 había caído en un campo que parecía de aterrizaje, rodeado de yerba y de cañas. Milicianos y curiosos se esforzaban en arrancarle pedazos y le examinaban para comprobar si el material del B-26 podía ser atravesado por el fuego de las ametralladoras del B-26. El piloto murió y su acompañante ileso fue hecho prisionero. "Llegamos con suerte", nos dijimos periodistas y fotógrafos. ¿Por dónde se va a Playa Girón? preguntamos. "Por aquí y por allá", nos indicaron con los dedos. "¿Por aquí se pasa por Playa Larga?" —No, tienen que volver al Central Australia". En el Central Australia me encontré con un amigo mío, Rene Landa, administrador del Central. ¿Por dónde se va a Playa Larga y después a Playa Girón? le pregunté. "Estás loco, la carretera que va de Playa Larga a Playa Girón de un lado está llena de milicianos y del otro de mercenarios". Y Landa agregó: "O te cogen las balas de nuestros amigos o de nuestros enemigos". Landa se desvive por sus amigos más que por él, conozco su temperamento... en las dulces tardes del barrio San Germain des Pré de París, mi amigo se manifiesta igual, lo posible lo toma por seguro.

Me despedí diciéndole: —¡Qué le vamos a hacer, miles de hombres combaten por aquellos lugares! Creo que eran las diez de la mañana cuando llegamos a Playa Larga. Me hacia la idea de, que el lugar me era conocido; las casitas construidas por el Gobierno Revolucionario y los grandes árboles que bordean el litoral de la playa, les había visto en un documental del Instituto Cinematográfico. Los árboles estaban acompañados por algunos cientos de hombres que se ocultaban de los aviones enemigos, y en espera de un nuevo desembarco. Nadie nos pedía documentación, creían a nuestra palabras: "Somos periodistas de REVOLUCION". Agrupados con su Fals en la mano los fotógrafos le retrataban en momentos que dos B-26 atravesaban la mar en dirección hacia los árboles que nos ocultaban; la antiaéreas checas dispararon incesantemente, el mundo parecía que se iba a caer, aquellos hermosos troncos alrededor de los cuales las gentes se agruparon, nos parecían pequeños güines de caña. Las ametralladoras checas nos asustaron más que los aviones enemigos. Las bombas no cayeron. Recorrimos la playa, conversamos con los hombres apostados allí, y con jóvenes. Nos enseñaban el manejo de las ametralladoras antiaéreas. Uno de estos jovencitos me mostró tres marcas en su antiárea: había derribado tres avienes. "Yo sólo le tiro a los B-26", me dijo. "¿Y por qué no le tira a esos propulsión a chorro que vienen por ahí?", le pregunté. "Los chorros son nuestros", me respondió. —Acuéstate de ese lado y verás cómo te despiertas, yo no sé manejar tu antiaérea pero conozco otras cosas; "no me fío de los B-26 ni de los chorros aunque digan que son nuestros". Conseguimos que un teniente y su ayudante nos llevara en un Yipi a Playa Girón. En el trayecto sólo veíamos ambulancias pasando. A unos pocos kilómetros de Playa Larga había varias guaguas abandonadas. El teniente nos dijo: "Iban llenas de tropas con rumbo a Playa Girón y los aviones enemigos las interceptaron y las bombardearon, unos cuantos de los nuestros murieron. "¿Pero todas estas guaguas iban juntas, unas tras de las otras? pregunté Entonces no me extraña el desenlace. Yendo por esta carretero yo no veía al enemigo ni a nuestros amigos. ¿Dónde está la gente? pregunté. Están ocultos, de un lado a otro de la carretera, no se ven, pero están, me respondió el teniente.

Habíamos caminado varios kilómetros del punto donde nos encontramos con las guaguas, al fin vimos un grupo de milicianos. ¿Dónde está el frente? Y me respondían: "¡Este es el frente!" Pero yo no sentía tiros ni veía a las gentes peleando. "Sigamos", le dije al teniente, en el trayecto comentaba: no sabemos nada de las posiciones que ocupan los nuestros y tampoco el enemigo, todo lo que sabemos es que allí en Playa Girón están tirando. El teniente era médico. Y al fin llegamos a un lugar que parecía estar dentro de la órbita del frente. Había como doscientos milicianos agrupados, unos metidos en una casita y otros alrededor de un enorme tanque al cual lo ocultaba de los aviones, un gigantesco árbol. Eran las once de la mañana. No había pasado diez minutos de nuestra llegada cuando los aviones enemigos ensayaban lanzar sus bombas, las antiaéreas los alejaban. Ya esto comenzó a parecerme un juego. Los aviones se aproximaban, las antiaéreas les disparaban y los aviones huían. En este ir y venir estuvieron como hasta la una de la tarde, no tuvimos la suerte de ver caer a un B-26. Le dije a Guillermo, creo que es mejor que nos sentemos en la arena, en esa casita no me meto, hay mucha gente, esta casita es un blanco fácil. Cuando yo hacía esta reflexión un tanque de los nuestros parecía regresar del frente a veinte pasos de nosotros, Flavio Bravo trataba de detener al tanquista con señales, le daba órdenes, en los momentos que le saludábamos. Los morteros hacían un ruido tremendo y el paso de los obuses producía el único silvido agradable. Prefería a los obuses que a las ensordecedoras antiaéreas, de los aviones y de la artillería. El enorme tanque que nos protegió por algún tiempo no tenía petróleo y los combatientes no tenían agua. Todo el mundo tenía sed y algunos soldados rebeldes y milicianos nos dijeron que en tres días sólo habían comido una sardina. ¡Pero estaban firme en su puesto de combate! Abandonamos el sitio donde estaba la casita y el tanque y caminamos hacia donde estaban las ambulancias. La verdadera línea de fuego comienza aquí, alguien nos dijo. Los muertos y heridos nos daban una imagen distinta de la guerra. Allí estaba el fruto de las ambiciones personales de los mercenarios y de las compañías monopolística. El enemigo aún peleaba duro, pero el criterio de los que estaban próximos era que al otro día el enemigo se rendiría. "Está cercado, sin ninguna salida posible y por eso pelea aún". Pero el enemigo no se veía, se desarrollaba una guerra de posiciones; los combatientes estaban a dos o tres kilómetros de distancia unos de otros. Eran las armas de gruesos calibres quienes hablaban: morteros, artillería, tanques y aviones. Las ametralladoras pequeñas y los rifles parecían juegos de muchachos, tenían poco que hacer. A las cinco de la tarde decidimos regresar. Acordamos volver a Playa Girón a la media noche. Salimos de Playa Girón montados en un camión que llevaba un hombre muerto. Guillermo me dijo: "Creo que es Baragaño". Su parecido me inmovilizó. Le miré ojo por ojo, tenía la nariz un tanto judía como Baragaño y era rubio como él. —"Es Baragaño", le dije a Guillermo; "Esos zapatos no son de Baragaño", me respondió. —Tienes razón, el miliciano es más alto que Baragaño y más fuerte de tórax.

A las diez de la noche estando en el despacho de Carlos Franqui, alguien le llamó por teléfono y le dijo: "Los mercenarios se rindieron".

La invasión financiada, armada y dirigida por los imperialista, había fracasado en menos de 72 horas. En Playa Girón, los imperialistas sufrieron una derrota histórica. ¿La intervención directa será ahora más difícil? Sí y no.



La ceguera de los IMPERIALISTAS

Daniel Arty, escritor y periodista haitiano. Perseguido por la Dictadura de Duvalier, Arty vive en Cuba.

POR DANIEL ARTY

Desde hacía varios meses, se sabía que el Gobierno de los Estados Unidos preparaba una agresión contra Cuba. En la prensa internacional habían aparecido fotografías de mercenarios entrenándose. Ante esta amenaza a la paz, los sectores democráticos de todo el mundo trataron de hacer razonar al gobierno de Washington. En los propios Estados Unidos, las mentes más lúcidas y más dignas venían pidiendo al gobierno norteamericano que renunciara a una criminal empresa que sabían destinada al fracaso. En su segundo análisis de la situación cubana, los economistas y publicistas Huberman y y Sweezy advirtieron a su país que los Estados Unidos tienen el poder de destruir al mundo, pero que no lo tienen para imponer al mundo su voluntad.

A pesar de la alarma de la opinión pública internacional, se hizo evidente al día siguiente de las elecciones norteamericanas que la amenaza se concretaba cada día más. El propio Kennedy declaró en el curso de la campaña que había que "liberar a Cuba". Se había inventado una nueva frase: "liberar a Cuba". Liberar a un pueblo que conocía por vez primera una libertad verdadera. Es difícil llevar más allá el culto del cinismo y la impostura.

Pero ¿cómo esperaba el gobierno de los Estados Unidos imponer su voluntad al pueblo de Cuba? ¿Cómo esperaba derrocar a un régimen defendido por el pueblo en armas que tiene todo el apoyo popular? Los círculos dirigentes norteamericanos acabaron por creer en su propia propaganda, terminaron por contemplar su sueño como una realidad.

En su respuesta al Primer Ministro Jruschov, Kennedy habló de los exilados que sólo sueñan en venir a "ayudar" a sus hermanos de Cuba oprimidos. Añadió Kennedy que el pueblo norteamericano no oculta su admiración por esos exilados que luchan por la libertad. Contemplando el enorme botín de guerra capturado a los piratas, hay que pensar que los dirigentes norteamericanos esperaban verdaderamente que ocurrirían grandes sublevaciones y deserciones. En su sueño delirante de recuperar un dominio que se liberó definitivamente de su tutela, se niegan a reconocer la realidad de la revolución cubana.

Es increíble que una potencia que asume responsabilidad tan grande en el mundo ignore o pretenda ignorar lo que ocurre en Cuba. En su respuesta al Primer Ministro Jruschov, Kennedy reiteró que los Estados Unidos no intervendrían en Cuba en ningún caso, pero en declaraciones posteriores a la prensa declaró estar dispuesto a hacer lo que fuere necesario para "garantizar la seguridad norteamericana". Esta amenaza es una declaración de impotencia. ¿Puede un pequeño pueblo como Cuba amenazar la seguridad de una potencia como los Estados Unidos?

La vergonzosa derrota de la expedición debería ser una lección amarga para el imperialismo norteamericano. Si el imperialismo supiera sacar partido de sus derrotas comprendería que un régimen que entrega los medios de producción a un pueblo que hasta ahora vegetaba en la explotación más ignominiosa, un régimen que transforma los cuarteles en escuelas, es un régimen invencible. Esta derrota debe enseñarles que con los mejores armamentos modernos un ejército que no nació de un ideal no puede nada contra un pueblo que decidió sacrificarlo todo a la causa de la libertad. La reacción universal ante este acto cobarde de agresión debería enseñarles que a despecho de su propaganda, la Revolución cubana cuenta profundas simpatías en todo el mundo, y que tendrán que contar con la opinión pública internacional. Pero ¿aprenderán la lección? ¿Comprenderán su monstruoso error? El imperialismo parece haber perdido la capacidad para ver la realidad.

En la ceguera de su odio, en su ciego intento de atormentar a un pueblo que con tanto coraje les ha enseñado una lección de dignidad, los imperialistas norteamericanos han sembrado la devastación en una zona recreada por el trabajo pacífico del pueblo cubano. Casi un centenar de vidas segadas. Mujeres y niños destrozados por la aviación norteamericana. He ahí como Kennedy intenta "liberar" a Cuba. Los hombres que sólo piensan en sembrar la devastación y la muerte y amenazan a la humanidad con el peligro nuclear se atreven a hablar de libertad.



EL LUGAR Y LA LECCION DE LA GUERRA

POR ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

Hace unos dos años, pocos meses después de iniciada la gestión revolucionaria, conocí la Ciénaga de Zapata. Estaba ella entonces a cargo del poeta Rolando Escardó. En parte para visitarlo, y en parte para conocer la región que estaba destinada a transformarse profundamente, organizamos una visita, entonces más difícil de realizar que algún tiempo después, en que el INIT haría fácilmente asequible la zona. Eramos un grupo de escritores y amigos: Fayad Jamís, Pedro de Oraá, César Leante y su hermano Ricardo, Agustín Pi y yo. Escardó debía esperarnos en el Central Australia. No quisiera ahora demorarme en las menudencias de aquel espléndido viaje. César Leante lo ha contado ya, en las páginas de Lunes de Revolución. No sólo nos pareció de una impresionante y áspera hermosura la región, sino también el ser humano que allí vivía, acorralado por una sociedad injusta y una naturaleza violenta, y aun así batallador, laborioso y esperanzado. No olvidaremos ninguno de nosotros cuando Escardó, caminando a zancadas, reunió en una escuelita a los carboneros de la zona para comunicarles que la explotación había terminado, que ellos eran los dueños de su trabajo y sus tierras. Los meses siguientes iban a verificar aquellas palabras, y los otros iban a arrancarnos al gran amigo y gran poeta, muerto en un absurdo accidente. Aquella visita, aquellos discursos, aquellos paseos, iban a convertirse, sin que nosotros pudiéramos preverlo entonces, en un recuerdo extraño y algo alucinado. En una de sus tardes planeamos algo que siento muchísimo no haber llevado a cabo. Se comenzaba a editar la Nueva Revista Cubana, y propusimos buscarle a la revista, un tanto grave, su contrapunto risueño. Se acordó publicar un boletín llamado El caimán, que se editaría en la Ciénaga, y que quedaría al cuidado de Rolando Escardó y de Agustín Pi. Los nombres de los pequeños pueblecitos de la zona, servirían para titular las distintas secciones de la revista. Así, por ejemplo, la sección de actualidad se llamaría "Pálpite"; la de crítica se llamaría "Soplillar", etc. Desgraciadamente, como la mayoría de los planes que hemos elaborado para publicar una revista, se desbarataron al poco tiempo, e idea tan excelente —tanto más que otras realizadas— se esfumó. Las ideas pasaron a ser ruinas en la conversación.

Pero si la profunda transformación que la Revolución ha llevado a todo el país —y especialmente a la Ciénaga—, y luego la muerte de Rolando, iban a convertir en extraños aquellos recuerdos, ¿qué diremos de las últimas noticias, qué diremos de la impresión que causó en mí, e imagino que en todos los viajeros de esos días, el saber que la anunciada invasión de asesinos y privilegiados, preparados por el imperialismo yanqui había escogido para herir nuestra patria precisamente aquella zona, en que nosotros no podíamos separar la amistad, la poesía, el paisaje, la obra inmensa de la Revolución? A la Escuela universitaria donde estábamos acuartelados, nos llegó la noticia de que se peleaba bravamente en la Ciénaga, de que allí se derramaba la sangre generosa de los nuestros y la sangre revuelta y rapaz de las hordas invasoras. No sabíamos entonces, en aquellas horas de tensión y esperanza que compartimos con alumnos y compañeros, si se producirían otras invasiones u otros ataques. Pero nos impresionó conocer que se guerreaba ya en un pedazo de la patria que no nos era en absoluto desconocido. Nos impresionó repasar aquellos nombres —Pálpite, Soplillar—, vinculados ayer a la alegría y el buen humor, y hoy a la destrucción y la muerte. Aquellos caseríos humildes, ardiendo en las llamas de las bombas; aquellos hombres silenciosos, obstinados y puros, aquellas mujeres cuya hermosura vencía a la miseria, aquellos niños a los que la Revolución abría una vida nueva, asesinados, martirizados. Pues si es siempre terrible saber que hombres inocentes están muriendo en un instante, lo es aún más cuando hemos conocido a esos hombres, cuando son para nosotros una realidad entrañablemente vinculada a nuestra vida. Nos parecía que se nos daba la trágica oportunidad de contemplar en toda su crudeza el contraste entre lo que es la Revolución y lo que es el régimen de explotación e ignominia que los invasores traían en la punta de sus armas mercenarias. De una parte, un poeta larguirucho y bonachón, que avanzaba a grandes pasos en su ropa de soldado del Ejército Rebelde, y que reunía en su torno, en una escuela, a los trabajadores de la región, para anunciarles el fin de la explotación del hombre por el hombre, para anunciarles que eran, en lo adelante, los dueños de sus propios destinos: y ello en medio de amigos sonrientes, entre nombres fragantes como flores. De otro lado, un grupo de asesinos, privilegiados y ladrones, que llegaban a la misma región sembrando la muerte, incendiando la escuela donde se reuniera Escardó con los carboneros, haciendo arder los niños, las mujeres y los hombres, matando con armas que puso en sus manos el extranjero, en nombre de la explotación del hombre por el hombre, que llaman cínicamente libre empresa y anticomunismo. No podía imaginar yo contraste más vívido. Ni tampoco el pueblo de Cuba. Si el precio pagado ha sido muy alto —vidas trabajadoras segadas por la furia de hordas mercenarias sin más patria que el dinero ni más bandera que el deshonor—, en cambio la enseñanza ha sido definitiva: de aquella región inhóspita la Revolución había hecho, en sólo dos años, una tierra fértil y un lugar de recreo: pero en tiempo todavía más breve, en menos de setenta y dos horas, los ladrones y asesinos desandaron el camino y volvieron a hacer de la región lugar de esterilidad y luto. Es un precio alto, pero es una lección más alta todavía. El 20 de abril de 1961 no sólo se selló el acta de defunción de la nefasta burguesía cubana, sino se vieron, iluminados por las llamas, dos rostros que no olvidaremos: el de una clase que sucumbe traicionando su patria en beneficio del peor poder imperial del mundo, y el de otra que irrumpe vencedora, defendiendo su país, la Humanidad, la Justicia. No olvidaremos.

